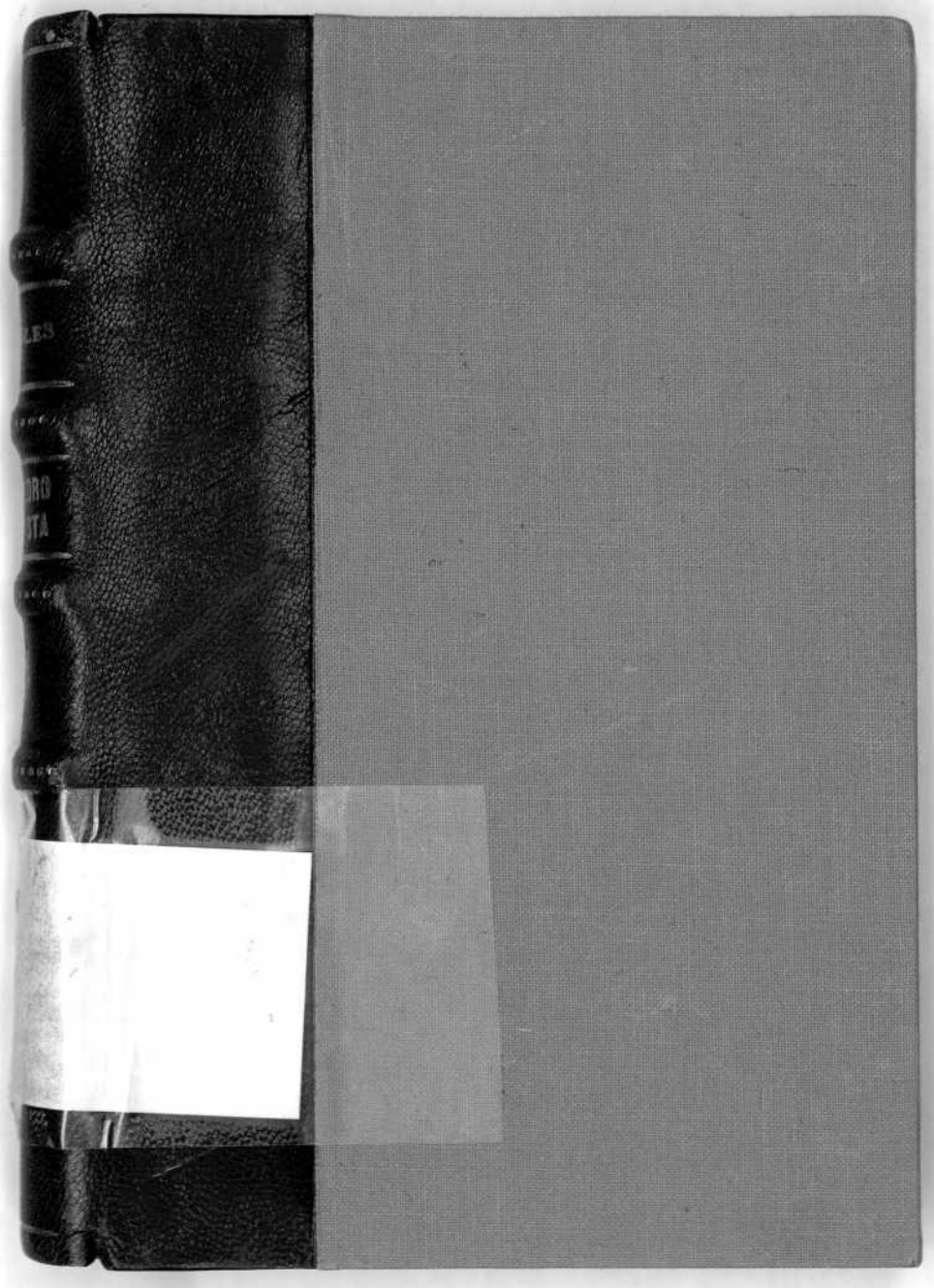


EX-LIBRIS

21119898

3068

105108

FL
30.68

111898

Vida y martirio de San Pedro Bautista

TIPOGRAFÍA MODERNA, S. A.
CALLE DE MALLORCA NÚM. 4.-MADRID

VIDA Y MARTIRIO DE SAN PEDRO BAUTISTA

A la Ilma Srta

Dª Carmen Cuesta

secretaria de la Asamblea Nacional.

obsequio de

El Autor

5658

VIDA Y MARTIRIO

DE

SAN PEDRO BAUTISTA

RELIGIOSO DESCALZO DE LA ORDEN DE SAN FRANCISCO
Y EMBAJADOR DE ESPAÑA EN EL JAPÓN

PUBLICA DEL ESTADO - BIBLIOTECA - AVILA

POR EL LICENCIADO

D. FELIPE ROBLES DÉGANO, PBRO.

PROFESOR DE FILOSOFÍA EN EL SEMINARIO DE ÁVILA

Institución Teresiana SECRETARIA

R. 125. 421-

638

MADRID
TIPOGRAFÍA MODERNA, S. A.—MALLORCA, 4
1927

Nihil obstat
Lic. Froylanus Perrino
Censor ecclesiasticus

Imprimi potest
Abulæ, 30 junii 1927
† Henricus, *Episc. Abulensis*

ES PROPIEDAD

PRÓLOGO

Un ilustrísimo mártir y capitán de mártires; un doctor de la Iglesia, místico y extático; una virgen y escritora sin par, a saber: Pedro Bautista, Juan de la Cruz, Teresa de Jesús. He aquí las tres grandes glorias de santidad, los tres santos ya canonizados, que vieron la luz del mundo en esta diócesis de Avila, santamente envidiada del mundo entero.

Mas, ¡cuántos hay que no saben quién fué San Pedro Bautista! La gloria de Avila no está cifrada solamente en Teresa de Jesús y Juan de la Cruz, ni éstos eclipsan la de Pedro Bautista, aunque, por desgracia, es poco conocido.

Ciertamente, Pedro Bautista nació algo lejos de Avila; vivió muchos años en Filipinas y el Japón, donde derramó su sangre; no escribió tratados místicos, ni de él se cuentan los arrobamientos que de sus paisanos.

Pero su vida austera y apostólica, émula de la de su santo Padre el Pobrecito de Asís; su dignidad de diplomático embajador de España en el Japón; su celo de las almas, que le hizo piedra fundamental de aquella iglesia, que fué el primero en regar con su sangre; su inagotable caridad con la infinita gente de todas clases con quien trató; los grandes trabajos y persecuciones que hubo de tolerar; su

raro, resonante y glorioso martirio en cruz, al frente de un escuadrón de fortísimos mártires; el fruto copiosísimo de conversiones que allí produjo su predicación, su ejemplo y su sangre bendita; el amor a la cruz y al martirio que, como voraz incendio, se apoderó de los cristianos de todo el imperio con el ejemplo de fray Pedro Bautista, cuyo esfuerzo era tal, que bastaba a darle a las piedras, y ponía espanto a quien le veía, *como dijeron algunos testigos: los grandes milagros con que el cielo ilustró su martirio, todo esto forma alrededor de su nombre una corona de gloria no menos admirable, esplendorosa y magnífica que la de los otros dos santos abulenses.*

Para dar a conocer, como es justo, esta grande gloria de su pueblo, de Avila, de España, de la Orden de San Francisco y de la Iglesia, publico este compendio de su vida y martirio, sacado de documentos originales, de las cartas del Santo, de las relaciones escritas antes o a raíz del martirio, de las informaciones jurídicas de aquel tiempo, en que declararon testigos oculares, y de los procesos instruidos para su beatificación.

No extrañe el lector que no me detenga en narrar pormenores tocantes a los otros veinticinco mártires compañeros de nuestro Santo, pues, aunque muy dignos de memoria, no caben en libro tan pequeño.

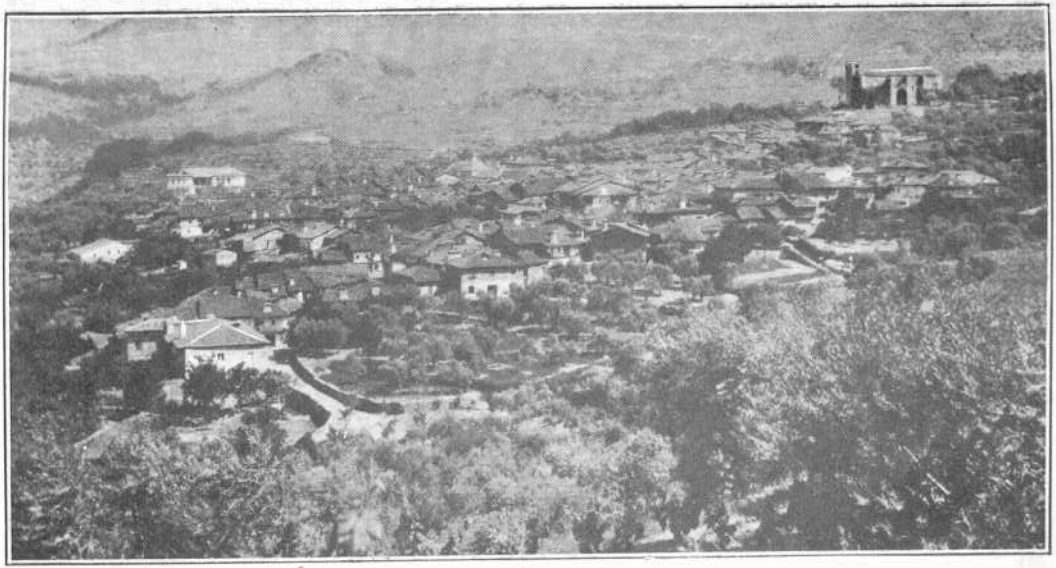
Brindo, pues, este librito, en primer lugar, a los abulenses, para que conozcan y estimen esta encendida y fragante rosa de su jardín; a los españoles, para que admiren al santo mártir y embajador que tan hábilmente procuró defender el honor de España en aquellas regiones; a los terciarios franciscanos, para que se animen viendo el fervor de aquellos quince terciarios, algunos de tierna edad, hijos espirituales de fray Pedro Bautista, y que con él padecieron y fueron crucificados; en fin, a todo cristiano, para que imite sus virtudes y vea cómo se gana el cielo abrazándose con la cruz y despreciando los vanos goces de esta sociedad sensual y podrida.

A la manera que quien recibe a un profeta en el nombre de profeta, recibirá la merced de profeta, según dijo Cristo en el Evangelio (Mat. X-41), *así también, escribe San Juan Crisóstomo* (Hom. de San Luciano M.), *quien recibe a un mártir en el nombre de mártir, recibirá el galardón de mártir; esto es, se hará participante de su mérito y su premio. Ahora bien; «recibir a un mártir con el honor debido al mártir es, añade el Santo Doctor, concurrir a festejar su memoria, oir la narración de sus triunfos, ensalzar sus hechos, imitar sus virtudes, celebrar delante de los demás sus ilustres hazañas.»*

Sea todo, devoto lector, para provecho tuyo, honor del Santo y gloria de Dios.

Avila 8 de Junio de 1927, aniversario 65 de la canonización de San Pedro Bautista y sus compañeros mártires.

Felipe Robles Dégano.



Vista general de San Esteban del Valle, tomada desde el Sur.

PRIMERA PARTE

Vida de San Pedro Bautista

CAPÍTULO PRIMERO

Desde su nacimiento hasta su entrada en religión

En la provincia y diócesis de Avila, a sesenta y seis kilómetros de esta ciudad, al oriente de la sierra de Gredos, en un hermoso valle denominado vulgarmente *el Barranco,* está el pueblo de San Esteban del Valle. Al nordeste del pueblo se ve su iglesia parroquial, dedicada a San Esteban Protomártir. En el centro, hacia el norte, hay una hermosa capilla, edificada en los años de 1671 a 1682, en el solar que ocupó la casa en que a mediados del siglo XVI vivía Pedro Blázquez Herrero con su mujer María Blázquez, personas muy honradas y cristianas.

De este matrimonio nacieron un varón, que en el siglo se llamó Pedro Blázquez Villacastín, y cuatro hembras —María, Inés, Francisca y Catalina—, todas de apellido Blázquez (1), aunque no sabemos con qué orden nacieron. Digamos algo de ellas.

María se casó con Juan Martín de la Majada, y tuvie-

(1) Blázquez y Velázquez se usaban indistintamente en aquel tiempo, como Martín y Martínez.

ron dos hijos: Juan Martín, que fué sacerdote y cura del pueblo desde 1599, y Pedro Blázquez, a quien su hermano el cura casó el 2 de mayo de 1605. En la partida de matrimonio se dice: «El dicho Pedro Velázquez Baptista es sobrino del santo mártir Fr. Pedro Baptista, hijo de hermana del Santo Mártir». El mismo San Pedro Bautista, en carta del 11 de octubre de 1596, dice que en San Esteban tiene dos sobrinos, el uno clérigo, que se llama Juan Martín. A mediados de 1601, en memoria de su tío, añadieron a su apellido el de *Baptista de la Cruz*.

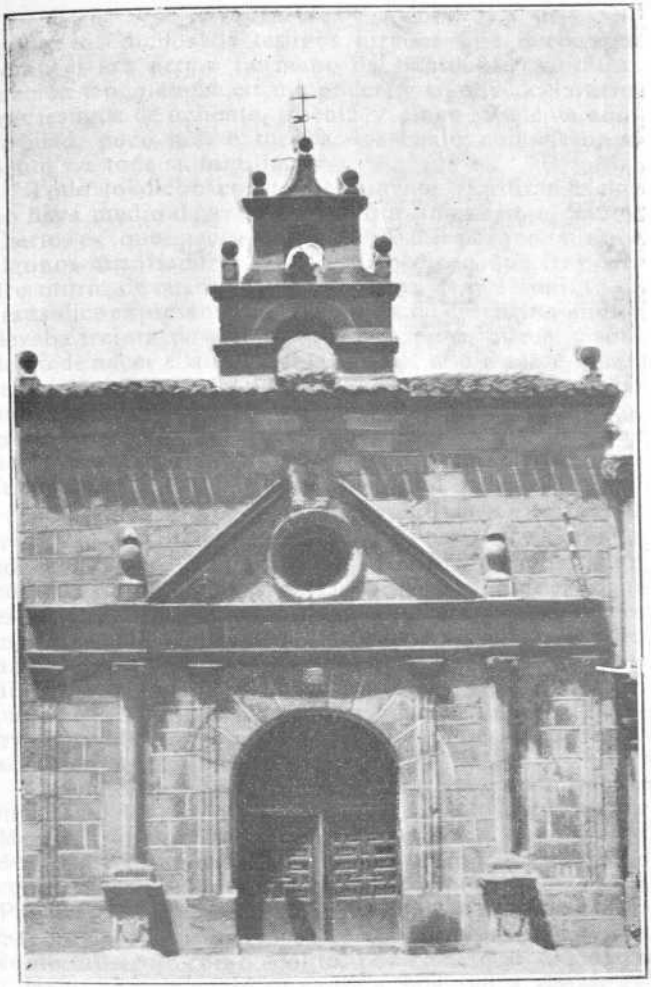
Inés se casó el 17 de enero de 1573, en Lauzahita, con Martín García, de aquel pueblo. De dos hijos de este matrimonio tenemos noticia: Catalina y Tomás. A Catalina la casó su primo don Juan en San Esteban el 27 de septiembre de 1604, y en la partida se dice: «La dicha Catalina García es sobrina del santo mártir Fr. Pedro Baptista, porque era hermano de su madre Inés Blázquez». El otro sobrino fué Tomás García, que se casó con Toribia González de Recalde, y se avecindó también en San Esteban.

Dichos tres sobrinos, Pedro, Catalina y Tomás, propagaron la descendencia en línea recta de los padres de San Pedro Bautista, y hoy son muchos los descendientes de aquéllos en San Esteban y otros pueblos.

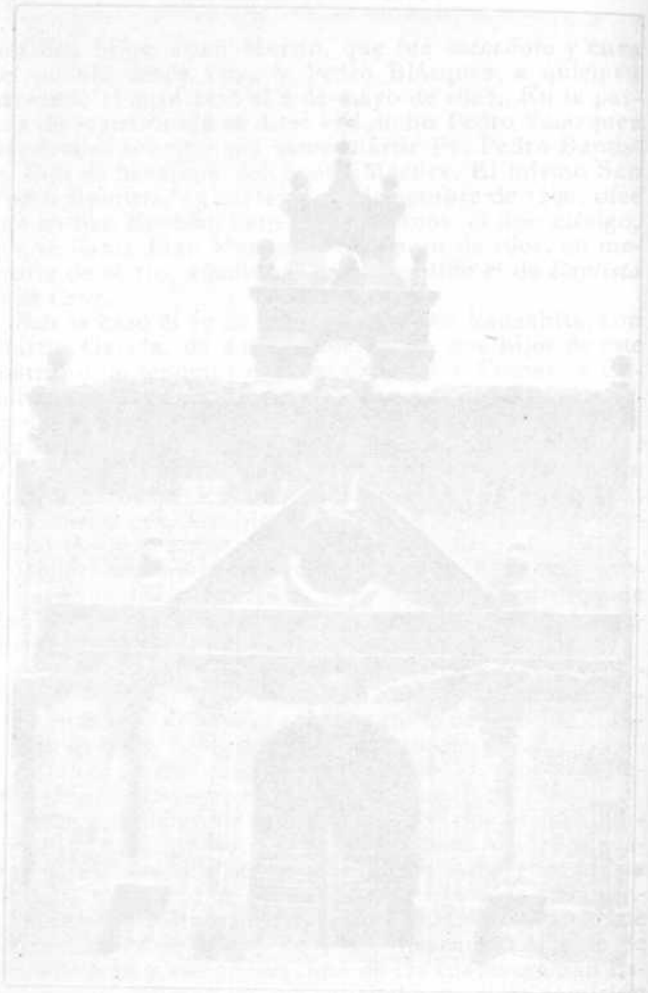
Francisca, otra hermana del Santo, vivió soltera, dedicada enteramente a santificarse, por lo cual era conocida en el pueblo con el sobrenombre de *la Beata*. Murió en opinión de santa el 30 de julio de 1576.

Catalina parece fué la menor de todas, y nada sabemos de ella sino que murió a 16 de enero de 1580.

Tuvo también San Pedro Bautista varios primos hermanos, de los que son conocidos cuatro: Antón González Villacastín, que se casó en Pedro Bernardo; María Gómez, que vivió en Serranillos; Ana Gómez y Domingo González Villacastín, casados en San Esteban. Este último, en 14 de marzo de 1628, presentó al alcalde de Mombeltrán y sus anejos (uno de los cuales era San Esteban) una petición en que solicitaba se diese comisión a un escribano de San Esteban para recibir jurídica-



Ermita de San Pedro Bautista, edificada en la casa en que nació.



mente los dichos de testigos jurados que declarasen cómo él era primo hermano del Santo. De esta información tengo copia en mi poder, y en ella declararon tres testigos de ochenta, sesenta y cinco y setenta años de edad, poco más o menos, los cuales conocieron al Santo y a toda su familia.

Todo lo dicho consta ciertamente. ¡Lástima es que no haya medio de averiguar en qué año nació el Santo! Cierto es que nació antes de 1546, porque aunque algunos historiadores del martirio dicen que fray Pedro murió de cuarenta y ocho años, fray Jerónimo de Jesús dice expresamente que era ya de cincuenta años y llevaba treinta de religioso. Creo, pues, que el Santo debió de nacer el año de 1544 ó 1545, el día 29 de junio, según la tradición vulgar, y fué bautizado en la pila bautismal de la parroquia, con el nombre de Pedro, como presagio de su fortaleza inquebrantable y de que había de ser la piedra fundamental de la iglesia del Japón.

Desde muy niño comenzó nuestro Pedro a dar muestras de lo que había de ser; la gracia de Dios y la buena educación que le dieron sus padres formaron en él un corazón grande, amigo de la verdadera grandeza, que es servir a Dios, darle culto y despreciar las vanidades mundanas. En sus juegos infantiles se entretenía en hacer cruces con dos palitos, y congregando a otros niños de la vecindad, los llevaba en procesión por el pueblo, cada uno con su cruz y cantando el *Gloria Patri*. Aprendió a ayudar a misa y tenía gusto en estar y asistir en la iglesia.

Aprendió muy bien las primeras letras, y como daba muestras de grande ingenio, le mandó su padre a Mombeltrán, donde un buen maestro le enseñó algo de Latín y Cosmografía. Después le envió a Oropesa a continuar sus estudios en el colegio que allí tenían los Padres de la Compañía de Jesús, y luego a Avila, donde estudió Música y sirvió en la catedral, no sabemos si como músico o como acólito, por espacio de dos años.

Hacia 1560 le envió su padre a Salamanca, donde estudió Filosofía y Teología con gran aprovechamiento.

BIBLIOTECA DEL ESTADO AVILA

durante seis años por lo menos, y sintiéndose llamado al sacerdocio, recibió las sagradas Ordenes hasta el diaconado. Debió de ordenarle en Avila el Obispo don Alvaro de Mendoza. Mas nuestro Pedro aspiraba a más que ser sacerdote: su alma grande y despreciadora del mundo deseaba consagrarse a Dios en una Orden religiosa, y puso los ojos en la Orden de San Francisco, recientemente reformada por el gran penitente y contemplativo fray Pedro de Alcántara, cuya memoria vivía aún fresca en Arenas y todo su contorno.

Dió parte de su determinación a su padre, quien a pesar de sentirlo, como era natural, no se opuso a ello, pero le aconsejó que se aguardase unos meses, y mientras tanto mirase bien lo que iba a hacer hasta convencerse de que Dios le llamaba a la religión. Hízolo así nuestro joven; dióse entonces con más fervor a la oración y la penitencia, y es tradición que de noche se levantaba de la cama y se echaba a dormir sobre un arca. De la madera de esta arca se hizo después una cruz con lanzas, que en el año 1702 regaló a la capilla del Santo su propietaria Catalina González Villacastín, en cuya partida de defunción consta lo dicho. Llevóse en procesión a la capilla dicha cruz el 19 de febrero de 1706, y allí sigue colocada en la pared del lado de la epístola, cerca del altar.

Resuelto ya a dejar el mundo, escribió al Provincial de los Descalzos de la Provincia de San José pidiéndole ser admitido en la Orden. Concedido el permiso, y queriendo Pedro evitar la dolorosa despedida de sus padres y hermanas, un día, a principios de junio de 1567, al primer canto del gallo, salió secretamente de casa camino del convento de San Andrés del Monte, que dista de San Esteban como diez kilómetros y de Arenas poco más de dos. Y es tradición que al atravesar el valeroso joven el espeso pinar de la Cuesta de La Parra, que termina en dicho convento, quiso el demonio atemorizarle con rugidos espantosos y visiones horribles, como a otro San Antonio Abad; pero el Santo, armado con la señal de la cruz, sin hacer caso de aquel aparato formidable, siguió impertérrito su camino. En memoria de

este triunfo de nuestro Santo, el día de su fiesta, una hora antes de amanecer, se tocan las campanas, lo que llaman *tocar a la alborada*. Esta es la interpretación que de dicho toque se ha dado siempre en el pueblo.

El convento de San Andrés del Monte, hoy llamado de San Pedro de Alcántara, es el último que fundó este Santo, y en el cual se conserva su sepulcro. En la huerta se ven todavía hoy zarzas sin espinas, que milagrosamente las perdieron al arrojarse en ellas el santo Fundador por el ansia de padecer y hacer penitencia.

Llegado allá nuestro joven Pedro, fué recibido por el padre guardián fray Gabriel de la Soledad, y el 24 de junio tomó el hábito de franciscano descalzo.

CAPITULO II

Su vida en religión hasta su ida a Manila.

(1567-1584)

Comenzó, pues, nuestro novicio fray Pedro aquella vida austera, contemplativa y penitente que fray Pedro de Alcántara había enseñado a sus hijos; y si en medio del mundo fué siempre modelo de virtudes, ahora, en el claustro, procuró empaparse bien en el espíritu de sus santos Padres Francisco de Asís y Pedro de Alcántara, con lo cual adquirió alto grado de santidad.

Concluido el año de su noviciado, hizo la profesión solemne el día 24 de junio de 1568, día de San Juan Bautista, y en honor de tan gran Santo tomó el sobrenombre de *Bautista* (o *Baptista*, como decían entonces) con que fué nombrado en adelante.

A poco debió de recibir el sagrado Orden del sacerdocio, aunque no sabemos dónde; y es creíble que a su primera misa asistirían algunos de sus parientes de San Esteban. Como era muy buen orador, muy pronto le dedicaron los superiores al púlpito, y cuéntase que predicó algunas veces en San Esteban y otros pueblos, con gran lucimiento y fervor apostólico.

A 3 de junio de 1570 murió en San Esteban su padre, Pedro Blázquez Herrero, y a 10 de agosto de 1571 su madre, María Blázquez. Es de suponer que con este motivo fuese al pueblo a honrar su memoria, celebrar misa por ellos y consolar a la familia.

Fray Pedro Bautista era hombre de insigne ciencia, y así, hacia 1573 los superiores le mandaron al convento de Peñaranda a explicar Filosofía y sacó discípulos muy aventajados. Mas también era de grande prudencia y mostraba tener altas dotes de gobierno, lo cual movió a los superiores a mandarle de Guardián al convento de Cardillejo, junto a Fontiveros; y es fama que predicó en varios pueblos de la comarca con gran fruto de sus oyentes. Ignoramos cuánto tiempo estuvo en este convento; mas consta que desde allí fué a Toledo con el cargo de predicador conventual, y luego de Guardián al convento de Mérida, por el año de 1579.

Todo esto era poco para fray Pedro Bautista, a quien Dios destinaba a mayores empresas; y así, aprovechando la ocasión de estarse disponiendo un buen número de frailes de su orden para pasar a Méjico y de allí a Filipinas, pidió y consiguió que le alistasen con ellos. Por abril de 1581, congregados en el convento de San Bernardino de Madrid los treinta y dos religiosos alistados, el Nuncio Apostólico, monseñor Filipo Sega, dijo misa pontifical en dicho convento, y en nombre de Su Santidad Gregorio XIII los bendijo y despidió para Nueva España. Poco después, por el mes de mayo, salieron todos juntos para Sevilla, donde se embarcaron; llegarían a Méjico a fines de julio.

Cerca de tres años estuvo fray Pedro en aquella tierra ocupado en los ministerios de un santo religioso y de un celoso misionero, no sólo procurando el bien espiritual de los españoles y de los indios convertidos, sino también haciendo frecuentes excursiones en busca de indios que convertir, a veces con gran riesgo de su vida.

Por fin, a principios de 1584 los superiores le ordenaron pasar a Filipinas con otros religiosos, nombrándole Comisario visitador de la custodia que la Orden tenía en aquellas islas, titulada de San Gregorio (1), y había sido fundada en 1577; el Custodio era entonces

(1) *Guardián* es el superior de un convento; *Custodio*, el superior de todos los frailes de una región donde hay menos de diez conventos; *Provincial*, el superior de una región con diez conventos, o con menos, pero elevada a la categoría de provincia por el Papa; *Comisario*, el delegado de un provincial o del General para fundar conventos o visitarlos.

fray Juan de Plasencia, elegido el año anterior, 1583.

Trasladóse, pues, fray Pedro con sus compañeros a Acapulco, puerto del mar Pacífico, y allí se embarcaron para Manila, adonde llegaron por el mes de junio.

Era entonces Manila una pequeña ciudad de ochenta vecinos dentro de murallas; pero alrededor vivían muchas familias de tagalos (indios de la tierra), y había de ordinario doscientos soldados repartidos por las casas. Era gobernador de Filipinas D. Santiago de Vera y obispo D. Fr. Domingo de Salazar, dominico. Había tres comunidades de religiosos: agustinos, franciscanos descalzos y jesuítas; la única parroquia era la catedral.

De frente: Iglesia y convento de San Francisco, de Manila. – De lado: Iglesia de la V. O. T., de Manila.

CAPITULO III

Fray Pedro Bautista en Manila.

(1584-1593)

Al llegar fray Pedro a Manila con autoridad de Comisario visitó las cristiandades de que cuidaban los frailes Descalzos, confirmó las elecciones hechas en el capítulo celebrado el año anterior y él se dedicó a predicar, confesar, aprender la lengua tagala, enseñar a los niños de la escuela que había fundado el padre Plasencia, y de cuando en cuando visitaba las cristiandades de los alrededores de Manila.

El 23 de septiembre de 1586 celebraron los frailes nuevo capítulo, y con general aprobación y contento eligieron Custodio a fray Pedro Bautista.

En la primavera del año siguiente de 1587 recibió en la Orden a un joven de treinta años llamado Gonzalo García, natural de Bazaín, al norte de Goa en la India oriental, hijo de padre portugués. Sabía Gonzalo muy bien la lengua japonesa por haber estado nueve años en Japón al lado de los Padres jesuítas. Había ya en Manila muchos japoneses, casi todos comerciantes que iban y venían; algunos eran cristianos; algunos también se convertían en Manila por la predicación y ejemplo de los misioneros. Viéndose fray Pedro con una lengua (o intérprete) tan buena como el lego fray Gonzalo, y compadecido de la necesidad espiritual de aquellos ja-

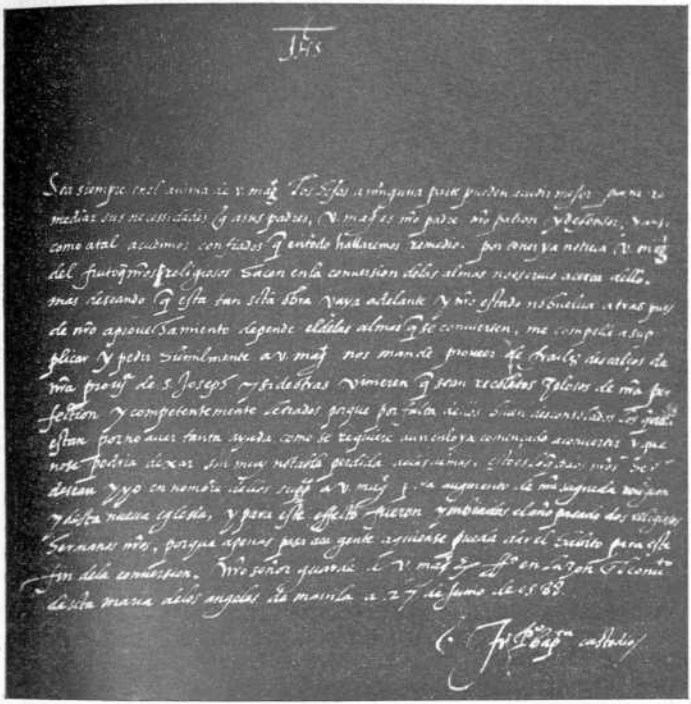
poneses, los tomó a su cargo el mismo año 1587 y formó de ellos una feligresía en Dilao, junto a Manila.

A 25 de agosto de aquel año llegaron a Manila los primeros religiosos dominicos, y mientras dispusieron casa en que vivir, fray Pedro Bautista los hospedó cariñosamente en su convento de San Francisco, titulado de Santa María de los Angeles.

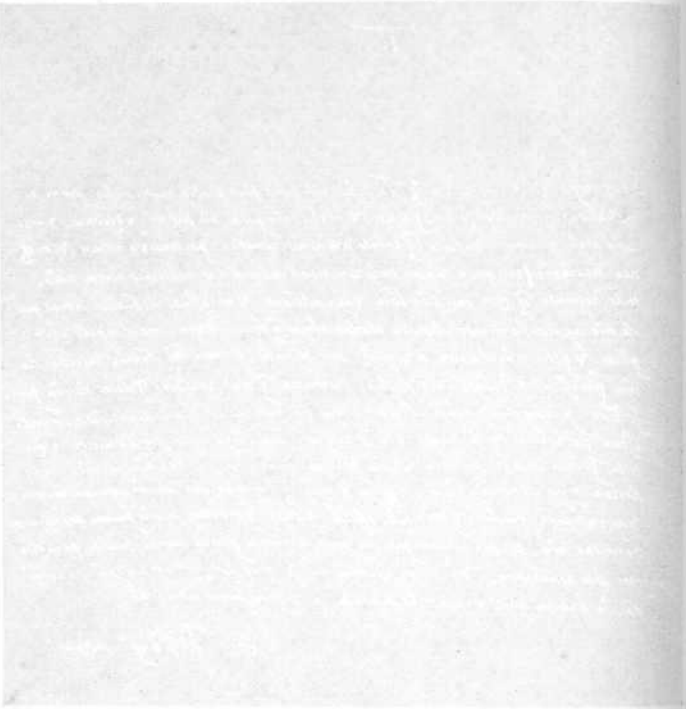
El año siguiente, hallándose fray Pedro falto de frailes para atender a sus misiones, escribió al rey D. Felipe II la siguiente carta:

«Jesús sea siempre en el ánima de V. Majestad. Los hijos a ninguna parte pueden acudir mejor para remediar sus necesidades que a sus padres. V. Majestad es nuestro padre, nuestro patrón y defensor, y ansí, como a tal, acudimos confiados que en todo hallaremos remedio. Por tener ya noticias V. Majestad del fruto que nuestros religiosos hacen en la conversión de las almas, no escribo acerca dello; mas deseando que esta tan santa obra vaya adelante, y nuestro estado no vuelva atrás, pues de nuestro aprovechamiento depende el de las almas que se convierten, me compele a suplicar y pedir humilmente a V. Majestad nos mande proveer de frailes descalzos de nuestra provincia de San Josef; y si de otras vinieren, que sean recoletos, celosos de nuestra perfección y competentemente letrados, porque por falta dellos viven desconsolados los que están, por no haber tanta ayuda como se requiere aun en lo ya comenzado a convertir, y que no se podría dejar sin muy notable pérdida de las almas. Esto es lo que todos nuestros Hermanos desean, y yo en nombre dellos suplico a V. Majestad para augmento de nuestra sagrada religión y desta nueva iglesia; y para este efecto fueron inviados el año pasado dos religiosos hermanos nuestros, porque apenas pasa acá gente a quien se pueda dar el hábito para este fin de la conversión. Nuestro Señor guarde a V. Majestad.—Fecha en Luzón, del convento de Santa María de los Angeles de Manila, a 27 de junio de 1588.—Fr. Pedro Baptista, custodio.»

Estos dos religiosos de que habla fray Pedro eran fray Francisco de Santa María y fray Miguel de Talavera;



Carta del Santo al Rey.—El autógrafo se halla en el Archivo de Indias de Sevilla.



habíalos enviado el mismo fray Pedro en octubre de 1587; mas habiendo abordado a la isla de Borneo, los mahometanos martirizaron a fray Francisco.

En esta carta se manifiesta bien claro cómo era fray Pedro y cómo deseaba que fuesen sus frailes; esto es, hombres sabios y santos.

Al cumplirse los tres años de su custodiato convocó fray Pedro nuevo capítulo, y los religiosos le reeligieron Custodio mientras llegaba el Breve del Papa Sixto V en que se elevaba la custodia a provincia, y del que ya tenían noticia, pues había sido expedido el 15 de noviembre de 1586.

Por el mes de mayo de 1590 llegó a Manila el nuevo gobernador D. Gómez Pérez das Mariñas, gallego, con su hijo D. Luis, mozo de treinta años. A poco un paje suyo, movido por los sermones de fray Pedro Bautista, entró de fraile en la Orden, por lo que, enfadados el gobernador y su hijo, quisieron sacar por fuerza al novicio del convento; mas fray Pedro, con sus buenas razones, logró apaciguar la ira de aquellos señores.

A 26 de junio se embarcó para España el señor Obispo, y en el mismo navío envió fray Pedro Bautista otra carta al rey, escrita el 23 de dicho mes, de la cual se hará mención en el capítulo siguiente.

El mismo año de 1590 fundó fray Pedro el convento de San Francisco del Monte, en un lugar desierto, una legua de Manila, y un pequeño hospital junto a la laguna de Bay, al pie de una fuente de aguas termales que halló al visitar a los cristianos por aquellos lugares. Entrado ya el año de 1591, fundó otro hospital en Cavite, a petición de sus moradores.

Por fin, en mayo llegó a Manila el sobredicho Breve de Sixto V. Fray Pedro Bautista convocó el capítulo de la custodia, la cual desde entonces quedó erigida en provincia. Salió elegido por primer Provincial fray Pablo de Jesús, catalán. Fray Pedro quedó de Guardián del convento, cargo que desempeñó año y medio; después quedó de predicador conventual.

La demanda de religiosos que fray Pedro hizo al Rey en 1588 no fué desatendida, pues en el mismo año 1591

llegaron a Filipinas diecisiete religiosos franciscanos. Por entonces tomó el hábito, y profesó en manos de fray Pedro Bautista, otro futuro mártir, llamado Felipe de las Casas, que entonces contaba veintidós años de edad. Su padre era de Illescas (Toledo); su madre, Antonia Martínez, de Salamanca; pero él había nacido en Méjico. Desde muchacho fué tan travieso, valentón y atrevido, que nadie podía resistirle. De Méjico pasó a Filipinas, donde siguió con sus trastadas y aventuras, hasta que, recibido un cruel desengaño, le trocó Dios el corazón y determinó dejar el mundo, como lo hizo.

Era ya el año de 1592. Varias veces había acudido fray Pedro al Gobernador pidiéndole remedio a las vejaciones que algunos españoles causaban a los indios; mas viendo que sus amonestaciones privadas no eran atendidas, recriminó públicamente tales abusos en el sermón que predicó el 19 de julio en la catedral, delante del Gobernador. Resentido éste, aquel mismo día mandó instruir expediente contra el predicador; pero calmados poco a poco los ánimos con la intervención de personas prudentes, viéronse forzados a confesar que fray Pedro tenía razón.

Así, ocupado en sus santos ministerios, continuó nuestro Santo hasta mayo de 1593, tiempo en que el Gobernador, teniendo necesidad de enviar un embajador a Japón, designó para este cargo a fray Pedro Bautista. El olor de santidad que dejó en Filipinas durante los nueve años que allí moró se puede colegir de las declaraciones de los testigos que depusieron en una información jurídica hecha en Manila el 26 de junio de 1597, todos los cuales habían conocido y tratado mucho a nuestro Santo. Dichos testigos fueron diecisiete entre religiosos, canónigos, militares y otras personas de viso, y todos concuerdan en que fray Pedro Bautista era un religioso santo.

Copiemos algunas frases de sus declaraciones:

«Era persona muy religiosa e de vida inculpable...: acudía a todos los negocios y se oponía en los púlpitos contra los vicios». (El Provincial de los dominicos.)

«Reprendía los vicios con valor y brío cristiano, e

volvía por los pobres, reprendiendo al que merecía reprensión». (El Prior de los dominicos.)

«Su vida y costumbres eran de un apóstol...: en predicar el santo Evangelio era el religioso de mayor eminencia y que traía a las almas tras de sí...; y dondequiera que él predicaba iba toda la ciudad a oírle, e cuando salían sacaban mucho provecho de sus sermones... E oyó decir este testigo que el dicho fray Pedro se elevaba en la oración y le revelaba nuestro Señor muchas cosas por venir, las cuales salían ciertas... E tal lo mostraba en su vida e costumbres, que *más parescía un hombre del cielo que no de la tierra*... E oyó decir este testigo (a los indios) muchas santidades y humildad e misericordia que tenía con los pobres, y que a los enfermos regalaba con mucha caridad». (El canónigo Salinas.)

«Se trataba asperosísimamente con mucha penitencia y mortificaciones, edificando a los demás religiosos; y así este testigo le miraba con los ojos de la consideración como si viese un apóstol». (El canónigo Diego de León.)

«Era muy prudente y muy retirado de conversaciones y trato de mundo, porque era muy dado a Dios». (El Viceprovincial de los jesuítas.)

«Su vida e dotrina era de varón santo y apostólico.» (D. Luis Pérez das Mariñas.)

«Estaba en opinión en esta república de santo e muy religioso». (Hernando de los Ríos Coronel).

Y así todos los demás testigos.

CAPÍTULO IV

Es elegido embajador de España en Japón

(1593)

El Japón es un conjunto de islas al nordeste de Filipinas y al oriente de Corea. La navegación de Manila a Japón duraba entonces un mes, poco más o menos. A mediados del siglo XVI estaba dividido en sesenta y seis provincias o reinos, a cuyos gobernadores llamaban *tonos* o reyes. Los portugueses, cuyos viajes eran siempre hacia el oriente de España, entraron allí a comerciar el año de 1542, y llevaron desde Goa, el año de 1549, a San Francisco Javier, que fundó allí una misión de la Compañía de Jesús, dependiente de los jesuítas portugueses de la India oriental. Los superiores de aquella misión, después de San Francisco Javier, fueron el padre Cosme de Torres hasta 1570, y el padre Francisco Cabral hasta 1582. En este año fué nombrado Viceprovincial el padre Gaspar Coello, a quien sucedió en 1592 el padre Pedro Gómez, que era español, natural de Antequera.

A la muerte de Nobunanga (1582), que era señor de treinta reinos, un general suyo llamado Fajiba, hombre de oscuro linaje, que había sido leñador y barrendero, se apoderó violentamente de los dominios de su señor, y poco a poco fué sujetando a su imperio todos

los demás, y en 1585 se cambió el nombre en el de Cambacu o Cambacundono. Al principio no era enemigo de la religión cristiana, y así la cristiandad fué creciendo hasta el año de 1587, en que, enfadado contra los padres jesuítas «por ciertas ocasiones que él se ha tomado o le han dado», como escribía fray Pedro Bautista al Rey el 23 de junio de 1590, lanzó edicto de destierro contra los misioneros y prohibió que en Japón se predicase la ley cristiana.

Saliéronse del Japón tres o cuatro padres; los demás, que serían unos treinta, se quedaron ocultos, casi todos en Nagasaki y lugares comarcanos, y desde entonces anduvieron disfrazados de bonzos (o religiosos gentiles), procurando no hacer ruido. Con esto muchos cristianos quedaron sin pastor o muy mal atendidos, por falta de quien les predicase y administrase los Sacramentos, y no pocos volvieron a sus idolatrías. En este estado de languidez y temor continuó aquella cristiandad hasta el año de 1593.

Ahora tomemos otro cabo. La aversión secular de los portugueses a los castellanos llegó por entonces a ser muy intensa. Ya al descubrir Colón el Nuevo Mundo los reyes de Portugal y Castilla, para evitar rozamientos, habían concertado que a partir de un meridiano 36 grados al oeste de Lisboa, los españoles podrían descubrir, conquistar y comerciar caminando siempre hacia el poniente, y los portugueses lo mismo, pero caminando hacia el oriente, hasta llegar al meridiano opuesto, el cual hoy sabemos pasa por medio del Japón, próximamente por Akashi, al oeste de Osaka. Pero entonces nadie sabía de fijo si el Japón pertenecía a la demarcación de Castilla o a la de Portugal: unos y otros sostenían su pretendido derecho a ser solos en aquel imperio.

Los jesuítas de Japón, animados del espíritu portugués, y con el fin de cerrar la puerta a los comerciantes de Manila, determinaron cerrarla también a los religiosos castellanos. En virtud de esto solicitaron del Papa Gregorio XIII que prohibiese la entrada en Japón a todo sacerdote o religioso que no fuese jesuíta, a

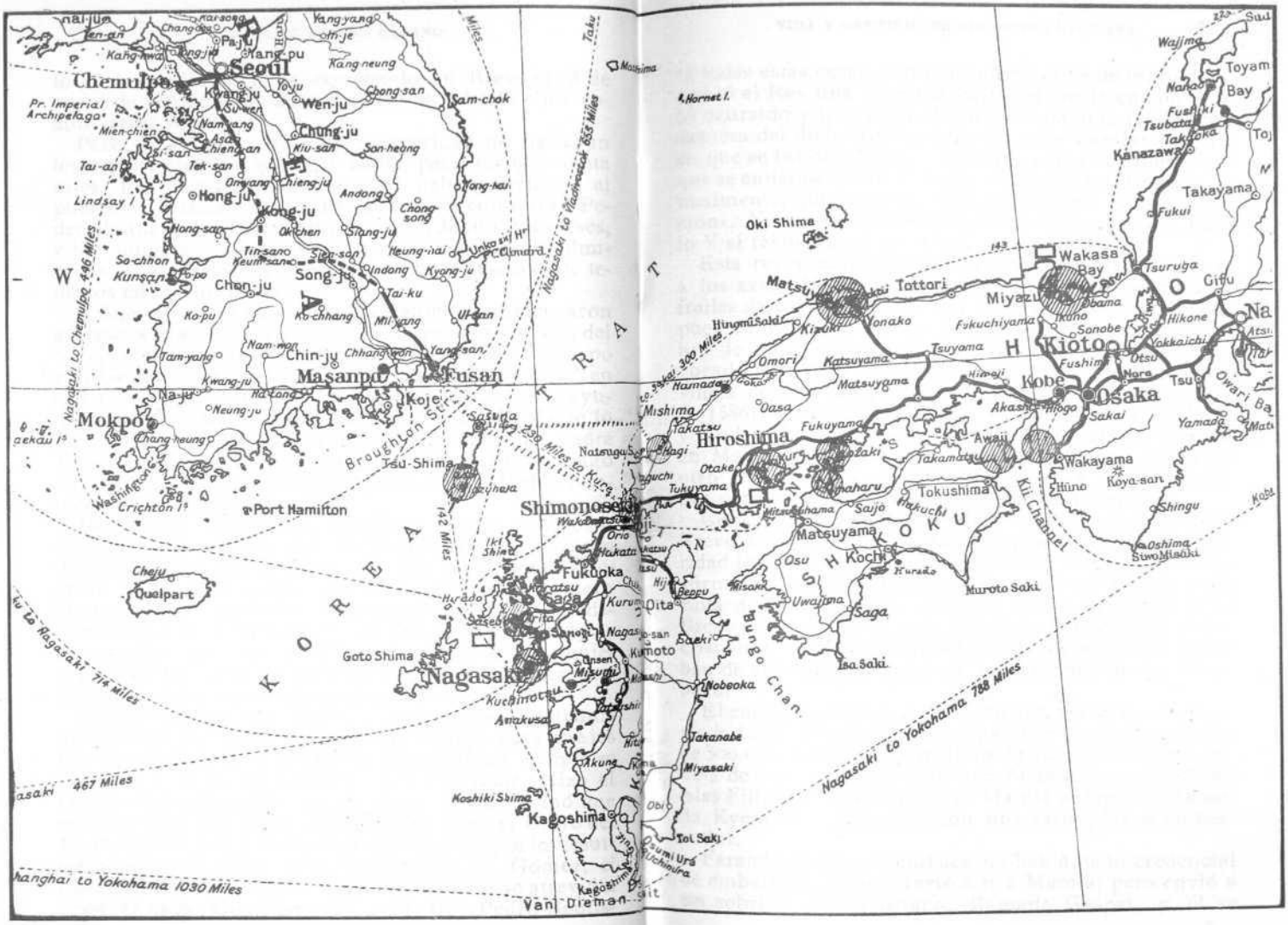
lo cual accedió el Papa expidiendo un Breve el 28 de enero de 1585, cuatro años después de haberlo ellos pedido desde Japón.

Pero en aquellos años de prosperidad no bastaban los treinta jesuítas que allí había para recoger tanta mies. Por casualidad el año 1583 habían arribado al puerto de Firando dos frailes descalzos como fray Pedro Bautista, los cuales estuvieron en Japón dos meses, y los muchos cristianos que los vieron quedaron admirados de su hábito y género de vida, y deseosos de tenerlos en su compañía.

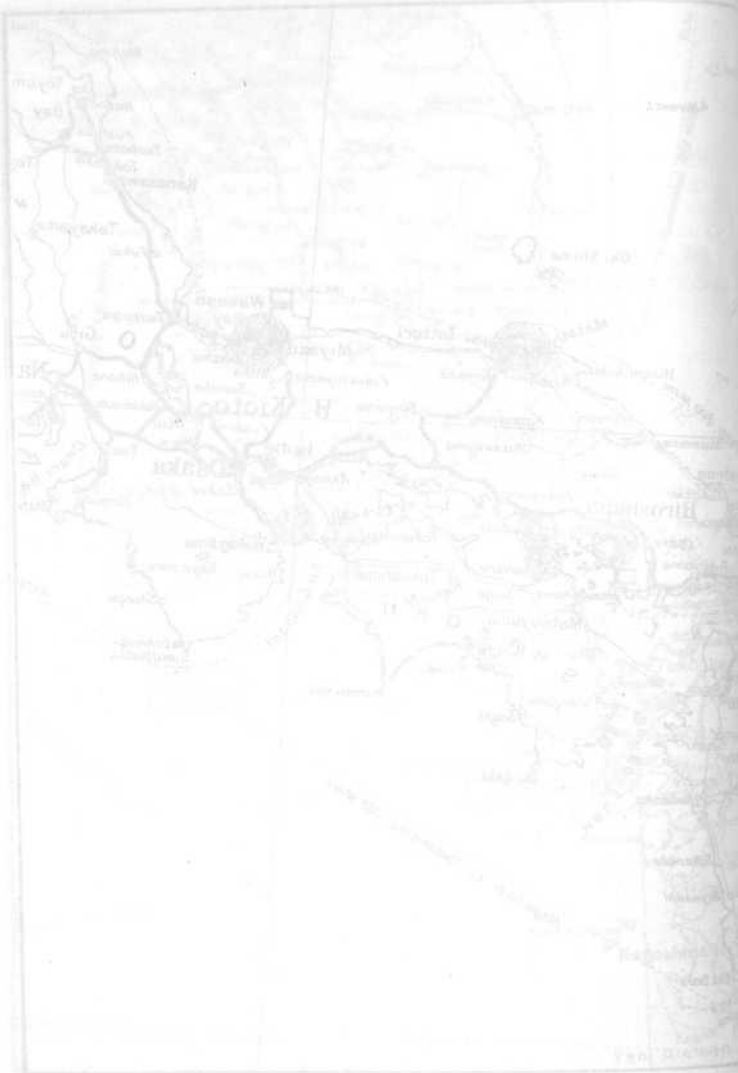
A fines de aquel año y en los siguientes comenzaron a llegar a Manila cartas de señores cristianos, y aun del Viceprovincial padre Coello, dirigidas al señor Obispo y al Gobernador, y al Custodio de los franciscanos, en que pedían que enviasen allá frailes descalzos para ayudar a los jesuítas en el cultivo de aquella viña. Todo lo cual consta en tres cartas a Felipe II: una del padre Plasencia, del 18 de junio de 1585; otra de D. Santiago de Vera, el 26 de junio de 1586; otra de fray Pedro Bautista, de 23 de junio de 1590.

Dispuestos estaban en Manila a enviar religiosos castellanos al Japón; pero en el mismo mes de junio de 1586 llegó a Manila la notificación del Breve de Gregorio XIII y todo quedó paralizado. Con el desamparo en que habían quedado los cristianos japoneses al decretar Cambacu el destierro de los padres en 1587 se les aguzó el deseo de ver allá frailes descalzos, y siguieron enviando cartas y recados verbales con los comerciantes que iban a Manila pidiendo frailes.

A primeros de junio de 1590, los japoneses cristianos que estaban en Manila acudieron al Obispo para que les proveyese de frailes, alegando la necesidad en que se hallaban a causa del destierro de los jesuítas. Hizo el Obispo junta de religiosos, en la cual se determinó que era bien socorrer tantas almas, no obstante el Breve del Papa, que se había dado en el supuesto de que los jesuítas gozaban de libertad en Japón; mas D. Gómez, el nuevo Gobernador, era recién venido y no se atrevió a resolver nada. Considerando, pues, fray Pedro Bautis-



MAPA DE LA PARTE CCIDENTAL DE JAPON



ta todas estas cosas, tomó la pluma el 23 de junio y escribió al Rey una hermosa carta en que le cuenta todo lo ocurrido y le suplica alcance del Papa la revocación expresa del dicho Breve, del cual dice que las razones en que se funda «son muy frívolas y de poca fuerza», y que se entiende le dió el Papa «muy mal informado», y, finalmente, que «es para destrucción y no para edificación». Y esta era la verdad, como luego declaró Paulo V al revocarle el año 1608.

Esta revocación expresa era necesaria para desarmar a los exaltados jesuítas portugueses; mas no para ir frailes descalzos a Japón con seguridad de conciencia, pues como escribió fray Pedro Bautista en 4 de octubre de 1596, el dicho Breve quedó implícitamente revocado por Sixto V en el Breve de erección de la provincia de San Gregorio de Filipinas (15 de noviembre de 1586), en que da facultad a los frailes para predicar y fundar conventos en todas aquellas regiones, excepto en Malaca, Cochinchina y Siam, y además confirma otro de Paulo III, en que da licencia a los franciscanos para predicar en las cuatro partes del mundo.

Conste, pues, que fray Pedro Bautista, no obstante el Breve de Gregorio XIII, fué a Japón investido de autoridad legítima por el Sumo Pontífice, como después lo afirmaron muchos teólogos y lo confirmó Pío IX en la Bula de canonización. Además estaba derogado el tal Breve por derecho natural, supuesta la necesidad de los cristianos y la imposibilidad en que los jesuítas se hallaban de atenderlos a causa de la persecución del Cambacu.

El cual, engreído con sus victorias, pensó en conquistar la China, y así dispuso y mandó a Corea un ejército de 300.000 hombres a principios de 1592; y teniendo noticia de que sería muy fácil hacer tributarios a los de las islas Filipinas, despachó para Manila al japonés Faranda Kyemón (o Keimón) con una carta para el Gobernador.

Faranda, a quien Cambacu no había dado credencial de embajador, no se atrevió a ir a Manila; pero envió a un sobrino suyo cristiano, llamado Gaspar, y él se

quedó en un puerto de Japón. Llegó Gaspar a Manila, y traducida la carta de Cambacu por el lego fray Gonzalo, la presentó al Gobernador. Pedía nada menos que ser reconocido por señor de Filipinas, amenazando con enviar sus ejércitos para destruir y asolar la tierra.

Alborotóse Manila con tales arrogancias, de suerte que D. Gómez determinó enviar al Japón al padre dominico fray Juan Cobo con un presente y otra carta muy atenta y prudente en que ofrecía amistad y trato, sin decir palabra de sumisión o reconocimiento. Acompañando al padre Cobo fué el seglar Lope de Llano, y ambos salieron para el Japón el 7 de julio. El embajador Gaspar quedó en Manila, y cuentan que cada día iba al convento de San Francisco a importunar pidiendo frailes para Japón.

Entretanto Cambacu, dejando en su corte, Meaco (hoy Kioto), como regente del imperio a su sobrino Hidetsugu, y tomando para sí el título de *Taicosama*, bajó a la fortaleza o castillo de Nagoya para desde allí atender mejor a la guerra de Corea.

Llegados allá los embajadores y acompañados de Faranda, dieron su embajada a Cambacu, quien los recibió bien y respondió no mal a la carta del Gobernador, según escribió el padre Cobo en carta del 29 de octubre, en la cual, instado por los cristianos japoneses, pedía diez frailes descalzos, y el primero de ellos fray Pedro Bautista. Esta carta llegó a Manila, pero los embajadores se perdieron en el camino con todos los despachos de Taicosama y no se supo más de ellos.

En abril de 1593 vino Faranda a Manila diciendo que era embajador de Taico, pero sin ningún documento, porque, según dijo, los traía todos el padre Cobo. Alteróse otra vez Manila por no saber de fijo qué respuesta había dado Taico al padre Cobo, pues no era prudente fiarse de solo el dicho de Faranda. En esto, el 27 de abril presentó éste al Gobernador un memorial en que pedía los mismos diez religiosos que el padre Cobo nombraba, alegando estas dos razones: primera, que en Japón había mucha falta de misioneros; segunda, que Taico gustaría de ver allá hombres de vida tan austera.

Y añadía: «En nombre de mi Rey me obligo a que serán bien recibidos y tratados, y que no se les hará molestia alguna».

Lo de la falta de misioneros era verdad; lo otro era muy dudoso; mas como Faranda prometía que los frailes serían bien acogidos y, por otra parte, era necesario saber oficialmente el resultado de la embajada del padre Cobo, el Gobernador, después de mucho pensarlo y tratarlo con el Provincial fray Pablo de Jesús, determinó enviar por embajador al padre fray Pedro Bautista y darle por compañeros al padre fray Bartolomé Ruiz, al lego fray Gonzalo, como intérprete, y a fray Francisco de la Parrilla (o de San Miguel), fraile muy santo y que ya sabía algo de la lengua japonesa (1).

El 20 de mayo dió el Gobernador a fray Pedro la credencial de *Embajador*, y el Provincial la patente de *Comisario*. Con la misma fecha escribió D. Gómez una prudentísima carta a Taicosama, en que después de hablarle de la embajada anterior, le dice: «Ahora, para salir de toda confusión y duda, envío al padre fray Pedro Baptista, que es Padre muy grave y de mucha sustancia y calidad, y con quien yo me aconsejo en las cosas más importantes a mi Rey, y es el consuelo de toda esta república... Y va con facultad de mi parte para aceptar y asentar la paz y amistad que en vuestro Real nombre me ofrece y pide Faranda, con toda seguridad, entretanto que el Rey mi señor es avisado de esto y me ordene lo que se ha de hacer, y espero que todo sucederá muy a vuestro gusto, y procuraré yo dárosle en cuanto fuere de mi parte».

Apenas supo esto el padre Antonio Sedeño, rector de los jesuítas, presentó al Gobernador una protesta, alegando el consabido Breve, y que con ocasión de la otra embajada había hecho Taico destruir la iglesia y casas que los jesuítas tenían en Nagasaki. El 25 de mayo mandó el Gobernador abrir información sobre esto, de la

(1) Fray Bartolomé era natural de Cabra; fray Francisco lo era de La Parrilla, provincia de Valladolid, ambos religiosos de grandes virtudes y que, según la fama, habían hecho milagros. El segundo murió mártir; el primero no logró esta dicha, de lo cual él se lamentaba después.

cual resultó que el padre Cobo no había tenido culpa en lo hecho por Taico; y el 28 convocó en el convento de San Agustín una junta general de religiosos y autoridades de Manila, en la que, después de examinados todos los documentos de una y otra parte, se resolvió que la embajada de fray Pedro Bautista y sus frailes a Japón era lícita y conveniente, a pesar del dicho Breve y de los derechos que los portugueses pretendían tener en aquella tierra.

CAPITULO V

La embajada.

Dispuestas todas las cosas de la embajada, zarparon de Manila el domingo, día 30 de mayo: los dos padres en el navío del portugués Pedro González de Carvajal; los dos legos, con Faranda, en un navío japonés. La travesía fué borrascosa; el navío de Carvajal arribó a Firando el 8 de julio; el otro llegó a Nagasaki diez días después.

El padre Pedro Gómez, Viceprovincial de la Compañía, así como le dieron la nueva de la llegada del embajador, le envió con un padre la bienvenida y un obsequio de gallinas, pan y frutas; agradecíolo fray Pedro, añadiendo que de buena gana iría a saludar a los padres si no fuese porque allí era costumbre que los embajadores no visitasen a nadie antes que al Rey.

Taico, que seguía en Nagoya, envió un mayordomo suyo llamado Fungen (o Fajeba) con dos navíos para que llevase los embajadores a Nagoya, y en este lugar estuvieron encerrados en una casa un mes, hasta que llegaron los otros frailes. Llegados éstos, se dispuso el presente que traían, que era un caballo, un espejo, algunos vestidos y espadas de Castilla y dos gatos de Italia.

Los introductores Faranda y Fungen, por dar más contento a Taico, dijeron que aquel presente era poco,

que se habían de añadir mil pesos en oro. Negóse a esto fray Pedro porque no pareciese que se daba el dinero como tributo; pero ellos, interesados en dar a la embajada cierto tinte de reconocimiento, pusieron una bandeja con doscientos o más escudos (que llamaban *tostones).*

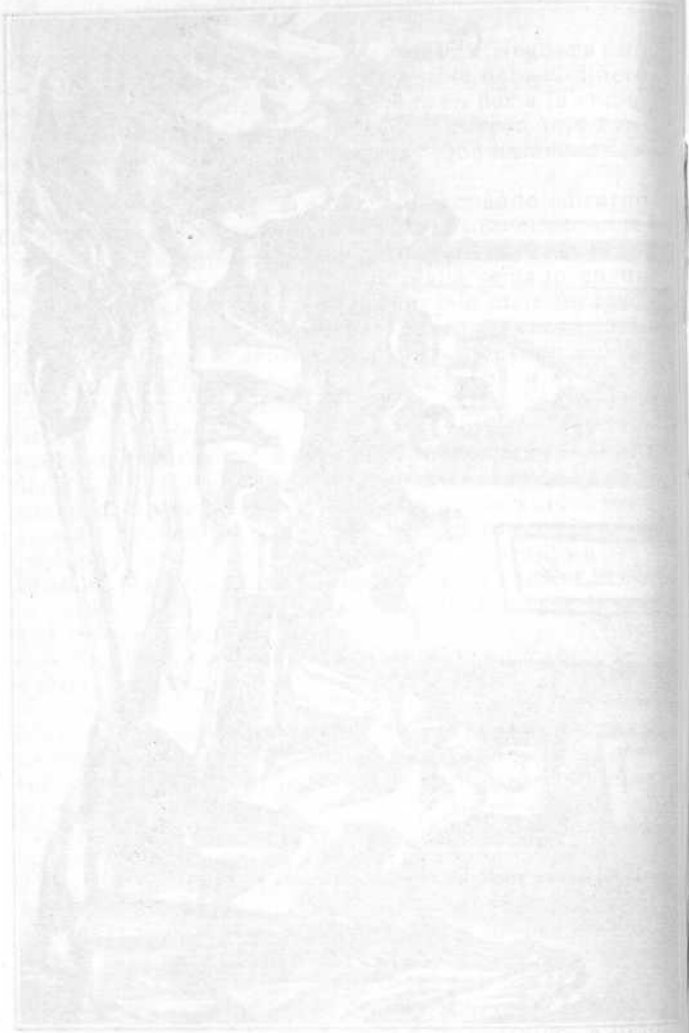
Llegaron, pues, a dar la embajada, y cuando entraron en la estancia regia, ya estaba allí colocado el presente, y un intérprete japonés en medio, contra la voluntad de fray Pedro. El Emperador se hallaba sentado en un trono bajo; los embajadores llegaron y le hicieron reverencia uno por uno, y fray Pedro le entregó la carta de D. Gómez; luego se sentaron en unas esteras en el suelo, como era allí costumbre.

El Emperador, sin haber leído la carta, comenzó a hablar, diciendo que los de Luzón habían de hacer su voluntad, y que si no, enviaría luego su ejército contra Manila. El intérprete, que había estado de rodillas y pecho por tierra oyendo al Emperador, levantóse todo asustado y dijo a los embajadores: *obedeẓcan, obedeẓcan.* Entonces fray Pedro, que tenía bien instruido a fray Gonzalo, mandó a éste que se adelantase y pidiese licencia para hablar. Concedida ésta, habló de tal suerte que muy pronto amansó la ira de Taicosama. Díjole, entre otras muchas cosas, que según había dicho Faranda en Manila, Su Alteza no pedía obediencia, sino amistad, y que ésta venían a ofrecerle y la guardarían con toda fidelidad; que obediencia no dábamos sino a Dios y a nuestro Rey, y que para confirmación de la amistad quedarían los cuatro religiosos en su reino y le querían tener por padre.

Respondió Taico que era contento en ello; que él les daría de comer y quería ser amigo de los españoles.

Después de esto los mandó llevar a otro aposento muy bien adornado, donde les sirvieron de comer y el *cha* o té. Luego entró allí Taico, se sentó junto a fray Pedro, le tomó el cordón en la mano, como quien juega con él, y se puso a hablar familiarmente con fray Gonzalo, a quien años atrás había conocido, preguntándole muchas cosas del Rey de España y de los frailes, a todo

La embajada.—Cuadro de la Exposición misional del Vaticano.



lo cual respondió fray Gonzalo, y Taico muy contento se levantó y los despidió. Todos salieron admirados de lo bien impresionado que quedó Taico de los religiosos, precisamente cuando estaba más airado contra los jesuítas. Era el dedo de Dios que lo disponía para sus fines.

A otro día ordenó Taico a Fungen llevar los embajadores a Meaco y que cuidase de ellos. Hicieron el viaje por mar hasta Osaka. En Meaco fueron honoríficamente recibidos, y Fungen los aposentó en su casa. Después los visitó Hidetsugu y los convidó a comer, y también los visitaron muchos señores y algunos cristianos de los que allí había.

Además de la amistad establecida entre Manila y Japón, tuvo la embajada de fray Pedro dos frutos muy apreciables.

El primero lo manifiesta el mismo fray Pedro en carta al Provincial diciendo: «Ha sido muy grande el aliento y consuelo que los cristianos han recibido con nuestra llegada».

El segundo fué la revocación del edicto de destierro de los padres jesuítas, como escribe fray Pedro al Gobernador de Manila el 7 de enero siguiente, con estas palabras: «De muchas personas principales que tratan con este Rey hemos oído que una licencia que ha dado a los padres de la Compañía para estar en el Japón, aunque no para predicar la ley de Dios, *que se la dió por amor de nosotros*. El concedérsela, cierto sabemos que después que nosotros vinimos acá, se la concedió; porque luego nos avisó un padre dellos dándonos la buena nueva, con lo cual no están poco contentos».

Sobre esto, en abril de 1595, y a instancias del nuevo Provincial fray Juan de Garrovillas, se instruyó en Manila una información, en que declararon ocho testigos (ninguno de ellos español), y todos confirmaron lo dicho por fray Pedro Bautista. De la declaración de Pablo Ungasavara, fervoroso cristiano y nieto del primer japonés bautizado por San Francisco Javier, copiamos estas frases: «Los Padres de San Francisco han puesto paz y amistad entre el Emperador y los dichos

Padres de la Compañía; y los templos que estaban caídos y derribados se van levantando y reedificando, y haciendo otros de nuevo... Y si ellos (los frailes) salieren de allí (de Japón), tiene este testigo por cosa cierta que el Emperador volverá a hacer lo que hizo, y perseguir a los cristianos; y esto lo sabe este testigo por lo que ha visto por vista de ojos.»

Buena por cierto era la de este Pablo, pues esto que parece profecía se cumplió exactamente veinte meses después.

Es de admirar aquí la virtud de nuestro Santo al interceder delante de Taicosama en favor de los padres de la Compañía, a pesar de que en Manila se habían opuesto a su embajada. En la misma carta del 7 de enero al Gobernador le dice estas hermosísimas palabras: «Todo el bien que he podido decir dellos (de los padres) después que entré en Japón, lo he dicho, y ansí será siempre (y así fué); y me daría grandísima pena que los padres rescibiesen algún detrimento.» ¡Qué poco miraba fray Pedro si los jesuítas eran portugueses o chinos! En cambio ellos no pudieron sufrirle sólo por ser fraile castellano.

Volvió Taicosama de Nagoya a Meaco en octubre o noviembre de 1593, y fray Pedro quiso despachar al capitán Carvajal para Manila con la respuesta de la embajada; mas no siendo posible a los frailes hablar al Emperador para pedirle la respuesta a la carta del Gobernador, porque no tenían presente que llevarle, acudieron al virrey Guenifoín, hombre atento «y de muchas prendas», como dijo fray Pedro, y después de mucho importunar consiguieron la respuesta en el mes de enero de 1594. Con ella y con varias cartas que le entregó fray Pedro, partió Carvajal para Manila, adonde llegó en los primeros días de abril. Toda la ciudad se alegró con las buenas nuevas acerca del resultado de la embajada.

CAPÍTULO VI

La fundación en Meaco

(1594)

Aposentó Fungen a los frailes lo mejor que pudo en su propia casa y les daba de comer con la renta que Taicosama había señalado.

Los gentiles, viendo hombres de tan áspera vida y que hacían tanta penitencia, no acababan de hacer espantos. Al principio algunos se burlaban de los frailes, especialmente los muchachos, que al verlos por las calles los seguían gritando: «*¡Deus, deus!*», que es como decir *cristianos*. Después comenzaron a respetarlos, viendo en ellos algo semejante a sus *fotoques*, que son los que ellos veneraban como santos.

Los cristianos recibieron y trataron a los frailes con gran reverencia; pero, en general, no osaban llegarse familiarmente a ellos, diciendo que no podían sufrir tanta penitencia. Con todo eso, vinieron muchos desde muy lejos a verlos y visitarlos, y algunos comenzaron a allegarse y aficionarse a ellos, especialmente por la comunicación con fray Gonzalo, que hablaba bien la lengua japonesa.

El primero de éstos fué León Karatsuma, que en su juventud había sido bonzo. Era hombre instruido, valiente y sin ningún respeto humano. Tanto amor cobró

a los frailes, que se ofreció a servirles en todo, como si fuese uno de ellos, y así lo hizo hasta que le martirizaron con ellos. León fué atrayendo a otros al conocimiento y trato de los frailes, entre ellos el fervoroso cristiano Cosme Joya (o Shombashi), secretario de Hidetsugu, el sobrino de Taico. Cosme fué siempre gran favorecedor de los frailes, tanto que fray Pedro, escribiendo al Gobernador de Manila el 12 de octubre de 1594, dice: «A éste tenemos como por padre, porque él nos ha hecho la casa e iglesia y muchas limosnas».

Otro de los ganados por León para los religiosos fué su hermano mayor Pablo Ibarki, antiguo cristiano que había sido tonelero de oficio. Por obra de León se convirtió a la fe otro Pablo, apellidado Suzuki, que de joven había sido gran camorrista; bautizado con toda su familia, se dedicó a servir a los frailes, y como tenía muy buena letra, sacaba copias de catecismos para ayudar así a la conversión de los gentiles. Todos cuatro, a saber: León, Cosme y los dos Pablos, estaban casados con cristianas.

La casa de Fungen donde moraban los religiosos no era a propósito para vivir según su Regla, ni para atender a la conversión de las almas. Por esto deseaban tener casa propia con iglesia; mas no habiendo logrado que los allegados al Emperador le hablasen por ellos, ni les alcanzasen audiencia para hablarle, determinaron hablarle en la calle un día que éste iba a salir de palacio. Fueron, pues, al encuentro de Taicosama fray Pedro, fray Gonzalo y León. Recibiólos con mucha benevolencia, y oída su petición accedió benignamente a ella y los despidió con frases de cariño. El mismo día mandó a Guenifoín les diese y señalase sitio a gusto de fray Pedro, el cual eligió «un lugar que se llama *Foricava* (según dice el citado León), lindo sitio y que antiguamente fué de bonzos».

Con limosnas que dieron los cristianos, especialmente Cosme y otro de Nagasaki llamado Justino, y también algunos gentiles, comenzó fray Pedro las obras del convento e iglesia de Meaco, ayudándole de un

modo o de otro, además del citado Cosme, León y Pablo Suzuki, otros que se habían aficionado a los frailes. Tales fueron otro Cosme apellidado Takeya, vecino de Meaco, casado, de oficio espadero, y tenía un hijo de ocho años llamado Máximo; Matías, que después fué cocinero del convento; Miguel Kosaki y su hijo Tomé, de trece años, que había tenido por oficio hacer arcos y flechas; finalmente, otro Miguel, de quien nada particular sabemos.

«Todos (dicen ellos mismos en una declaración), aunque pobres, servimos a la obra, hasta que, gloria a Dios, se acabó. Y estamos aposentados (a fines de 1595) junto al convento de los padres, y allí vivimos en nuestras pobres casas alrededor del convento, deseando servirles en todo lo que nos mandaren, porque entendemos servir a Jesucristo, y esto con mucha alegría.»

Las comunicaciones entre Meaco y Manila, tan necesarias para los frailes, eran muy difíciles no habiendo casa en Nagasaki, emporio del comercio de Japón con Manila y Macao. Conociendo esto fray Pedro Bautista, en carta que escribió al Provincial en la primavera de 1594, aun antes de la fundación de Meaco, le indicaba la necesidad de fundar casa en Nagasaki, para lo cual le pedía más religiosos, y entre ellos uno que hablase bien la lengua portuguesa y pudiese confesar y tratar a los muchos comerciantes portugueses que allá acudían o allí vivían. En conformidad con estos deseos de fray Pedro, el Provincial fray Pablo de Jesús envió en julio de aquel año cuatro padres, que fueron: fray Agustín Rodríguez, natural de Villafrades, diócesis de Astorga; fray Marcelo de Ribadeneira, palentino, lector de Teología; fray Jerónimo de Jesús, portugués, y fray Andrés de San Antonio, que murió en la travesía.

A estos religiosos entregó el Gobernador interino D. Luis Pérez das Mariñas una carta y un presente para que el Embajador fray Pedro los presentase a Taicosama. Arribaron los religiosos a Firando el 27 de agosto y llegaron a Meaco el 30 de septiembre, cuando se estaba terminando el convento y estaba hecho al estilo de los de España. Tenían determinado bendecir la

iglesia el día 4 de octubre, fiesta de San Francisco; mas no pudiendo dilatar la presentación de la embajada, fray Pedro con fray Gonzalo, León y los tres nuevos religiosos se trasladaron luego a Fujimi, donde entonces se hallaba Taico ocupado en edificar su nuevo palacio. El día 4, fray Bartolomé bendijo la nueva iglesia de Nuestra Señora de los Angeles y celebró la misa.

Taicosama, por no recibir a los Embajadores en una sala a medio hacer, dilató por ocho días el recibirlos, pero lo hizo con mucha atención y agrado, mejor aún que había recibido el año antes a fray Pedro en Nagoya. Vueltos los frailes a Meaco, celebraron solemnemente todos juntos la dedicación de la nueva iglesia el día 11, octava de San Francisco.

Dos días después, fray Pedro escribía al Gobernador de Manila, y después de darle cuenta del buen acogimiento de la embajada, le decía: «Ya tenemos un convento pobre, de madera y cañas y barro, con su iglesia, aquí en Meaco, en un lindo sitio que el Rey nos dió... Queremos hacer un hospital junto a nuestra casa, para que en él nos ejercitemos los que aquí estamos, curándoles las almas y cuerpos. Hannos dicho que el Rey es amigo de pobres y que gustará mucho de que lo tengamos (el hospital), y para conversión de los gentiles nos dicen será de grande efecto... Para esos (enfermos) y pobres nos han dado licencia de bautizar, como lo hagamos secretamente, lo cual se puede muy bien hacer.»

Muy bien entendía fray Pedro su oficio de apóstol; pues como dice San Lucas en su Evangelio (cap. IX), cuando Cristo envió a sus apóstoles por los lugares de Palestina, los envió a predicar el reino de Dios y sanar los enfermos.

Construido el convento, comenzaron los frailes la vida conventual. El 1.º de enero de 1596, hablando de esto, escribía fray Pedro: «Entretanto que este Rey vive, estamos con mucha seguridad, por habérsenos dado por padre, y nos ha dado de comer como a pobres, y licencia para hacer convento e iglesia y nuestros oficios divinos como en España, cantándose misas, y cantando otras devociones en voz alta, tañendo campanas, sin que

nadie nos haya hecho contradicción; antes hemos tenido muy particulares favores del mismo Emperador y de su sobrino.»

Nadie, en verdad, hacía contradicción a los frailes sino los jesuítas que vivían en Meaco, a saber: el padre Organtino, italiano, y otro padre que solía estar allí, por ser intérprete de Taico para las cosas tocantes a los jesuítas y portugueses, llamado Juan Rodríguez, portugués. También por entonces estuvo en Meaco el padre Pedro Ramón. No tenían iglesia pública, ni campanas ni culto solemne, sino un oratorio semipúblico, donde decían misa y administraban los Sacramentos privadamente, por temor de que Taicosama se irritase si lo sabía. La manera de proceder de los frailes, tan diferente de la que usaban los jesuítas, les pareció mal a éstos, y comenzaron a molestar a los frailes con quejas y avisos importunos. Por otra parte, armados con su famoso Breve, que ellos sostenían estar vigente, no acababan de persuadirse que fray Pedro Bautista pudiese lícitamente fundar allí conventos, ni predicar, ni bautizar, ni aun siquiera vivir en el Japón.

Fray Pedro Bautista nunca se metió a censurar o avisar a los jesuítas; sólo quería que éstos le dejasen en paz a él. Y como todo esto debía tratarse con el padre Viceprovincial antes que con nadie, por esto y por ver si podía fundar casa en Nagasaki, a primeros de diciembre partió para esta ciudad con fray Jerónimo, el portugués, dejando de superior en Meaco a fray Marcelo, encargada la obra del hospital a fray Gonzalo y León, y establecida la Orden Tercera de San Francisco para sus familiares cristianos, que la pidieron.

CAPITULO VII

La fundación en Nagasaki

(ENERO-SEPTIEMBRE DE 1595)

Hablando fray Jerónimo de esta fundación en que acompañó a fray Pedro Bautista, dice que «los portugueses que allí residían ellos mismos lo pidieron, y a traernos por fuerza vinieron hasta el Meaco... y vieron el cielo abierto con ver el hábito de San Francisco en Nangasaque.» Era el mismo hábito de su paisano San Antonio de Padua, tan venerado de ellos y del mundo todo; además, tenían ansia de satisfacer su devoción con el culto público que esperaban de los frailes, cosa en que los jesuítas andaban muy cortos, a pesar de que allí había ya algunos miles de cristianos.

Esto no obstante, creemos que por sólo ello no hubiera bajado fray Pedro a Nagasaki, donde los jesuítas tenían su principal residencia.

Antes de partir fray Pedro de Meaco fué a verse con el virrey Guenifoin, pues no debía el Embajador salir de la Corte sin darle parte de ello, y a la vez le pidió una carta para Terazava, el Gobernador de Nagasaki, a fin de que éste no les estorbase la fundación. Porque aunque Taico había dado licencia a fray Pedro para estar y vivir en cualquier lugar de Japón, dicha licencia no había sido por escrito, sino de palabra, mas delante de

muchos señores. Así lo dice el mismo fray Pedro en carta de 11 de octubre de 1596.

Llegados a Nagasaki fray Pedro y fray Jerónimo el 18 de diciembre de 1594, fueron a hospedarse a la casa de la Compañía, donde los jesuítas los recibieron con mucha caridad, y fray Pedro comenzó a tratar con el padre Viceprovincial Pedro Gómez (escribe fray Marcelo) «lo que se debía hacer en la conversión, y conforme a lo que el padre Viceprovincial dió por escrito, procedimos, mandándolo así el santo Comisario.»

Viniendo luego a tratar de la fundación de convento en Nagasaki, opusiéronse los padres a ello, sacando a relucir el consabido Breve; mas fray Pedro mostró los suyos al padre Gómez, el cual los dió por buenos. Mas no todos los padres eran como el padre Gómez: estaban allí el padre Antonio López, rector de la casa, y otro padre, que, como exaltados portugueses, determinaron impedir la fundación de los frailes castellanos; para lo cual interesaron al Gobernador Terazava con ruegos y dádivas, como solían hacerlo en otras cosas.

No habiendo, pues, conseguido de Terazava lugar para la fundación, fray Pedro y su compañero, con aquiescencia del mismo Terazava, con el beneplácito del dicho padre Viceprovincial y con licencia de los portugueses, a cuya costa se había edificado el próximo hospital de San Lázaro, situado en las afueras de la ciudad al norte, se fueron a vivir a él entrado el mes de enero de 1595, y comenzaron a ejercitar sus ministerios en la pequeña iglesia del mismo hospital, con gran consuelo de los mismos portugueses, que durante aquella Cuaresma (aquel año fué Pascua el 26 de marzo) acudían todas las noches a oír sermón. Además, todos los días iban los religiosos a servir la comida a los enfermos y ejercitaban con ellos toda la caridad que podían.

Pero un día del mes de abril los portugueses mudaron de parecer y fueron a decir a fray Pedro que se saliese de allí. Entonces, fray Pedro escribió al padre Viceprovincial esta carta, reveladora de muchas cosas:

«Muy Rdo. Padre en Cristo: Es tanto el crédito de la virtud y religión de V. Paternidad, que no creo es sabi-

dor de los agravios y molestias que en este hospital se nos han hecho a mi compañero y a mí; y aunque siempre he callado, ahora no puedo, pues ha llegado el caso a término que nos quieren echar de un hospital, que en todo el mundo es lugar de pobres, *y esto dando dádivas a los gentiles.*

»Sepa V. P. que yo estoy en Japón con licencia de Dios y del Papa, y con la del Rey D. Felipe, y de Taicosama, Emperador de Japón, y con la de Foin (Guenifoin), Gobernador de Meaco... Cesen ya las contradicciones que tan injustamente se hacen a nuestra religión (de San Francisco); y si no cesan, sepa V. P. que tengo de ir en persona o enviar al Rey y al Papa a dar cuenta de lo que pasa en Japón. Y mire V. P. qué parescerá cuando se sepa que los gentiles y infieles nos dan el sustento y casa; y los fieles, y tan fieles siervos de Dios, no nos dejan estar en un hospital, que es casa de pobres en todo el mundo.

»No más sino que Nuestro Señor a V. P. guarde.—Fr. P.dro Baptista.»

Con esta carta callaron aparentemente aquellos portugueses, que eran los hermanos de la cofradía de la Misericordia; pero a los pocos días los religiosos fueron lanzados del hospital de orden de Terazava, quien, no atreviéndose del todo a echarlos de Nagasaki, los mandó recogerse dentro de la ciudad; un cristiano les ofreció su casa, y algunos devotos portugueses allegaron limosna para comprarla. Dispusiéronla los religiosos pobremente, como pudieron; pero sus enemigos volvieron a la carga con Terazava, quien los mandó salir de la ciudad y les prohibió fundar en el territorio de su jurisdicción.

Compadecido de ellos el padre Pedro Gómez, les ofreció su casa por de pronto, y allá se fueron mientras se presentaba ocasión de volver a Meaco. Llevólos el padre Gómez a ver el seminario de Arima y el colegio de Amakusa, y al regresar hallaron a Terazava algo más propicio, pues temiendo, sin duda, que el Emperador le riñese por no haber acogido en su territorio a los embajadores, les dijo, después de excusarse como pudo,

que podrían seguir morando en la ciudad mientras él iba a Meaco, donde se informaría de lo que debía hacer. Debió de ser esto en el mes de junio.

Agradecióselo fray Pedro y volvieron a la casa. Y como fray Pedro tenía certeza de que tratado el asunto en Meaco se resolvería a su favor, hizo venir de allá al padre fray Bartolomé Ruiz para que acompañase a fray Jerónimo, pues él también tenía que volver a Meaco. A últimos de julio llegó a Nagasaki el lego fray Juan Pobre de Zamora, enviado del padre Provincial fray Juan de Garrovillas, a informarse de las cosas de Japón (1).

En carta del 11 de septiembre le dice fray Pedro al Provincial que en Meaco ya tienen «un hospital con muchos pobres, que no caben de pies; cúranles las almas y los cuerpos, predicándoles públicamente sin que nadie ponga estorbo. Acude infinita gente de gentíos (gentiles) a ver lo que pasa y están muy espantados, teniendo por gente santa a los cristianos; conviértense muchos viendo tan santa obra».

Mientras estuvo fray Pedro en Nagasaki iba muchas veces a pasear, rezar y ver el mar con fray Jerónimo a un cerro al noroeste de la ciudad, en el cual hubiera querido fray Pedro fundar su convento. ¡Qué casualidad! En aquel sitio iba a ser crucificado año y medio después.

BIBLIOTECA PUBLICA DEL ESTADO - AVILA

(1) Este fray Juan Pobre, que desde ahora comienza a intervenir en esta historia, es distinto de otro Juan Pobre que por entonces estaba en Filipinas.

CAPITULO VIII

En Meaco y Osaka.

(1595-1596)

En octubre de 1595 regresó fray Pedro con fray Juan Pobre a Meaco, donde ya estaba edificado el hospital que llamaron de *Santa Ana*, del cual se encargó el fervoroso León con su mujer. Mas como tantos enfermos acudían a él, que ya en agosto «no cabían de pie», como dijo el Santo, ordenó construir otro allí inmediato, que parece estaba ya edificado a primeros de diciembre. Este segundo hospital se llamó de *San José*, y fray Pedro nombró hospitalero a Pablo Suzuki, que ayudado de su mujer y otros vecinos cristianos cuidaba muy bien de los enfermos.

Siendo cosa pública en Meaco que los padres de la Compañía pretendían echar de allí a los frailes, alegando que perturbaban la cristiandad y no eran gente de provecho, quiso fray Pedro Bautista que los mismos japoneses declarasen espontáneamente por escrito lo que sentían de los frailes, y he aquí el escrito de los pobres leprosos de los hospitales:

«El año siguiente que los frailes de San Francisco vinieron a Japón, viendo por las calles y por todas las varelas (o monasterios) de bonzos y por debajo *(al pie)* de las paredes a nosotros, pobres llagados y leprosos, hom-

bres, mujeres y niños, unos que estaban muriendo sin remedio de almas ni cuerpos, otros sin tener adonde nos albergar, sino que a las aguas, nieves y heladas nos estábamos; hubieron lástima de nosotros, misericordia y compasión, y para remediarnos nos han hecho dos hospitales, con apartamiento de hombres y mujeres, y nos administran bien del cuerpo lavándonos, vistiéndonos, enterrándonos; y del alma bautizándonos y enseñándonos la doctrina cristiana. Por lo cual pedimos misericordia la cual jamás hubo de nosotros en Japón; y así por todos los grados tiene a todo el mundo espantado, porque todos los que lo ven, como espantados dicen: «En Japón, padre con hijo ni hijo con padre ni madre no hace esto»; pues antes cuando está alguno por algún tiempo enfermo, lo cortan (el vientre) o lo echan al río o a la calle. Por lo cual pedimos con lágrimas y suplicamos que no solamente estos padres no se vayan, mas que antes, para nuestro consuelo, se multipliquen en Japón.—*Los pobres enfermos y leprosos de los hospitales de San José y Santa Ana, que son ochenta.*»

La mujer de Pablo Suzuki parió una niña que se murió a poco de bautizada; «y luego (escribe fray Juan Pobre en su *Informe)* acaso hallaron los religiosos otra junto al río de las muchas que suelen echar por él en Meaco, y la trajeron y bautizaron, y pusieron por nombre Lucía, y la recibió la mujer de Pablo... De estos niños y niñas se han traído muchos; unos los hallan vivos, otros ya casi para expirar; a todos los que pueden remedian con el santo Bautismo y los reciben las mujeres de los cristianos en lugar de hijos y los crían, y otros muchos se han ido a gozar de Dios».

«Hízose una escuela (dice el mismo) para enseñar a niños, junto al convento, donde está un muy buen cristiano que era médico y será ahora maestro para curar las almas de estos niños. Hízose con intento de quitarlos a los bonzos, que los engañan... Hanse visto en muchos trabajos mis Hermanos con algunos que les han quitado.»

Efectivamente, los bonzos eran los maestros de los niños en Japón, y fué tan grande la contradicción que

hicieron a esta escuela, que hubo necesidad de cerrarla. El maestro llamábase Francisco y le había bautizado el padre Ribadeneira a mediados de 1595; era casado y tenía una hija, también casada, en Meaco. Después, y como era hombre entendido, se dedicó a catequizar a los pobres, y asistía como médico a los enfermos de los hospitales. Dios le premió su fervor concediéndole la corona del martirio.

A poco de volver fray Pedro Bautista a Meaco, a petición de los cinco frailes sus hermanos, y para consuelo de ellos y de los cristianos, determinó poner reservado el Santísimo Sacramento en la iglesia.

Al padre Organtino le pareció esto una imprudencia, y así escribió una carta a fray Pedro quejándose de ello. Satisfizo fray Pedro a estos reparos con otra carta; pero como siguió la marejada, temiendo fray Pedro no se originase de ella algún desacato, hubo de quitarle.

Cuenta fray Juan en su *Informe* que el día que se puso el Santísimo, llevándole en procesión fray Pedro y sirviendo de turiferario el mismo fray Juan, se oyeron en la iglesia voces celestiales, «y no faltó (añade) quien vió la presencia divina de color de sangre, no en todo, sino en parte, haciendo una vista graciosa, ya en partes roja, ya en otras blanca».

Por entonces y durante la primera mitad de 1596 se agregaron a los religiosos otros cinco futuros mártires. Uno fué el niño de once años Luisito, nacido en Meaco, pero cuyos padres vivían entonces en Firando; trájole de allá su tío León Karatsuma, y le entregó a los frailes para que le educasen y les sirviese, y así vivía con ellos en el convento.

Otro fué Ventura, mozo de veinticinco años, natural de Meaco y bautizado de niño. Quedó huérfano muy pronto y sus parientes le metieron en un monasterio de bonzos; mas cuando se fundó el convento, recordando él que e taba bautizado, y obrando en él la gracia de Dios, fué a oír predicar a los frailes, con lo cual renació en él la fe, dejó el mundo y fray Pedro le admitió a vivir en el convento, en el cual sirvió de acólito y predicador.

Estando un día fray Pedro Bautista en un pueblo próximo visitando a un enfermo cristiano, hallábase allí un boticario de Meaco, que movido de ver la caridad con que fray Pedro trataba al enfermo, comenzó a aficionarse al cristianismo. Con deseo de ser instruido se presentó luego en el convento, y al fin fué bautizado con el nombre de Tomé. Tenía cuarenta años, y desde entonces vivió de ordinario en los hospitales, ayudando en preparar medicinas y enseñar la doctrina cristiana.

Otro nuevo cristiano fué el bello joven de diecisiete años Gabriel Duisko, de familia rica de Meaco. Muerto su padre, entró de paje con un señor de alta categoría, y trabando amistad con fray Gonzalo, se convirtió, lo dejó todo y se fué a vivir con los frailes al convento, del mismo modo que Ventura.

El último de estos cinco fué un carpintero que se convirtió y fué bautizado en el convento, al lado del cual se fué a vivir, y en él servía de carpintero cuando hacía falta; llamóse Francisco Cayo.

A principios de 1596 quiso Fray Pedro Bautista fundar otra casa en la populosa ciudad de Osaka, unos cuarenta kilómetros al sur de Meaco, para lo cual envió allá al padre Ribadeneira con fray Gonzalo y León. Ya había allí algunos cristianos, de los cuales cuidaban dos padres de la Compañía que allí residían, a saber: Francisco Pérez y Pedro Morejón, éste natural de Medina del Campo. No hallando los frailes manera de hacer la fundación, se fueron los dos religiosos a Sacay, dejando en Osaka sólo al hermano León, el cual compró una casa estrecha y pobre, y venidos de Sacay los religiosos, dispusieron en ella un altar para decir misa con un Niño Jesús que tenía en las manos la cruz y los clavos, y dieron al pequeño convento el nombre de *Belén*.

Volvióse fray Gonzalo a Meaco, y a poco se levantó una grave tormenta, porque aunque la casa era de un particular, el sitio era de otro señor, que instigado de su mujer quiso echar de allí a los frailes. Avisado fray Pedro Bautista, bajó de Meaco con fray Gonzalo, y

con sus buenas razones ablandó al dicho señor y calmó la ira de la mujer.

Desde Osaka mandó venir al padre fray Agustín Rodríguez, que andaba poco bien de salud en Meaco, y con él vino también el pequeño Tomé Kosaki para que sirviese de acólito. Fray Pedro y fray Gonzalo regresaron a Meaco, desde donde fray Pedro despachó a fray Juan Pobre para Manila. Era en el mes de abril. Fray Marcelo de Ribadeneira admitió para cocinero en Osaka a un hombre natural de la misma ciudad, que estando enfermo había sido bautizado por Pablo Suzuki; llamábase Joaquín y estaba casado; pero su mujer, que también era cristiana, se recogió en casa de unos parientes. Antes de convertirse era de genio brusco; después se volvió dulce y humilde, y mereció la gloria del martirio.

En junio de aquel año, 1596, llegaron de Filipinas dos padres jóvenes: fray Martín de la Ascensión, natural de Beasaín (Guipúzcoa), y fray Francisco Blanco, de Monterrey (Orense) (1). Fray Pedro Bautista dejó al último en Meaco; a fray Martín le envió de superior a Osaka, y al padre Ribadeneira, que estaba enfermo, le mandó a Nagasaki a ver si allí se mejoraba.

Nada diremos de las continuas molestias que fray Pedro y sus frailes tuvieron que tolerar de parte de los padres de la Compañía, pesarosos de que hubiese allí frailes establecidos de asiento con licencia de Taicosama.

Concluiremos este capítulo narrando algunas cosas particulares.

A principios de 1596 se bautizó en San Francisco un hermano del demandadero de los hospitales de Meaco. Era tejedor de sedas, y habiendo perdido en una semana su mujer y los dos hijos que tenía, le entró tal desesperación, que su hermano, por evitar que se matase, se fué a vivir con él y le fué poco a poco atrayendo a la religión cristiana. En el bautismo recibió el nombre

(1) Digo que fray Martín era de Beasaín porque así parece. Mas sepa el lector que en Vergara también le celebran como a paisano suyo. También a Santa Agueda se la disputan Siracusa y Catania en Sicilia.

de Juan, y habiendo su hermano partido para Filipinas, entró a sustituirle en el oficio de demandadero. Fué otro de los mártires.

La mujer del médico Francisco era de las cristianas más fervorosas de Meaco. El domingo de Ramos, 7 de abril, se celebraba la procesión de las palmas en la iglesia, yendo fray Pedro Bautista de celebrante; y al paso de la procesión, la mujer de Francisco, por imitar a los Apóstoles en la entrada de Cristo en Jerusalén, tendió su manto en el suelo para que por él pasase el padre Comisario, cosa que imitaron también las otras cristianas allí presentes.

En las Relaciones escritas poco después del martirio se dice que el día de Pentecostés, 2 de junio de 1596, fray Pedro Bautista sanó milagrosamente a una hija del devoto Cosme Joya, que estaba leprosa; y que el mismo día aparecieron en los vestidos de todos los de la casa de Cosme unas manchas a manera de lenguas de fuego.

Otro futuro mártir llegó en este mes a Meaco con fray Martín y fray Francisco Blanco. Era un lindo niño de trece años, natural de Nagasaki, hijo de padre chino y madre japonesa, cristianos. Llamábase Antonio. Viendo allí a los frailes, les cobró tanto amor y afición, que se iba muchas veces al convento con deseo de servirles, y finalmente le recibieron para ayudar a misa. Al pasar por allí fray Martín importunó para que le llevasen a Meaco, y así lo hizo fray Martín, con permiso de los padres del niño.

Así, poco a poco, fué el Señor juntando a los que pocos meses después había de coronar con la gloria del martirio.

CAPÍTULO IX

Tribulaciones

Desde que se fundó el convento de Meaco, casi no pasó día en que no se bautizase algún gentil o varios de ellos. Cuando fray Juan Pobre salió de allá, en abril de 1596, llevaban ya bautizados más de quinientos. Pero mucho mayor fué el número de apóstatas y renegados que volvieron al seno de la Iglesia y a la vida de cristianos. Porque con motivo de la persecución de 1587, unos por falta de instrucción religiosa y de ministros que los animasen y mantuviesen en la fe, y otros por temor, lo cierto es (como en diciembre de 1595 declaró el santo fray Gonzalo, que estaba bien enterado de ello) que cuando entró allá fray Pedro Bautista había tantos apóstatas que no se podían contar. Y añade: «Comúnmente se dice (o es cosa que todos dicen) que más de tres mil renegados se han reducido con la venida de los religiosos de San Francisco.» Y si en el primer año se redujeron tres mil renegados, es de suponer que más se reducirían en 1596 (1).

Estas conversiones no eran de boca o en sólo el exterior; eran sólidas y verdaderas, como lo demostró el fervor general de los cristianos al estallar la persecución en diciembre del año dicho. El mismo fray Juan,

(1) Fray Juan Pobre añade que esto de la conversión de los tres mil renegados se lo habían oído también decir a los padres de la Compañía.

en su *Informe* (que no alcanza sino hasta abril), escribe: «Si el Señor permitiere que haya persecución, tendrá Su Majestad muchos millares de cristianos que hagan rostro a éstos (los bonzos) con la verdad de nuestra fe; y si en la persecución pasada apenas se halló quien la confesase, ahora he visto muchos que lo desean... Yo alabo al Señor de ver en tan poco tiempo tanta mudanza, y el esfuerzo y fortaleza que les ha dado la fuerza de la virtud de unos pobres y simples frailes.»

De la citada declaración de fray Gonzalo seguimos copiando: «Con nuestra venida, los padres de la Compañía, que estaban con gran temor y escondidos, han tomado alas con lo dicho para salir a las aldeas, ignorándolo el Rey; pero ahora sólo le guardan el respeto en andar con hábito de Japón; que en lo demás, como siervos de Dios, cada día bautizan muchos, que no ha sido pequeño contento para nosotros.»

Hablando de la buena disposición para recibir el Evangelio producida en la gente pobre por la predicación y el ejemplo de fray Pedro Bautista y sus frailes, dice fray Juan: «Vienen tantos a coger del maná precioso del Santo Evangelio que derraman mis Hermanos, harto más con obras que con palabras, que puedo decir que está preñada toda la tierra de éstos, porque hay millares de ellos para desechar las tinieblas y recibir la luz del cielo.»

Tal y tan floreciente y halagüeño era el aspecto que ofrecía aquella cristiandad de Japón, resucitada de muerte a vida con la entrada y trabajos apostólicos de nuestro fray Pedro Bautista. Pero si el corazón se ensancha considerando estas glorias, ahora nos toca afligirnos en parte viendo las gravísimas tribulaciones que sobre nuestro Santo cayeron desde septiembre de 1596, y que terminaron con su muerte en cruz.

El primer obispo que entró en Japón fué el padre jesuíta D. Pedro Martínez, portugués, natural de Coimbra, hombre enemigo de todo lo que era castellano, y por consiguiente, también de fray Pedro Bautista y sus frailes. Más de dos años estuvo en Macao antes de ir la

Japón, y ya en 1594 había dicho «que él iría a Japón y no le quedaría ningún fraile allá». En junio de 1595 escribió una larga carta a fray Pedro Bautista mandándole volverse a Manila, porque el Japón era *conquista* de los portugueses. A esta carta respondió fray Pedro con otra muy prudente.

El 14 de agosto de 1596 llegó el Obispo a Nagasaki, y el 15 de septiembre, en el sermón que predicó en la iglesia de la Compañía, prohibió a todo cristiano oír misa y confesarse en la pequeña iglesia de los frailes, a los cuales mandó que se volviesen a Filipinas. Los tres religiosos, fray Jerónimo, fray Bartolomé y fray Marcelo, no pudiendo traer a razón al Obispo, dieron cuenta a fray Pedro Bautista, el cual les ordenó por santa obediencia que cada uno separadamente informase por escrito acerca de lo ocurrido con el Obispo. Recibidas por fray Pedro estas informaciones, las firmó y selló, y a primeros de noviembre despachó a fray Agustín con el proceso, con orden de que fray Marcelo de Ribadeneira, que en Japón gozaba de poca salud, le llevase al Provincial de Manila, y fray Jerónimo volviese a Osaka, donde fray Martín quedaba solo, y aun sabía poco de la lengua japonesa.

Mientras tanto ocurrieron otros desastres. El día 4 de septiembre hubo en Japón un espantoso terremoto en que murieron muchos millares de personas; quedó destruído el nuevo palacio que en Fujimi edificaba el Emperador, quien con su hijo en brazos se salvó casi por milagro; se cayó la mitad de uno de los hospitales que fray Pedro había construído en Meaco, y muchísimos templos de ídolos y monasterios de bonzos se vinieron a tierra. Por más de un mes estuvieron repitiéndose los temblores, aunque no tan fuertes como el primero. El convento y la iglesia de los frailes no padecieron daño alguno.

El 12 de julio había salido de Filipinas para Méjico el hermoso navío *San Felipe*, en que iban doscientos treinta y tres pasajeros, entre ellos un religioso dominico, cuatro agustinos y los dos franciscanos fray Felipe de Jesús y Fray Juan Pobre, a quien ya conocemos. Casi

deshecho por las tempestades y el oleaje, arribó el 19 de octubre al puerto de Urando, en el cual, a poco de sacar a la playa el rico cargamento de sedas que llevaba, se abrió el barco y allí quedó hundido (1).

El general del galeón (o navío), D. Matías de Landecho, por consejo de Chosokabe, gobernador de aquella tierra, quien acogió y trató a los pobres náufragos con grande afabilidad aparente, envió tres de ellos a Fujimi con un buen presente para Taicosama y cartas para nuestro Embajador fray Pedro Bautista, a fin de que este presidiese y presentase aquella embajada y pidiese al Emperador permiso para disponer otro navío y llevarse el cargmento sin que nadie les hiciese mal. Juntamente con los tres seglares fueron fray Juan y fray Felipe, y Chosokabe les encargó que para todo ello se valiesen de Masuda, gobernador del Meaco superior, su grande amigo.

Llegados a Osaka el 28 de octubre, fray Pedro Bautista, ue allí se hallaba, se vino con ellos a Fujimi, e inmediatamente escribió a Landecho dándole esperanzas de buen despacho, «porque el Rey me dió a mí (dice) una carta sellada el primer año (1593), para que seguramente pudieran todos los castellanos venir a su reino, sin que por mar ni por tierra se les hiciese algún agravio». Después, como cumplido y perfecto diplomático, fray Pedro encarga a Landecho dé a Chosokabe muchas gracias en nombre suyo (lo que era tanto como dárselas en nombre de España), por el buen acogimiento que había hecho a los náufragos españoles.

Mucho mejor hubiera querido fray Pedro tratar el asunto cen el virrey Guenifoin, que tanto favorecía a los frailes: mas porque no se turbase el negocio, como él dijo, y se enojasen los gobernadores, determinó tratarlo con Masuda, según mandaba el de Urando; y a los secretarios de Guenifoin les pasó aviso diciendo que manifestasen a su señor la causa por que no acudía primero a él; pero que después le visitaría y le llevaría un presente.

(1) Urando o Urado es el puerto de Kochi, en la costa sur de la isla de Shikoku.

Fueron, pues, los españoles con fray Pedro a tratar con Masuda, el cual los recibió muy bien, les mandó dar de comer, les dió muy buenas esperanzas y les dijo que él los avisaría para presentarse al Emperador.

Mas he aquí que a los dos días, el 1.º de noviembre, les manda aviso de que Taicosama no quería recibir a los embajadores ni el presente. ¡Qué desengaño! Taicosama enojado de repente con fray Pedro Bautista. A poco oyen decir que Taico ha dado orden a Masuda para que vaya a Urando y confisque la hacienda del galeón, lo cual era también indicio de que peligraban las vidas de los españoles.

Fray Pedro, en tan angustioso trance, despachó inmediatamente para Urando a fray Juan, y él, con el español Cristóbal de Mercado, se fué a Meaco a tratar con Guenifoin el negocio. Todo en vano. Masuda llegó a Urando el día 12; el 14 comenzó el inventario del cargamento del galeón y a los pocos días se lo llevó todo para Fujimi, dejando a los pobres españoles sin hacienda, sin dinero, medio desnudos y prisioneros.

¿De quién o de dónde procedía tan deshecha borrasca? Ahora lo veremos.

CAPITULO X

Los castellanos perseguidos.

(Noviembre de 1596.)

El traidor Chosokabe había mandado a su secretario con los cinco españoles a Fujimi a enterar a Masuda de las grandes riquezas que traía el barco y de que en él venían religiosos y soldados con artillería. Masuda, otro traidor, lo comunicó a Taicosama, exagerándole las cosas con intención de avivar su codicia, ya excitada por la reciente ruina de sus palacios; y aunque Taicosama no quería apoderarse de la hacienda de los españoles, acordándose de la chapa o real cédula de seguro que había dado a fray Pedro, con todo eso Masuda insistió y le persuadió al despojo, sin duda por la participación que él esperaba tener en la presa, como, en verdad, la tuvo.

Por otra parte, los jesuítas de Meaco, al saber que la comisión enviada por Landecho con el presente iba enderezada a fray Pedro Bautista, se picaron, como más adelante confesó el padre Juan Rodríguez delante de varios españoles, uno de los cuales (el alférez Pedro Cotelo) declaró en un proceso instruído en Manila en 1598 que dicho padre les dijo «que él y los padres de la Compañía no se habían querido meter en ello (en interceder por los españoles) porque no habían enviado el presente a los padres de la Compañía ni hecho caso

de ellos, con haber más de cuarenta años que estaban en aquella tierra».

Por esto, y temiendo que si fray Pedro Bautista, como embajador, conseguía el buen despacho de los náufragos, se afianzarían los frailes en Japón, cosa que los jesuítas querían impedir a todo trance, y cada día irían castellanos a aquella tierra que los portugueses consideraban como *conquista* suya, se fueron directa o indirectamente a Taicosama y le dijeron lo que ahora verá el lector.

El día 15 de noviembre, estando Masuda apoderándose de la hacienda del galeón en nombre de Taicosama, el General D. Matías de Landecho, según él mismo declaró en el proceso ya citado, «le preguntó que cómo su Rey hacía una cosa tan fea...» Y respondió: «Que no se maravillase este testigo, porque le habían dicho *ciertas personas* que a este testigo nombró, *y las declaró bien*, que eran corsarios los que este testigo traía en su compañía, y que venían a sondar sus puertos y reconocer su tierra para venir después sobre ellos; y que ya sabía Taicosama que los españoles, cuando querían ganar un reino, llevaban o enviaban frailes que hiciesen cristianos..., como lo hicieron en los de Nueva España, Perú y Filipinas.» Según otros testigos, añadió Masuda: «y que no eran vasallos de su Rey de los portugueses».

Tres calumnias hay aquí: 1.ª, que los castellanos náufragos eran ladrones o corsarios; 2.ª, que los frailes eran enviados para preparar la conquista de la tierra; 3.ª, que el Rey de Castilla no era el rey de los portugueses que iban al Japón. Quiénes fueron los que así informaron a Taico, no quisieron nombrarlos los testigos, aunque *Masuda los declaró bien;* pero el testigo Andrés de Zuazola, escribano del galeón, dijo que habían sido *dos teatinos* (o jesuítas) y *tres portugueses.*

Mentira parece que llegase a este extremo la envidia de los portugueses a los castellanos; pero esto se dijo y se divulgó por todas partes, y los mismos jesuítas en alguna ocasión dijeron después algo que hace creíble el dicho de Masuda. Respecto de la primera calumnia he aquí lo que el mismo fray Pedro Bautista escribió el 23

de diciembre a fray Juan Pobre, que le había comunicado lo dicho por Masuda estando él delante: «Por una parte no me puedo persuadir que en pecho de cristianos tan grande maldad cupiese, que dijesen que eran ladrones los castillas (o castellanos). Por otra *veo tales indicios, que me ponen en grandísima confusión y admiración.*

De la segunda habla también fray Pedro en carta del 18 de diciembre. «Hase dicho (escribe) que los frailes venimos delante y los españoles luego, y que así se tomó Nueva España y Filipinas.»

Para la tercera es necesario que el lector sepa que nuestro Rey D. Felipe II era también rey de Portugal y sus dominios desde el año de 1581, lo que muchos portugueses llevaban muy a mal, entre ellos algunos jesuítas portugueses que estaban en Japón; los cuales, por poner división entre ellos y los castellanos de Filipinas, hicieron creer al Emperador y demás señores de Japón que su rey (el de la India oriental) era D. Antonio, uno de los pretendientes sin derecho a la corona de Portugal contra Felipe II de España.

Todas tres calumnias constan en la carta que el 18 de mayo de 1597 escribió al Rey el Gobernador de Filipinas D. Francisco Tello, quien acerca de la tercera dice: «Cosa me ha parecido mucha (o gran desacato) para los portugueses tener la memoria de D. Antonio, aun en estas partes tan remotas, y siendo vasallos de V. Majestad».

De los cuarenta jesuítas que había entonces en Japón, algunos eran afectos a los frailes y miraban como hermanos a los españoles; otros, especialmente los que moraban en pueblos, no se metían en nada; pero el Obispo y otros cinco o seis que residían en Nagasaki y Meaco no podían tragar nada que fuese castellano. Les estorbaban los frailes, tanto por ser frailes como por ser castellanos; les estorbaba el Rey Felipe II por ser castellano; les estorbaban los mercaderes de Filipinas por ser castellanos; y en 1581 resolvieron en consulta que no convenía hubiese Obispo en Japón, temiendo no les mandasen allá algún fraile o castellano. Más aun:

en 1586 se opusieron a que fuesen al Japón dos padres jesuítas de Manila porque eran castellanos; así lo escribió al Rey el Gobernador de Filipinas, D. Santiago de Vera. Y en 1572, a la muerte de San Francisco de Borja, los jesuítas de Portugal pidieron, procuraron y lograron que no se eligiese para General de la Compañía a ningún padre castellano. Ahí tiene el lector el origen y el motivo de la persecución que algunos jesuítas, y aun los gentiles por culpa de ellos, hicieron a fray Pedro Bautista y a los pobres náufragos españoles.

Llegó el Obispo D. Pedro Martínez a Meaco el 16 de noviembre, a la visita pastoral, y sabiendo cómo andaba el negocio del galeón, llamó a fray Pedro Bautista y le ofreció para ello el favor suyo y el de los padres. Esto que parece una obra de misericordia era en realidad una burla; porque los padres querían que los españoles entregasen los presentes a ellos para negociarlo ellos solos en nombre propio, lo cual implicaba el que fray Pedro Bautista renunciase de hecho su título y dignidad de embajador de Castilla, cosa que fray Pedro no podía ni debía hacer. Por fin convinieron todos en que tratasen el negocio con Guenifoín el padre Juan Rodríguez y fray Gonzalo; mas como los jesuítas querían ser solos en todo y el asunto era arduo, no se consiguió nada.

Después de esto tuvo fray Pedro dos o tres entrevistas con el Obispo, quien obstinado en no reconocer por válidos y legítimos los títulos con que fray Pedro residía en Japón, le mandó volverse a Filipinas, a lo que fray Pedro se negó, y con razón. «Finalmente —escribe el mismo fray Pedro— dijo el Obispo que no quería que administrásemos a sus ovejas los Sacramentos, y respondí que no teníamos necesidad de su licencia, pues la teníamos del supremo Pastor.»

«Después me avisó que le enviase veinte japones de nuestros cristianos de los más honrados para decirles lo que él se sabe. Ellos fueron por mi mandado, y llevaban ciertas preguntas que hacer, según me dijeron. Y como nosotros nos vinimos, dejámoslos en casa del señor Obispo, donde había otra mucha gente japona. Y de

ahí a poco vinieron a casa muy quejosos diciendo que les habían dado allá de mojicones los dóxicos (catequistas) y algunos portugueses.» Así lo cuenta fray Pedro; mas por otras relaciones sabemos que los dichos cristianos pidieron una y otra vez hablar al Obispo, que los había mandado ir; y no queriendo retirarse, aunque el padre Organtino los mandaba volverse, los criados de la casa los echaron a golpes. Al ruido salió el Obispo y puso el negocio en paz despidiéndolos sin examinarlos, pero algunos bien descalabrados. El sentimiento de fray Pedro al ver así a sus cristianos, seis de los cuales fueron luego mártires, no es fácil de describir.

Fray Felipe de Jesús había subido de Osaka a Meaco con intención de pedir al Obispo las sagradas Ordenes; pero el Obispo se negó a conferírselas, como era de suponer.

Por último, viendo el Obispo que su autoridad episcopal se estrellaba contra la autoridad apostólica de fray Pedro Bautista, emprendió la consabida traza de hablar e interesar con dádivas, según la costumbre de Japón, a los gobernadores y palaciegos gentiles de Taicosama, a fin de que éste expulsara de Japón a los frailes, lo cual hizo el Obispo, según escribe fray Jerónimo, en nombre de los comerciantes portugueses de Nagasaki, sin ellos saberlo ni entenderlo, y a pesar de que casi todos ellos amaban y reverenciaban a los religiosos Descalzos, que ningún mal les habían causado. Y como el corazón de Taicosama estaba ya predispuesto contra los frailes, no sólo satisfizo el deseo de los jesuítas, pero pasó más allá mandándolos crucificar, lo que sin duda alguna los jesuítas ni previeron ni imaginaron.

CAPÍTULO XI

Los frailes en prisión

(DICIEMBRE DE 1596)

Vencido Taicosama de su codicia y de las interesadas persuasiones de Masuda, determinó apoderarse de la hacienda de los españoles. Mas para justificar su rapiña había menester un pretexto, y éste se le ofreció, sin buscarle, en las calumnias de que los náufragos eran piratas o ladrones. Con esto comenzó también a recelar que las embajadas de fray Pedro Bautista no fuesen amistosas, sino trazas astutas para ir preparando a los españoles la conquista de Japón. Vinieron después las recomendaciones de los gobernadores deseosos de complacer a los jesuítas en procurar la expulsión de los frailes.

El bonzo Jacuín, acérrimo enemigo de los cristianos y que servía de médico a Taicosama, viendo a éste receloso de los frailes, aprovechó bien la ocasión para persuadirle, no que los expulsara, sino que los matara juntamente con los cristianos, alegando no sé qué revelaciones de que con la propagación de la ley cristiana en el Japón se derrumbaría el Imperio.

Persuadido, pues, Taico de que todo el mal que le podía suceder tenía por origen la religión cristiana, y entendiendo, como él dijo después, que la promulgación de la ley cristiana era un ardid y engaño con que

los españoles sujetaban los reinos extraños (1), comenzó a maquinar la persecución contra los religiosos y los españoles. Mas antes de dar el golpe, le pareció conveniente aguardar la llegada de Masuda con el botín del galeón, a ver qué informes le daba sobre los españoles.

Hacia el 3 de diciembre llegaron a Fujimi Masuda y Chosokabe; llevaron a Taico la presa del navío, y le informaron como quisieron, diciéndole que la gente que en él había venido les parecía muy sospechosa. Enfurecido entonces Taicosama dijo que era intolerable que se predicase en el Japón la ley de los cristianos, y que con razón la había prohibido él años atrás. Por lo cual, después de algunos dares y tomares con los señores allí presentes, que pretendieron calmarle y persuadirle que se contentase con desterrar a los religiosos, dió orden de arrestarlos en sus casas con gente de guardia para que no escapasen. Debió de ocurrir esto el 5 ó el 6 de diciembre. El Obispo, sabedor (según parece) de la tormenta que se venía encima, partió de Meaco el día 7 para Osaka; de aquí, el 8, para Sacay, y de aquí para Nagasaki con los padres Francisco Pasio (italiano) y Juan Rodríguez.

Dos casas de religiosos había en Osaka, la de los franciscanos y la de los jesuítas. Taicosama no sabía que moraban jesuítas en Osaka, y así mandó sencillamente poner guardas a la casa de los *deus* o religiosos; mas el juez encargado de esta diligencia, por mejor acertar, puso guardas a ambas casas el 8 de diciembre, domingo, fiesta de la Purísima Concepción de la Virgen. En el conventito de Belén estaban fray Martín, el cocinero Joaquín, el acólito Tomé y Cosme Takeya, que aunque servía en los hospitales de Meaco, se hallaba entonces en Osaka. En la casa de los jesuítas no halló el juez sino un hermano predicador, Pablo Miki; un catequista, Juan de Goto, de diecinueve años, y el viejo sirviente Diego Kisay.

Jibunojo, gobernador del Meaco inferior, donde estaba el convento de San Francisco, se hallaba en Fuji-

(1) Carta de Taico al Gobernador de Filipinas en octubre de 1597.

mi; y como estaba interesado en librar a los jesuítas, y el enojo de Taico era principalmente contra los franciscanos, ordenó a uno de sus tenientes arrestar a los frailes, lo cual se hizo el mismo día 8. Aquella tarde comenzó a correr el rumor de que al día siguiente degollarían a los religiosos y a los cristianos, y así se lo comunicó Cosme Joya a fray Pedro. Los cristianos de Meaco, deseosos de acompañar en el martirio a sus amados padres, comenzaron a venir al convento, y como encontraron cerradas y guardadas las puertas, muchos de ellos asaltaron las tapias de la huerta y entraron más de trescientos.

Fray Pedro Bautista determinó bautizar aquella noche a todos los enfermos infieles que había en los hospitales. Los dos legos, fray Gonzalo y fray Francisco, ayudados de otros predicadores, se encargaron de instruirlos en la doctrina cristiana, y después bautizarlos. Mientras tanto, fray Pedro y fray Francisco Blanco se pusieron a confesar en la iglesia a todos los cristianos que pudieron, sin dormir en toda la noche ningún sueño.

De una carta de fray Pedro a fray Martín, escrita el 11 ó el 12, copiamos lo siguiente: «Una hora antes que amaneciese dije yo misa y la oyeron muchos cristianos, y comulgué a todos nuestros hermanos (los frailes y los terciarios) y a otros muchos cristianos de los que habíamos confesado aquella noche». (Unos cincuenta, según dice en otra carta.)

«Y mandé al hermano fray Gonzalo les hiciese una plática para que los animase a no tornar atrás, mas que estuviesen aparejados a padecer por Cristo. A lo cual ellos respondieron muy enteros que deseaban tener cien vidas para darlas todas por aquel Señor que dió en la cruz la suya por ellos.»

Mandólos después fray Pedro irse a sus casas; pero aunque se fueron algunos, quedaron todavía más de doscientos. «A la mañana siguiente (dice Cosme Joya) vinieron los tres corregidores (o alcaldes) con toda su gente y estuvieron mirando toda la casa y convento, y vistos los docientos japones cristianos, los echaron fue-

ra a todos, no quedando dentro más de los padres y los dóxicos (catequistas o predicadores) y criados, dejando guardas también dentro del convento; y entonces llevaron del convento presos a León, predicador, con otros predicadores de los frailes, cinco por todos».

Fueron éstos León Karatsuma, Pablo Suzuki, Ventura, Tomé Danki y Gabriel, «los cuales (prosigue diciendo fray Pedro) fueron por el camino predicando a los gentiles con grande ánimo y esfuerzo, y me escribieron una carta de la cárcel diciendo que sin falta les cortarían las cabezas por ser cristianos; mas que ellos estaban muy alegres y contentos de padecer otros muchos géneros de tormentos... Yo les respondí que este Señor por quien ellos deseaban padecer los ayudaría en tan honrosa batalla».

Los religiosos y sus familiares, viendo que los ministros de la justicia comenzaban a amarrar a los predicadores, y creyendo que también a ellos los llevarían a la cárcel, hicieron grandes demostraciones de placer y júbilo, como si fuese hora de grandes regocijos y fiestas. Mas como la justicia se llevó a los cinco dichos y no volvió por los que quedaban, «toda la alegría que habíamos tenido (dice fray Pedro) se nos tornó en tristeza».

El día 10, temiendo Jibunojo que Taico se enfadase si sabía que no estaban arrestados los jesuítas de Meaco, mandó poner guardas a la casa de la Compañía, donde los ministros de justicia no hallaron más que un hermano y dos criados; los demás estaban escondidos en otra casa.

El fervor que se apoderó de los cristianos de Meaco, Osaka y todos sus contornos, fué cosa increíble. A millares acudían hombres, mujeres y niños al olor del martirio o a inscribirse en las listas que Taicosama había mandado hacer de todos los cristianos. Tantos fueron, que los gobernadores de Meaco creyeron prudente disuadir a Taico de la intención que tenía de matarlos a todos, pues entre ellos se contaban dos hijos del virrey Guenifoin y otras personas de alta categoría. Cumplióse aquí a la letra el dicho del emperador Juliano el Apóstata cuando dijo que no convenía dar edicto público de

persecución contra la religión de Cristo, porque los cristianos volarían al martirio *como las abejas al colmenar.*

El citado Cosme Joya escribió: «Es cosa increíble y de admiración ver cuán movidos y llenos de fervor estaban todos los cristianos japones, así de cerca como de lejos, con deseo de morir mártires por la fe de Jesucristo, viendo el ánimo y fortaleza de los padres de San Francisco».

Fray Pedro Bautista el 18 de diciembre escribía: «Nuestros cristianos me tienen robado el corazón por ver el ánimo y pecho que tienen para morir por Cristo, y de otras partes vinieron a morir con éstos, sabiendo que los habían condenado a muerte.»

Fray Martín, en carta del 1 de febrero, decía: «Ha sido obra de Dios el ánimo que han tenido los cristianos en Usaca y Meaco, porque todos traían en la boca el martirio, y fué desconsuelo de muchos el no hacernos compañía.»

Fray Francisco Blanco dijo en otra carta: «Me da vergüenza de mí mismo, viendo que hombres tan nuevos en la fe no se asustan de la muerte».

No podemos detenernos en narrar casos particulares, aun de mujeres y niños; basta decir que aquel divino incendio se propagó por toda la cristiandad de Japón hasta Nagasaki y más abajo.

CAPITULO XII

Esperando la sentencia.

(DICIEMBRE DE 1596)

Los gobernadores de Meaco, que tenían interés en salvar a los jesuítas, consiguieron poco a poco, con recomendaciones y buenos informes, que Taicosama los perdonase; esto debió de ser entre el 15 y el 18. Respecto de los franciscanos y sus familiares, aunque Taico en un ímpetu de ira había mandado a Jibunojo que los matase. con todo eso Jibunojo, que era hombre sereno y juzgaba ser mejor desterrarlos, viendo que el Emperador parecía estar remiso en dar sentencia por escrito, determinó dar largas al negocio con esperanza de poder persuadir a Taico que se contentase con desterrar a los frailes.

Esta indecisión llegó a noticia de fray Pedro, según lo indica en su carta del 18 con estas palabras: «Dícheme ha que nos matarían o nos enviarían a Luzón». En esta incertidumbre permanecieron hasta fin del mes. La noche de Navidad la celebraron solemnemente con grande júbilo, como lo escribió fray Pedro a fray Martín con fecha 28: «Gloria a la Majestad divina. Hemos celebrado la santa Natividad del Hijo de Dios con mucha alegría espiritual. Entonamos las Vísperas y hubo incienso; a los cristianos dieron licencia solamente para estar en el patio de la iglesia y desde allí oyeron las Vis-

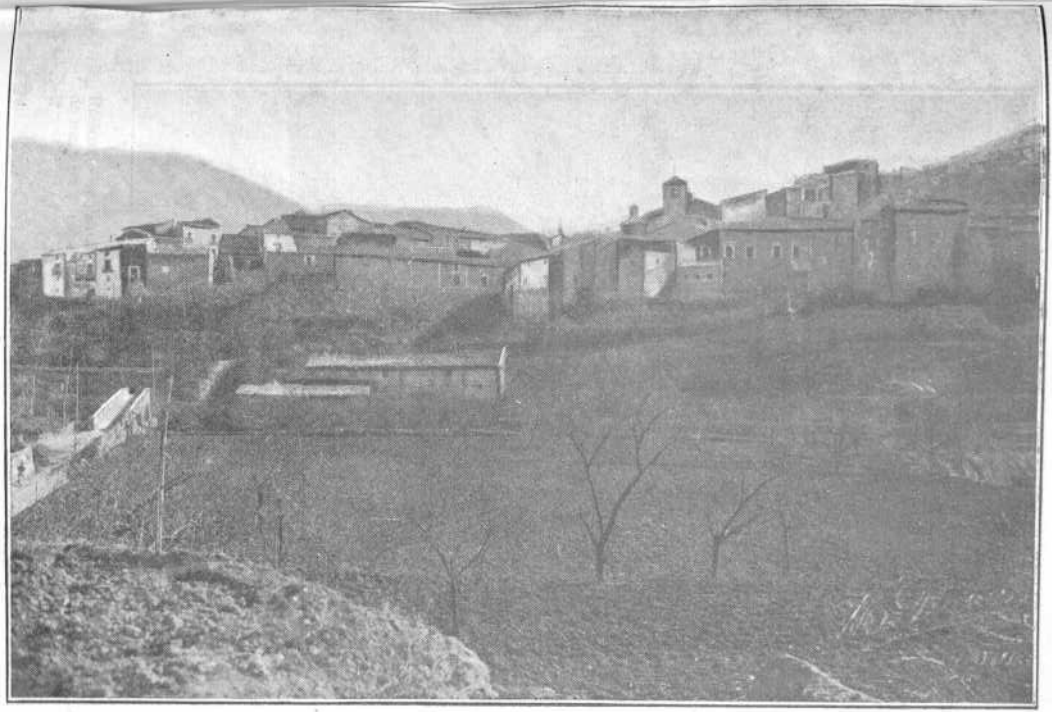
peras y los Maitines y Misa del gallo, al frío y helada para mayor corona. Vino mucha cantidad de ellos: entonamos el invitatorio, himno, lecciones y Misa y las Laudes, y a todo estuvieron padeciendo harto frío. Entonóse también la Misa del alba porque lo pidieron los cristianos, y tuvimos en un altar un pobrecito portal, y hubo coplas a nuestro modo.»

El Niño Jesús que este día pusieron en el nacimiento, y que solían tener en la sala capitular, como escribió fray Juan Pobre, debe de ser el que hoy se venera en Paracuellos de la Ribera, provincia de Zaragoza.

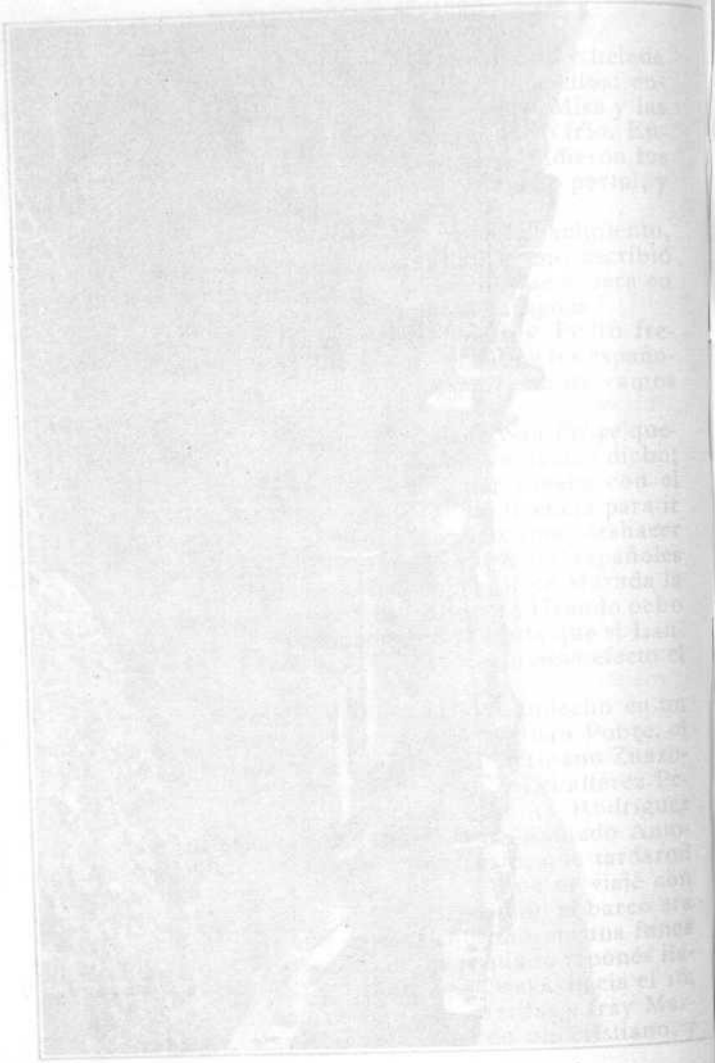
Los últimos diez días del mes tuvo fray Pedro frecuentísimo trato por cartas con los frailes y los españoles que entonces llegaron a Osaka, como ahora vamos a referir.

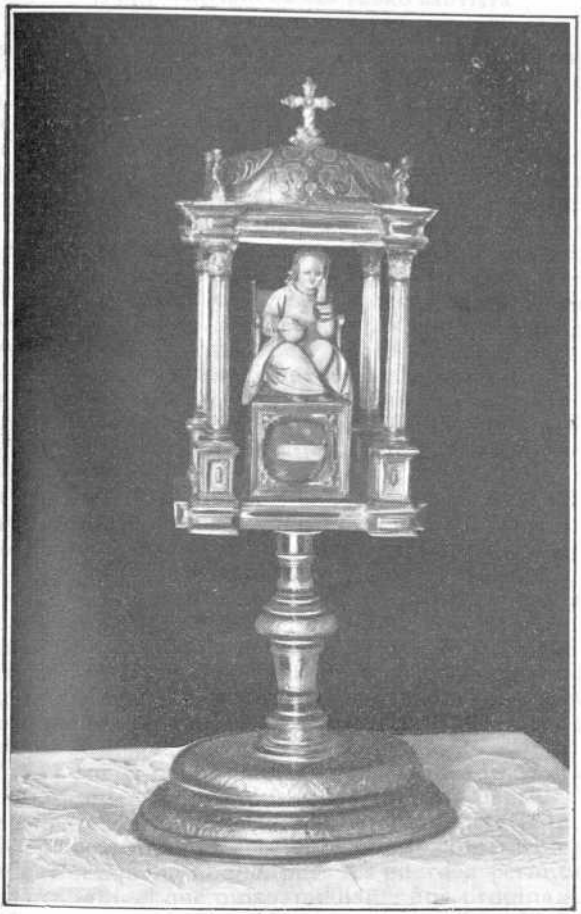
Los doscientos náufragos del galeón *San Felipe* quedaron como presos en Urando, como ya hemos dicho; pero antes de salir de allá Masuda y Chosokabe con el botín, D. Matías de Landecho les pidió licencia para ir él personalmente a presentarse a Taicosama, deshacer la calumnias que se habían dicho contra los españoles y pedir la devolución de la hacienda. Dióle Masuda la licencia con una condición: que saliese de Urando ocho días después que él. Sin duda temió Masuda que si Landecho iba al mismo tiempo que él no tuviese efecto el robo cometido.

Así, pues, el 4 de diciembre salió Landecho en un barco para Osaka en compañía de fray Juan Pobre, el padre Diego de Guevara, agustino; el escribano Zuazola, el piloto mayor Francisco de Olandia, el alférez Pedro Cotelo, Diego de Valdés, Bartolomé Rodríguez Rangel y el intérprete cristiano japonés llamado Antonio. Pero el temporal se puso tan malo, que tardaron diecinueve días en llegar, siendo así que el viaje con buen tiempo era de solos cinco días. Como el barco era pesado, a medio camino envió Landecho en una funea o barco ligero a fray Juan con un cristiano japonés llamado Pedro, los cuales llegaron a Osaka hacia el 16; pero como el convento estaba con guardas y fray Martín preso en él, se refugió en casa de un cristiano, y

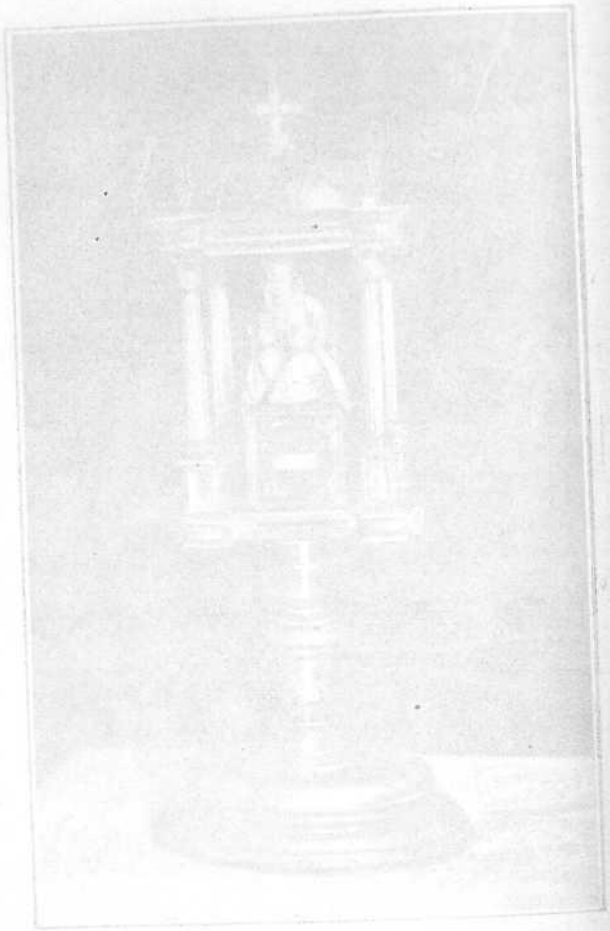


Vista general del pueblo de Paracuellos de la Ribera (provincia de Zaragoza).





Relicario de plata sobredorada donde se guardan el Niño Jesús de marfil y rótula de San Pedro Bautista en Paracuellos de la Ribera.



desde allí envió con Pedro a Meaco una carta suya y otras del General, y un memorial para que fray Pedro Bautista le mandase traducir en japonés.

Con fecha 23 contestó fray Pedro Bautista a fray Juan diciéndole que ya estaban traducidos el memorial y la carta de Landecho, y dándole instrucciones sobre el modo y forma como el General había de presentarse al Emperador, aunque bien claramente da a entender que el negocio estaba totalmente perdido. Preso y todo, hasta última hora estuvo fray Pedro trabajando en favor de los pobres náufragos, con deseo de hacer más si pudiese. Aun el día 30, en carta a Landecho, le decía: «Mucho holgaría concediese el Rey licencia para que yo y el hermano fray Gonzalo le hablásemos en presencia de vuestra merced; pero entiendo que no ha de querer, porque la verdad le ha de deslumbrar y avergonzar. El Señor le mueva para que a vuestra merced dé buen despacho.»

Otro viajero conocido llegó a Osaka el día 23: era fray Jerónimo de Jesús, que por mandado de fray Pedro Bautista, como dijimos en el capítulo IX, venía de Nagasaki para Superior del convento de Belén. Durante su navegación tuvo nuevas de lo que ocurría, y antes de desembarcar mandó un recado a fray Martín preguntándole qué debía hacer, a lo que fray Martín, según instrucciones que tenía de fray Pedro, respondió que se disfrazase y escondiese en casa de un cristiano hasta recibir orden de fray Pedro Bautista, quien, enterado de su llegada, le escribió el día 26.

El 24 por la noche pudo entrar disfrazado en el convento, donde encontró a fray Martín muy alegre, y juntos celebraron solemnemente la vigilia de Navidad, con asistencia de muchos cristianos que se confesaron y comulgaron aquella noche, pues los guardas permitieron entrar a todo el que quiso, mediante una propina. Concluídas las misas, fray Martín enteró a fray Jerónimo de todo lo que ocurría y éste se volvió a su escondite.

A las nueve de la noche del 23 llegó a Osaka Landecho con sus siete compañeros muy derrotados y medio ateridos de frío. Traían orden de ir a posar en una casa

que allí tenía Chosokabe, y así lo hicieron. Nada sabían de la prisión de los frailes; mas a poco de llegar, un mayordomo de Chosokabe los enteró de todo diciéndoles que era inútil querer valerse de fray Pedro Bautista para tratar con el Emperador, porque éste tenía presos a los frailes para crucificarlos. No es fácil imaginar el dolor de aquellos españoles viendo su negocio ya casi perdido, los frailes condenados a morir y ellos en peligro de serlo; pues a poco los llevaron a una caballeriza de la casa, mandándolos no salir sin permiso y que aguardasen allí la resolución de Taicosama.

El día 25, fiesta de Navidad, Chosokabe les dió licencia para ir a la iglesia de Belén, adonde los llevaron entre soldados, como a las once del día. Recibiólos fray Martín con muchas lágrimas de verlos tan maltratados y afligidos. Y como, según la cuenta que ellos traían de Manila, aquel día era el 24, determinaron celebrar la Nochebuena. «Nos confesamos (escribe uno de ellos), y a la misa del gallo comulgamos. Pasamos aquella noche y otro día hablando, y a ratos llorando con el bendito padre y con sus japones cristianos; y como hombres que sólo trataban de ponerse bien con Dios por el peligro que veíamos a los ojos, todos nos despedimos allí unos de otros, pidiéndonos perdón con hartas lágrimas, rogando a nuestro Señor nos diese salvación a las almas.»

¡Qué escenas tan tiernas y tan cristianas entre castellanos tan afligidos, que se encuentran, se abrazan y se despiden en lugar tan remoto de su patria, sin más consuelo que el de su fe y religión!

El 26 por la tarde los volvieron a su encierro. Quería Landecho que fray Jerónimo bajase a Nagasaki a interesar en su favor a Ruy Méndez de Figueredo, capitán de la nave portuguesa anclada en aquel puerto, y que tenía mucha entrada con Taicosama. Consultáronlo por cartas con fray Pedro Bautista, a lo que éste respondió en otra del 28 a los tres religiosos de Osaka diciendo: «El H. Fr. Jerónimo puede ir a Nangasaqui, ya que el General lo pide, aunque entiendo fuera muy acertado dilatar la partida hasta ver el despacho del

Rey; pero si todavía quisiere que vaya luego, vaya con la bendición de Dios y la mía, y esté allí hasta que yo avise lo que ha de ser, si no nos crucifican primero, que por amor de Cristo eso es lo que deseo.»

En la misma carta añade: «El H. Fr. Juan se vuelva a Manila a dar cuenta a nuestro H. Provincial de lo que acá pasa... Los pobres de los hospitales tampoco los dejan salir; no sé qué han de comer si dura esta prisión. De lo que a nosotros nos dan, me han pedido limosna; no me pesa sino porque no tengo un buen golpe de arroz para gastar con ellos; aunque, bendito sea Dios, los cristianos han acudido a hacernos limosna en esta prisión mejor que antes... Encomiéndenos al Señor, que acá lo haremos por todos muy en particular, y se dice cada día la Letanía, y por todos esos señores del navío. Nuestro Señor les dé su divino Espíritu.»

¡Qué bien retrata fray Pedro en esta carta su inagotable caridad para con todos! Otras varias escribió el día 30, y la última a fray Juan Pobre, el 1.° de enero de 1597, fiesta de la Circuncisión del Señor, de la cual son estas cláusulas: «Morir por Cristo es merced muy grande de Dios... Hoy comenzó nuestro Capitán a derramar sangre. ¡Oh, si nosotros la derramásemos por su amor!»

Dos días después se le iba a cumplir su deseo, como veremos en la segunda parte de esta historia.

SEGUNDA PARTE

El martirio

CAPÍTULO PRIMERO

Sangre y afrentas

(2-6 DE ENERO DE 1597)

Taicosama parecía no tener prisa por dar la muerte a los religiosos y cristianos que estaban presos, y menos todavía Jibunojo; mas la llegada de Landecho y sus compañeros a Osaka aceleró la solución de este negocio. Porque viendo Jacuín que el Emperador había perdonado a los jesuítas, y que si el General español hablaba a Taicosama podría ser que consiguiese la libertad de los frailes, se adelantó a persuadirle que los matase sin demora, procurando encenderle la ira contra los cristianos de la manera que él sabía hacerlo.

Vencido, pues, Taicosama de las persuasiones de Jacuín y de su propia codicia, resolvió no dar audiencia a los españoles y acabar con los frailes. Así, pues, el día 29 de diciembre, domingo, dictó sentencia, por la cual condenaba a los religiosos y sus cristianos a morir en cruz, después de cortarles las orejas y narices y pasearlos a la vergüenza por las ciudades principales del contorno; y llamando a Jibunojo le ordenó que en lle-

gando a Meaco los que estaban presos en Osaka ejecutase en todos la sentencia.

El día 31 se trasladó Taico de Fujimi a Osaka, donde estaba edificando un palacio para su único hijo, de cinco años, Hideyori, y luego mandó al gobernador enviase a Meaco los presos que allí había. Sacaron, pues, del convento a fray Martín y los tres que con él estaban, y también a los tres detenidos en la casa de la Compañía; porque como nunca le habían dado al gobernador orden de quitar a éstos la guardia, no quiso soltarlos a pesar de las diligencias y ruegos del padre Morejón. Según parece, sacáronlos de sus casas a las diez de la noche del día 1.º de enero, los metieron en la cárcel, y a la mañana siguiente los montaron en caballos y los llevaron a Meaco.

El mismo día 2 por la tarde fueron los corregidores de Meaco al convento de San Francisco, donde fray Pedro y sus frailes estaban rezando Vísperas, y conociendo a lo que venían, dejaron el rezo. Fray Pedro, cogiendo un crucifijo pequeño que había en el coro, se le colgó al pecho, y juntos todos los de la casa en la iglesia, se entregaron en manos de la justicia. Los corregidores llevaban lista de los reos. Primeramente los cinco frailes: fray Pedro Bautista, fray Francisco Blanco, fray Gonzalo, fray Francisco de San Miguel y fray Felipe de Jesús, del cual dice fray Pedro Bautista: «Aunque se avisó a dos jueces cómo no estaba con nosotros, sino que había venido en la nao *San Felipe*, no le perdonaron.» Los religiosos, puestos de rodillas delante del altar, cantaron con grande gozo el *Te Deum laudamus*.

Los otros alistados eran los dos niños Antonio y Luis, Pablo Ibarki, Miguel Kosaki, el cocinero Matías, Juan Kizuya el demandadero, y el carpintero Francisco Cayo. Mas, según refiere fray Jerónimo, éste no se hallaba aquel día en el convento, y como al llamarle no respondía, otro cristiano que había acudido allá respondió diciendo: «Yo soy Francisco». Era el fervoroso médico Francisco Kichi. Los corregidores, sin más inquirir, le apresaron con los otros once.

Comenzaron a salir de la iglesia en fila y maniatados atrás entre dos hileras de soldados, cantando los religiosos el himno de la Virgen *O gloriosa virginum*. A un gentil se le ocurrió coger una cruz que había en la iglesia, y con ella levantada en alto se puso a la cabeza de aquella procesión diciendo que como los cristianos adoraban la cruz, quería llevarles su Dios delante.

Los muchos cristianos que allí se habían agolpado, viendo conducir a la cárcel aquellos santos, lloraban amargamente, y mucho más los pobres de los hospitales, que quedaban totalmente desamparados. Por fin, abriendo paso a viva fuerza por entre la multitud allí apiñada, los llevaron a la cárcel pública llamada *Michiu*, donde estaban ya los cinco predicadores, a los que abrazaron con grande consuelo, como es de suponer. Ya de tarde debieron llegar a la misma cárcel los siete presos de Osaka.

El devoto cristiano Cosme Joya nos dice lo siguiente: «De manera que de Usaka y Meaco fueron los Padres y japones presos veinticuatro, los cuales estaban en la cárcel con grandísimo consuelo y alegría, hablando entre sí cosas santas y cantando alabanzas a Dios; y el contento y consuelo que tenían no se puede comparar con ninguna cosa de este mundo. Y aquella noche los Padres se ocuparon en exhortar y predicar a los cristianos los misterios de la sagrada Pasión y muerte de Cristo; y oyendo los circunstantes estas cosas a los Padres, no podían contenerse de lágrimas.»

Al día siguiente, viernes 3 de enero, los veinticuatro presos, con las manos atadas atrás, fueron llevados a una plaza del Meaco superior, donde los verdugos cortaron a cada uno la mitad de la oreja izquierda, tormento que todos sufrieron con grande ánimo y alegría en presencia de gran multitud de gentiles asombrados del valor de los Mártires, cuya dichosa suerte envidiaban los cristianos. Inmediatamente fueron colocados cada tres en una carreta tirada por un solo buey (como allí se acostumbraba). En la primera iban fray Pedro Bautista y los otros dos sacerdotes; en otra los tres niños Tomé, Luis y Antonio; en la última los tres

jesuítas, cada una con una buena escolta de soldados con lanzas, y detrás de todos, los tenientes y corregidores.

Así, al paso lento de los bueyes, fueron paseados por las calles principales de Meaco, como si fuesen públicos malhechores, expuestos a la ignominia y a la burla de las gentes, yendo delante un soldado con la sentencia en alto escrita en un tablero. Mas puede decirse que aquello no fué una afrenta sino en la intención del Emperador, porque siendo los frailes universalmente estimados, aun de los gentiles de Meaco, fueron rarísimos los que se burlaron de los santos Mártires. Los gentiles, asombrados de ver la serenidad, la paciencia y la alegría que mostraban los Mártires, y conociendo que no merecían ser tratados con aquel rigor, sentían compasión de ellos y se lamentaban de su desgracia, y no pocos lloraban.

Los cristianos, enardecidos con la vista y las palabras que los Mártires dirigían a unos y a otros según iban pasando, deseaban ser puestos en las carretas para acompañarlos en su triunfo, y aun algunos quisieron asaltar las carretas para subirse en ellas.

Cuentan que fray Pedro Bautista, que iba el primero, se colocó mirando hacia atrás, para que los demás se animasen viendo el crucifijo que llevaba colgado al pecho; y que los tres niños iban cantando el Padrenuestro y otras cosas con tanto regocijo, que los circunstantes, arrebatados de admiración, no acertaban a retirar de ellos los ojos.

Terminada la carrera al pie de la cárcel, los soldados volvieron a meter en ella a los santos confesores de Cristo, que llenos de gozo se abrazaron mutuamente, dándose el parabién de haber padecido algo por amor de Dios.

Al otro día, 4 de enero, «nos llevaron (escribe fray Pedro) bien atadas las manos atrás y a caballo a Usaka, y otro día (el 5) nos sacaron de la cárcel y nos pasearon en caballos por las calles de la ciudad, y nos llevaron a Sacay y allí hicieron lo mismo, y con pregón público en todas tres ciudades». En Sacay los en-

carcelaron en una casa de bonzos, donde los visitaron algunos cristianos, y allí permanecieron tres días. Ahora notemos algunas circunstancias.

Al salir de Meaco los Mártires, salieron también a despedirlos muchísimos cristianos llorando la doloro-

Crucifijo de marfil de San Pedro Bautista.

sa separación de tan santos varones. Al salir por la puerta de la ciudad vió allí fray Pedro al fervoroso Cosme, y como recuerdo le entregó el crucifijo que llevaba al pecho, pues temió fray Pedro que los soldados se lo quitasen y lo rompiesen. Este crucifijo, que según escribió Cosme, estaba ensangrentado con la

sangre que a fray Pedro le había corrido de la oreja, se conserva hoy en la capilla del Santo en San Esteban, como después se dirá.

Fray Jerónimo, que estaba oculto en Osaka, quiso incorporarse a los Mártires, y así se lo envió a decir a fray Pedro Bautista cuando venían a Osaka; pero fray Pedro, al llegar a esta ciudad, le escribió lo siguiente: «H. Fr. Hierónimo: Nosotros estamos condenados a muerte de cruz por predicar el santo Evangelio. Hannos cortado parte de las orejas, y dicen que nos han de cortar las narices. Yo le ruego que para consuelo de los cristianos y para que la Orden de nuestro P. San Francisco no falte en Japón, se quede agora oculto, y le doy toda mi autoridad.»

Al pasear a los Mártires por Osaka, los españoles que allí estaban encerrados sintieron el ruido y los alaridos de la gente; preguntaron la causa y les dijeron lo que ocurría. Con el ansia de ver a los Mártires, pidieron permiso para salir a la calle, mas no se lo concedieron.

Aunque los Mártires aguardaban que les cortasen las narices y los crucificasen en cualquier parte, Jibunojo no quiso hacer ni lo uno ni lo otro, esperando todavía que Taicosama se contentase con lo hecho y desterrase de Japón a los religiosos.

El día 6 le ocupó Taicosama en recibir solemnemente a su hijo en Osaka y ponerle en posesión del nuevo palacio. Los ministros del Emperador, dice fray Jerónimo, «creyeron que el Rey se contentaría con lo hecho (con los frailes) y los enviaría a Filipinas de aquella manera, y (el día 7) fuéronle a decir al Rey: Señor, ya les cortamos las orejas a los Padres y japones, que todos son por número veinticuatro: ¿qué haremos ahora dellos? Bueno será enviarlos a Manila con el General del galeón que está aquí en Usaca. Dijo el Rey: No ha de ser así, sino crucifíquenlos en Nangasaque, porque no se hagan más cristianos; porque allí es menester ponerles miedo, donde vienen todos con las naves de la China y de Filipinas».

Respecto de los españoles, se dice en las Relaciones primitivas que Taico mandó que los degollasen a to-

dos, los de Osaka y los de Urando; mas Chosokabe, que al desembarcar ellos les había dado palabra y seguro de que no se les haría mal, movido a compasión suplicó a Taico que siquiera les perdonase la vida, y así lo hizo Taico (cosa rara en Japón), mandando a Masuda que los despachase a todos para Nagasaki algunos días después, sin duda con la intención de que llegasen allá después de crucificados los religiosos.

Luego mandó escribir la sentencia contra los Mártires, como veremos en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO II

Camino de Nagasaki.

(8-31 DE ENERO DE 1597)

«Habiendo prohibido el Emperador años ha la ley que enseñan los Padres, éstos, que se dicen embajadores de los Luzones y residen en la Corte, predican dicha ley. Por tanto, ellos y los que se han hecho de su ley son condenados, los cuales son entre todos veinticuatro: los crucificaréis en Nagasaki. Y porque su Majestad prohibe de nuevo para en adelante y con mayor rigor esta ley, sabedlo y haced que se guarde rigurosamente este mandato. Y si alguien contraviniere a este mandato será castigado con pena de muerte él y toda su generación. Día 20 de la undécima luna, el primer año de la edad Keicho.»

Tal es la sentencia dictada por Taicosama contra nuestros veinticuatro mártires el día 8 de enero, 20 de la luna.

El día 9 los trajeron de Sacay a la cárcel de Osaka, donde se enteraron de la sentencia del Emperador, y fray Pedro se lo comunicó todo a Landecho por carta. Los cristianos de Osaka, llenos de sentimiento, vinieron a la cárcel a visitarlos y despedirlos, y les hicieron algunas limosnas para socorro del largo y penoso viaje que iban a emprender.

El viaje de Osaka a Nagasaki era muy cómodo por

mar; pero Taico determinó que ahora fuese por tierra, a fin de que aquella justicia que él mandaba hacer fuese sonada: lo fué en verdad; pero al mismo tiempo sonó por todo el Imperio el Evangelio de Cristo, cuyos pregoneros fueron todos y cada uno de los Mártires. Jamás se ha visto en el mundo cosa igual: que a unos condenados a muerte se los lleve en el rigor del invierno más de seiscientos kilómetros hasta el lugar del suplicio, como si en todo el Japón no hubiese otro sitio para las cruces sino aquél, precisamente, en que fray Pedro Bautista, cuando estuvo en Nagasaki, *parece que tenía puesto todo su amor*, como dijo su compañero fray Jerónimo.

El padre Morejón, que aunque jesuíta era nacido en Castilla, envió a fray Pedro Bautista una humilde y tiernísima carta de despedida. Por su parte, el padre Organtino mandó un cristiano fiel llamado Pedro Sukeshiro con dinero para que durante el viaje cuidara de los tres jesuítas, y le encargó diese treinta taes (como setenta y cinco pesetas) a los franciscanos, a lo que fray Pedro Bautista correspondió dándole las gracias en carta que le escribió desde el camino.

Atrás queda dicho cómo el carpintero de Meaco, Francisco Cayo, no fué llevado a la cárcel por hallarse ausente. Pero al punto que vino y supo que el otro Francisco había ido en lugar de él, hizo infinitas diligencias por deshacer el cambio; mas como vió que no lo conseguía, determinó irse con los demás y no separarse de ellos ni en vida ni en muerte. Al fin, como veremos, él y Pedro Sukeshiro lograron agregarse a los demás y participar de su corona.

Dispuestas todas las cosas para el traslado de los presos, el día 10 por la mañana los sacaron de la cárcel y, montándolos en caballos, tomaron el camino de Hiogo (Fiongo). Abría la marcha un hombre que llevaba arbolada la sentencia, escrita en un tablero, a guisa de estandarte; detrás iban los presos, escoltados por doscientos hombres armados de lanzas y catanas o alfanjes. De Hiogo pasaron a Akashi y luego a Himeji. En el primer descanso que le dieron los soldados, fray Pedro Bautista, que era tan cortés y cumplido como santo,

contestó al padre Morejón y al padre Organtino, como el mismo fray Pedro lo dice en carta del 2 de febrero. Por desgracia no se conservan estas cartas.

También escribió otra, muy larga, a fray Jerónimo, que quedaba en Osaka; esta carta es, puede decirse, el testamento de fray Pedro, pues en ella provee como puede al bien de los hijos espirituales que dejaba en aquella tierra. Mándale otra vez que se quede en Japón y le consuela con estas hermosas palabras: «No consiste nuestra perfección en servir a Dios en lo que nosotros queremos servirle, sino en lo que su Divina Majestad quiere que le sirvamos». Luego le encarga que si a los cristianos de Meaco los matasen (como él temía que sucediese), fuese allá a confesarlos, animarlos y exhortarlos como buen pastor que expone la vida por su ovejas, y que aunque se mude el hábito, si así lo cree conveniente, con todo eso, si le prendieren para martirizarle, se vista de fraile, «porque a la hora de la muerte no conviene en ninguna manera encubrirse».

El 14 de enero, aprovechando un descanso que les dió *el buen hombre* que los llevaba (como decía fray Pedro), escribió una carta al Provincial de Manila, cuyo fin principal es pedirle que haga pagar a Cosme Joya la cantidad de ciento cuatro taes que éste le había prestado en noviembre pasado para un presente que había tenido que ofrecer a un señor que intercediera por el buen despacho del negocio del galeón, y él no había podido satisfacer. Hasta ahí llegó fray Pedro Bautista, hasta contraer una deuda por favorecer a los españoles, deuda que no pudo pagar porque luego le apresaron.

El día 19 llegaron a Catabe, en el reino de Bigén. En este lugar escribió al Viceprovincial de la Compañía de Nagasaki, suplicándole «sea servido de alcanzar licencia del juez que nos ha de crucificar, dos días antes que ejecute la sentencia, para recibir el Santísimo Sacramento y la bendición del señor Obispo y ver a los demás Padres». Esto lo hizo fray Pedro para cumplir la obligación que todo cristiano tiene de prepararse con los Sacramentos de Penitencia y Comunión para la muerte, si es posible recibirlos.

Desde este día no volvemos a saber nada de los mártires hasta fin del mes. Debieron de pasar por Fukuyama, Hiroshima, Otake y Tokuyama. El día 27 pasaron por Shimonoseki, el 30 por Akame y el 31 fueron a pernoctar en Facata; aquí los visitaron muchos cristianos, a uno de los cuales, llamado Diego, entregaron varias cartas de las que habían escrito en el camino, para que a toda prisa las enviase a Nagasaki, y así lo hizo el buen Diego (1).

De las que escribieron los japoneses a sus parientes o amigos, el padre fray Marcelo nos ha conservado una del niño Tomé a su madre, que dice así: «Con la gracia del Señor escribiré esta carta. En la sentencia está escrito que nos crucifiquen en Nagasaki... De mí y de Miguel, mi padre, no tenga usted pena ninguna, porque allá os esperamos en el paraíso. Y aunque en la hora de vuestra muerte no tengáis Padre con quien os confeséis, tened grande arrepentimiento de vuestros pecados con mucha devoción. Y considerad los muchos beneficios que habéis recibido de Jesucristo nuestro Señor. Y porque las cosas del mundo luego se acaban, aunque vengáis a ser pobre y mendigar, procurad de no perder la gloria del paraíso, y sufrid con mucha paciencia y amor cualesquier cosas que los hombres dijeren contra vos. Y mirad que es muy necesario que Mancio y Felipe, mis hermanos, no vayan a las manos de gentiles. Yo os encomiendo a Dios, y lo mismo pido, y que me encomendéis todos a su Divina Majestad. Vuélvoos a encomendar que es cosa muy necesaria que tengáis siempre arrepentimiento de vuestros pecados, porque Adán (según oí decir a los Padres) se salvó por la contrición que de los suyos tuvo, y así seréis vos justificada por la de los vuestros cuando no haya padre con quien confesaros. Dios sea con vos». Admirable carta de un niño de quince años.

Digamos algo de los españoles que quedaron en Osa-

(1) Facata o Hacata es el puerto de Fukuoka, ciudad a 100 kilómetros de Nagasaki, y hoy tiene cerca de 100.000 habitantes. El itinerario que siguieron los Mártires es casi el mismo que lleva el ferrocarril de Osaka a Nagasaki.

ka. El día 14 les dieron el salvoconducto de Taicosama para que fuesen a embarcarse a Nagasaki. El 17 despacharon para Urando al piloto Olandia con el intérprete Antonio, los cuales llevaron las provisiones de Taico para que los allí detenidos se fuesen también a Nagasaki. Landecho con los dos religiosos (fray Diego y fray Juan Pobre) y los cuatro seglares (Zuazola, Cotelo, Valdés y Rangel) zarparon de Osaka el 18 con la mayor diligencia que podían, a ver si lograban llegar a Nagasaki antes que los Mártires, porque según les habían dicho en Osaka algunos señores, no sería difícil conseguir allá rescatar a los frailes y llevárselos a Manila; y los pobres españoles, aprovechando este último rayo de esperanza, iban dispuestos a procurar el rescate, si no por ruegos, por dinero que pedirían a los portugueses o quedándose ellos mismos en rehenes. Querían salvar la vida a fray Pedro en pago de los trabajos de éste por salvarles a ellos la hacienda.

Los españoles no pudieron ver a los Mártires en todo el camino; pero el día 4 de febrero, como a las nueve de la mañana llegaron a Sonogi, antes que ellos.

CAPÍTULO III

Trabajos del camino hasta Sonogi.

(10 DE ENERO A 4 DE FEBRERO)

«El martirio de nuestros santos, decía fray Jerónimo, fué el martirio más célebre que debe de haber habido ha muchos siglos, pues desde Meaco hasta Nangasaque, que son más de ciento y tantas leguas, los trajeron martirizando con infinitos trabajos.»

Verdaderamente, después de haberles cortado la oreja y de las afrentas y cárceles en Meaco, Osaka y Sacay, ir durante veintisiete días caminando al aire y al agua, al frío y a la nieve, desabrigados, comiendo mal, durmiendo en el suelo o en una estera, o tal vez en establos de bestias, o en cárceles inmundas; helándose de frío si iban a caballo, y no pudiendo ir largo tiempo a pie por el cansancio y por llevar heridos los pies y las piernas; entre insultos y malos tratos que con frecuencia recibían de los infieles y conductores: todo esto constituye un cruel y prolongado martirio, más difícil de tolerar que la misma muerte de cruz.

Al pasar los Mártires con tanto acompañamiento de guardas, salía innumerable gente a verlos. Los cristianos se condolían y quedaban edificados de verlos tan serenos y alegres; muchos gentiles quedaban asombrados y pensativos viendo en ellos algo sobrenatural; algunos, oyéndolos hablar y predicar, se convirtieron a la fe cristiana; pero otros se burlaban y mofaban de ellos con

gran desprecio, llamándolos bestias, bueyes, caballos, acercándoles hierba o pajas a la boca, tirándoles piedras, lodo o pelotas de nieve. Pero ellos lo sufrían todo, por amor de Dios, con grande gozo.

Los soldados los trataban, a veces, con crueldad, dándoles de palos si no andaban tan de prisa como ellos querían, especialmente a nuestro fray Pedro Bautista, que por devoción caminaba casi siempre a pie; y cuéntase que un día dijo a los sayones: «Miradme por los ojos, no me los quebréis, porque pueda andar a pie, y en lo demás del cuerpo dad cuantos golpes quisiéredes, que tanto más os lo agradeceré».

Naturalmente no se concibe tanto regocijo y valor como tenían los Mártires entre tantos trabajos y aflicciones, y mucho menos los niños Antonio y Luis. ¡Cuánto habrían llorado otros! Pero ellos no lloraban, antes parecían más contentos que los demás. «Aquí va Luisillo, escribía fray Francisco Blanco a fray Marcelo, con tanto esfuerzo y ánimo que pone admiración a todos.»

Fray Pedro Bautista, como celoso capitán de aquellos soldados de Cristo, los consolaba y animaba, y como se dice en una *Relación* escrita un mes después, «era cosa maravillosa que con tanto fervor e ímpetu predicase teniendo tan cercana la muerte». Y el general Landecho escribió que tal era el esfuerzo de nuestro Santo, *que bastaba a darle a las piedras.*

Aquel viaje de los Mártires fué un pregón del Evangelio, cuya fama se extendió por todas aquellas regiones. «Ha sido bien solemne nuestra muerte (decía en una carta fray Martín), pues por todos los pueblos que hemos pasado y en que hemos posado, queda predicado el santísimo Nombre de Dios.» El que no podía con palabras, a lo menos predicaba con su paciencia, constancia y alegría, y fué tanto lo que se movió la gente, que un bonzo dijo: «No parece sino que el Rey, con su sentencia, ha mandado predicar la ley cristiana por todo su reino». Y los cristianos a cuya noticia llegaba la sentencia del Emperador, se animaban a ser firmes y constantes en la fe; no hubo entonces ni un solo apóstata.

El día 1 de febrero salieron de Facata los Mártires y por mar los trasladaron hasta Karatsu, en el reino de Figén, donde se halla Nagasaki. El gobernador de este reino era Terazava, de quien ya hemos hablado en el capítulo VII de la primera parte de esta historia; pero a la sazón estaba en la guerra de Corea y le sustituía en el cargo su hermano Fazamburo, a quien Taicosama encomendó la ejecución de la sentencia. La noticia de lo que pasaba en Meaco con los frailes llegó a Nagasaki a mediados de enero, y entonces, por causas que aquí no nos interesan, Fazamburo, o algún teniente suyo, prendió a los tres frailes que allí residían, a saber: fray Bartolomé, fray Agustín y fray Marcelo, y los encerró en la nave de Ruy Méndez, que estaba anclada en el puerto, con orden de no dejarlos salir de ella. Estaba la ciudad llena de comerciantes portugueses que habían venido en dicha nave, y de otros que allí residían habitualmente, entre ellos el castellano Bernardino de Avila, a quien hemos de citar varias veces, y entendía muy bien la lengua japonesa.

Al llegar los Mártires a Karatsu, el capitán conductor los entregó a Fazamburo, que allí los aguardaba con su gente. No sabemos cuándo ni con qué autoridad habían incluído en la lista de los presos a Francisco Cayo y Pedro Sukeshiro: el caso es que Fazamburo se hizo cargo de veintiséis, en lugar de veinticuatro que eran los sentenciados. Al mismo tiempo el capitán le entregó un oficio de Taicosama en que le ordenaba ejecutar la sentencia, por lo cual inmediatamente envió Fazamburo orden a Nagasaki para que dispusieran cincuenta cruces.

Viendo Fazamburo lo maltratados que venían los mártires, y entre ellos a Pablo Miki, conocido suyo, mostró compadecerse de ellos y mandó que los tratasen bien. Luego preguntó asombrado la causa de venir todos tan alegres a morir, a lo que fray Pedro respondió: «Señor, lo que después se espera causa en nosotros esta alegría, porque en esta muerte temporal que se padece por amor de Dios se gana la vida eterna».

Después, viéndole tan propicio, fray Pedro Bautista

y Pablo Miki le pidieron dos gracias: primera, que dilatase la ejecución hasta el viernes siguiente (día 7; aquel día 1 era sábado); segunda, que antes de crucificarlos les diera tiempo para comulgar. Ambas cosas las prometió Fazamburo, aunque después no cumplió ninguna. En carta del día siguiente decía fray Pedro: «El hermano de Tarazua (Terazava) nos ha dicho dará lugar para comulgar, que lo he estimado en mucho... El viernes que viene creo sin falta nos crucificarán, según lo que acá he oído».

Al ir mirando a los presos fijó Fazamburo los ojos en el pequeño Luisito y le dijo: «Si me quieres servir, te salvaré». Respondió el niño: «Yo no hago más que lo que el padre Comisario disponga». Dijo entonces fray Pedro: «Si te deja vivir como cristiano, dile que eres contento». Mas replicando Fazamburo que había de ser tornándose gentil, respondió el santo niño: «Así no quiero la vida, pues no es razón trocar la vida eterna por la que ha de durar poco».

Retiróse Fazamburo. Los Mártires pasaron el día 2, domingo, en Nagoya, donde escribieron algunas cartas; el 3 salieron de allá y fueron a hacer noche a Sukasaki, y de aquí salieron el 4 para Sonogi.

CAPÍTULO IV

En Sonogi, Tokitsu y Nagasaki.

(4-5 DE FEBRERO DE 1597)

Cuando en Nagasaki se divulgó que Fazamburo había mandado hacer cincuenta cruces, no siendo más que veinticuatro los condenados a muerte, muchos cristianos pensaron si sería alguna para ellos, y como si se les hubiese pegado el fervor de los cristianos de Meaco, comenzaron a disponerse al martirio por lo que pudiera ocurrir. Hubo casos muy edificantes, que omitimos por brevedad.

El día 4 pareció día de cita de forasteros en Sonogi. Desde por la mañana se hallaba allí Fazamburo con quinientos hombres armados esperando a los Mártires. Como a las nueve llegaron Landecho y sus compañeros, le presentaron a Fazamburo los pasaportes que traían del Emperador y después le preguntaron si había algún remedio para que los religiosos no muriesen. Respondió Fazamburo que el Rey lo mandaba y no tenía remedio; que él sentía mucho ser el ejecutor de aquella sentencia, porque sabía que los padres eran buenos y no merecían la muerte; mas que los estaba esperando y los crucificaría a la mañana siguiente.

Viendo que no conseguían nada de Fazamburo tratando con él directamente, determinaron irse a Nagasaki, a ver si podían conseguir el rescate valiéndose de los portugueses y jesuítas. Salieron a la playa a buscar

un barco en que ir, y en esto llegaron allá los padres Pasio y Rodríguez, con recado para decir misa y dar la comunión a los presos. Habíalos enviado allá el Viceprovincial padre Pedro Gómez, accediendo a lo que fray Pedro Bautista le había pedido. También hablaron algo del rescate, y los padres les dijeron lo mismo que Fazamburo. Y como no hallaron barco en el puerto, partieron a pie rodeando la bahía de Omura, y llegaron, ya de noche, a Tokitsu, donde se alojaron en una posada.

Fazamburo, viendo los intentos que los españoles traían de rescatar a los frailes, entró en cuidado y temió que entre españoles, portugueses y cristianos de Nagasaki le armasen algún alboroto con el fin de librar a los presos. Con este temor resolvió crucificarlos al punto que llegasen allá, y no dejarlo para el viernes como había prometido. Sin aguardar la llegada de los presos partió a toda prisa para Nagasaki a disponer lo necesario para la ejecución, dejando ordenado al capitán de la tropa que luego que llegasen los presos los embarcase para Tokitsu, que está separado de Sonogi por una lengua de mar llamada el canal de Omura.

Pasio y Rodríguez quedaron en Sonogi esperando a los Mártires, los cuales llegaron de Sukasaki como a las dos o las tres de la tarde, hora en que ya no era posible decir misa. Por esto, después de haber pasado un rato en santos cumplimientos de una parte y de otra, según las circunstancias requerían, el padre Rodríguez dijo a fray Pedro que inmediatamente regresarían a Nagasaki a ver si podían alcanzar de Fazamburo diese lugar para que los presos comulgasen allí. Sin perder tiempo volvieron en el barco en que habían venido, y llegados allá hacia las diez de la noche, mandaron apresuradamente algunos criados con caballos a Tokitsu para que en ellos fuesen a Nagasaki Landecho y sus compañeros, que allí quedaban aquella noche.

A eso de las once los españoles, estando durmiendo en su posada, sintieron un ruido infernal en la playa, y preguntando la causa les dijeron que traían atados los presos para crucificarlos. Quisieron ir a verlos y hablar-

les, pero no los dejaron; antes los mandaron salir de la posada para alojar allí y dar algún alivio a los mártires. Visto lo cual, a media noche Landecho y sus socios, excepto Rangel, que se quedó con el bagaje, emprendieron a pie el camino de Nagasaki. Era una noche cruel de hielos y frío; pero hacía algo de luna. Cuando llevaban andada una legua se encontraron con los caballos que enviaban los padres jesuítas, y montando en ellos llegaron a Nagasaki a las tres de la mañana siguiente y se hospedaron en casa de un portugués. Comenzaron luego a visitar a unos y a otros para hablar y tratar del rescate de los religiosos, y todos les respondieron que era negocio perdido e irremediable; por lo cual, perdida toda esperanza, volviéronse a su hospedaje. Dios les habrá premiado su buena voluntad y los grandes trabajos que pasaron por ello.

Ya estamos en el día del martirio, miércoles, 5 de febrero. Se conoce que los padres de la Compañía habían hablado a Fazamburo para que permitiese a los presos confesarse y comulgar y hacer los votos religiosos los tres de la Compañía. Por esto, cuando Fazamburo llegó el día antes a Nagasaki, les envió un recado diciéndoles que al otro día, antes de salir al encuentro de los presos, se pasasen por su casa. Hiciéronlo así los padres Pasio y Rodríguez. Fazamburo les dijo que no podía dilatar la ejecución de la sentencia, ni dar tiempo para comulgar ni decir misa; que lo más que podía conceder era que se detuviesen en Urakami (dos o tres kilómetros antes de llegar a Nagasaki) el tiempo necesario para que se confesasen los tres de la Compañía, para lo cual mandó a un oficial que acompañase a los dos padres e hiciese detener la comitiva en Urakami. Para allá partieron los tres; el oficial y el padre Pasio se quedaron en Urakami; el padre Juan Rodríguez siguió adelante al encuentro de los Mártires.

Entretanto Fazamburo mandó echar un bando público en que prohibió, con graves penas, que nadie saliese de la ciudad a ver los presos cuando llegasen; sin duda temía que los cristianos impidiesen la ejecución de la sentencia. Luego mandó llevar veintiséis cruces al lugar

del suplicio, fuera de la ciudad, al norte, a la derecha del camino de Urakami, por donde iban a venir los presos, y a media mañana cogió su bastón de mando y se fué allá.

Volvamos ahora a Tokitsu. Rangel, que se había quedado allí con el hato o equipajes de los españoles, luego que amaneció fué a ver a los Mártires y habló con fray Pedro Bautista y los otros religiosos, «y les vió (dice el en una declaración) cortada la oreja izquierda y que iban muy alegres y regocijados de padecer el dicho martirio. Y partió en compañía de los dichos padres para Nangasaque y fué con ellos algún tiempo, y vió que los llevaban maltratados..., llevando abiertos los pies del agua y nieve que había..., trayéndolos las manos atadas atrás; y en no queriendo o no pudiendo andar tan a priesa como quería el japón que los llevaba, les daba rempujones que algunas veces los hacía caer de ojos; y este testigo ayudó algunas veces a levantar al padre fray Pedro Bautista, y a la sazón que esto pasó había mucho frío y nevaba y llovía, y los dichos padres, descalzos y desnudos, con poco abrigo... Y una legua antes de llegar a Nangasaque el padre fray Pedro Bautista dijo a este testigo que no fuese al lugar donde iban a morir porque no le sucediese algún daño, y le dió una carta para los padres de la nao y muchos abrazos para los compañeros (Landecho y los otros)..., y que iban consolados de haber alcanzado licencia del juez para poder celebrar aquel día y comulgar. Y este testigo se quedó adonde el dicho padre le dejó, y ellos pasaron adelante» (1).

¡Pobres mártires! Con el ansia de comulgar, pues no habían podido hacerlo desde el día 2 de enero, venían en ayunas, después de la mala noche pasada en la travesía del canal y en Tokitsu, con tantos trabajos como nos cuenta Rangel. Mas he aquí que a poco de separarse éste de los mártires, se encuentran con el padre Juan Rodríguez, quien de parte de Fazamburo les dice que

(1) Bartolomé Rodríguez Rangel, único español que logró ver y hablar a fray Pedro Bautista aquella mañana, era un mozo de veintisiete años, natural de Moguer, en la provincia de Huelva.

no hay lugar para comulgar porque luego, sin demora, van a ser crucificados. ¡Qué desconsuelo! ¡Qué comunión espiritual tan fervorosa harían todos entonces! Al fin se resignaron, y viendo ya tan próxima la muerte, dieron muestras de tanto gozo que, como dijo el mismo padre Rodríguez, parecía que venían a una solemnísima fiiesta.

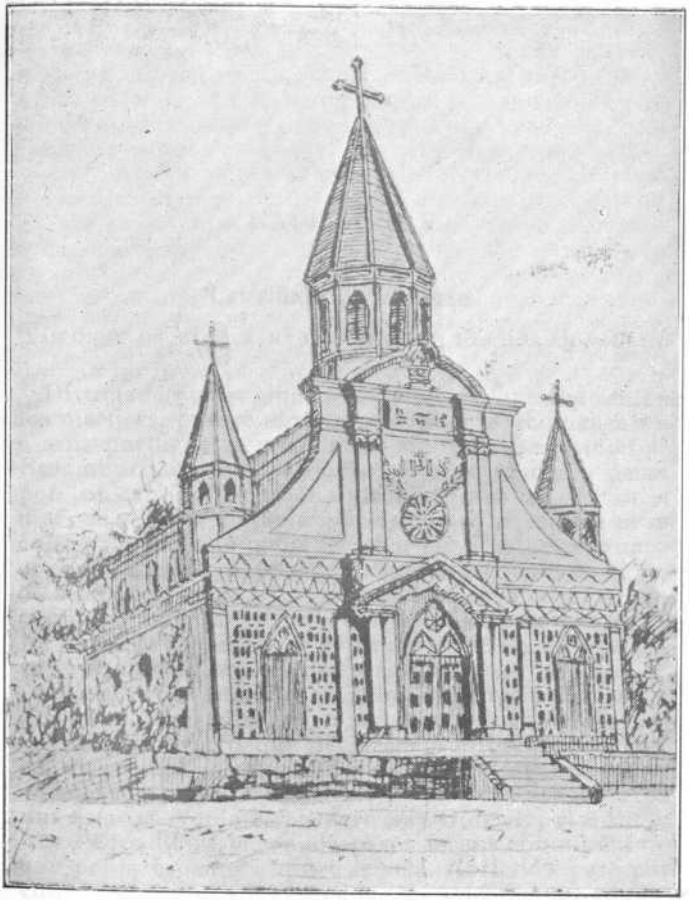
En esto llegaron a Urakami, al pie de una ermita que allí había. Mientras el padre Pasio, dentro de ella, confesó a los tres jesuítas y recibió sus votos religiosos, los demás quedaron fuera a la intemperie, confesándose con los tres frailes sacerdotes y orando y encomendándose a Dios. Estando en esto comenzaron a llegar algunos portugueses de Nagasaki, que salieron al encuentro de los Mártires, trayendo cosillas de comer y vino para obsequiarlos. Y aunque los mártires venían muy serenos y alegres, los portugueses, viéndolos tan maltratados y cercanos a la muerte, lloraban de compasión y se lamentaban de su desgracia. Los Mártires, con ánimo sereno, los consolaron diciéndoles que no llorasen, pues esperaban ir pronto al Cielo, donde se acordarían de ellos; que los encomendasen a Dios para que sus muertes fuesen gratas a los ojos de la Divina Majestad.

El padre Pasio, concluido su oficio en Urakami, se vino presuroso al lugar del suplicio, donde se hallaba Fazamburo, a pedirle la libertad de los dos agregados Pedro y Francisco, puesto que los condenados por Taicosama eran sólo veinticuatro. Negóse Fazamburo a concederla alegando algunas razones. En cambio, a él y al padre Rodríguez les dió permiso para asistir a la ejecución de los reos.

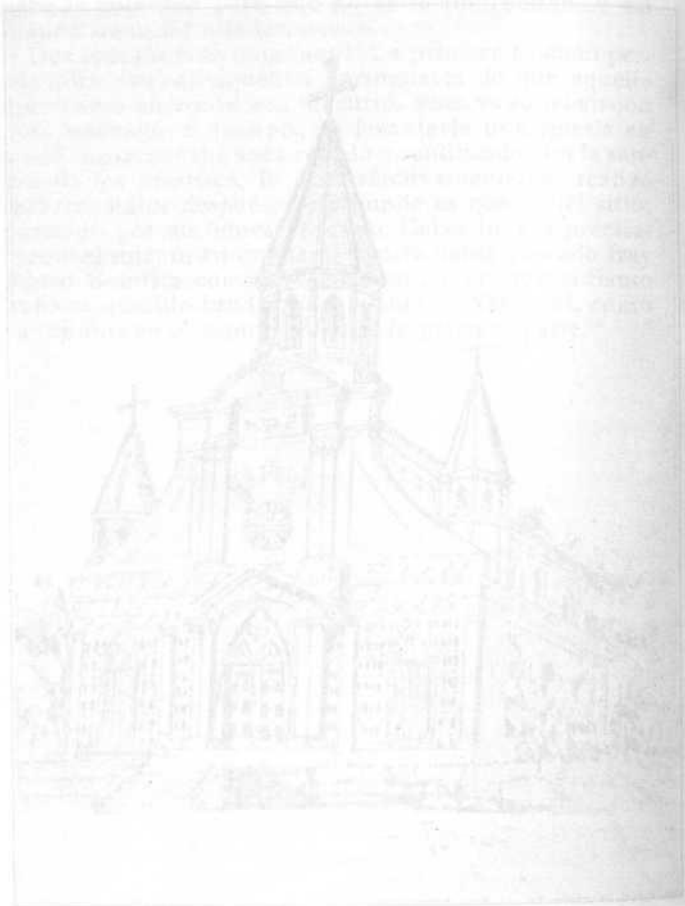
Otra petición: los portugueses que iban saliendo de Nagasaki, al ver las cruces en el lugar donde solían ajusticiar a los malhechores, «les paresció (dice Bernardino de Avila, testigo ocular del martirio) pedir al juez que las pusiese a mano izquierda del camino, y esto por parescerles que podría con el tiempo suceder hacer allí alguna iglesia. Pidiéronselo, y él luego concedió con ello con mucha cortesía». De esta manera, dando gusto a los portugueses en cosa que importaba poco, les ga-

naba la voluntad para que no se le alborotasen, y así mandó trasladar allá las cruces.

Dos cosas son de notar aquí. La primera es cuán persuadidos estaban aquellos portugueses de que aquella muerte era un verdadero martirio, pues ya soñaban con que, andando el tiempo, se levantaría una iglesia en aquel lugar que iba a ser regado y santificado con la sangre de los mártires, lo que, efectivamente, se realizó casi tres siglos después. La segunda es que aquel sitio, parecido por su figura al monte Calvario, era precisamente el mismo en que tantas veces había paseado fray Pedro Bautista con fray Jerónimo, y en que el Santo hubiera querido fundar su convento de Nagasaki, como ya dijimos en el capítulo VII de la primera parte.



Iglesia edificada en el lugar del martirio.



CAPÍTULO V

Crucifixión y muerte.

(LAS ONCE DE LA MAÑANA EN NAGASAKI, LAS DOS EN MADRID)

Divulgada por la ciudad la nueva de que ya venían los mártires, púsose toda en movimiento y comenzaron a salir portugueses y japoneses sin respeto al bando de Fazamburo, en tanto número, que no se podía pasar por los caminos; pero Landecho, «movido, como él dice, de ver que no tenía más de cuatro españoles en su compañía y que no podía estorbar una justicia tan injusta como aquella, pareciéndole que era afrenta de la nación española vello y no remediallo, no fué allá ni consintió que ninguno de sus compañeros los fuese a ver... Ni pudiera yo acabarlo conmigo (dice en una carta); antes me dejara matar que sufrillo».

Cerca de las once llegaron los Mártires a Nagasaki, de dos en dos, atadas las manos, con sogas a las gargantas, con un letrero que declaraba sus nombres, asido cada uno de dos sayones, rodeados de gente armada, y delante de todos la sentencia de muerte arbolada en una asta (1). Venía el primero fray Gonzalo; el último, fray Pedro Bautista, dando pasos largos con un ánimo que ponía espanto a quien le veía. Abriendo paso por entre la multitud allí agolpada, los soldados los conducen al nuevo calvario, que Fazamburo mandó cercar

(1) Constan estas circunstancias en el proceso de la China, en que declararon trece testigos oculares, y en la relación de Bernardino de Avila.

con dos filas de hombres armados, y los Mártires entran en aquel recinto cantando el *Benedictus Dominus Deus Israel.*

«Era cosa para ver (escribe Bernardino de Avila) la gente que se había juntado a ver esta jamás vista en Japón de matar extranjeros, y más religiosos..., y unos procuraban llegar mientras apaleaban a los otros, y con andar muchos ministros con bastones y lanzas, no se podían averiguar con ellos.» En las ventanas, balcones y azoteas de las casas se veía también muchísima gente mirando hacia el calvario, que distaba de la ciudad unos doscientos metros.

Entre los que habían acudido al calvario se hallaban e padre de Juan de Goto; la mujer de Cosme con su hijo Máximo, de diez años, que habían venido siguiéndole desde Osaka; también los padres del niño Antonio, que ya cerca del calvario salieron a su encuentro llorando amargamente y procurando librarle la vida; mas como esto no podía ser sino renunciando a la fe cristiana, el santo niño después de consolarlos como pudo, se quitó el abrigo que traía puesto, se lo dió en recuerdo a sus padres y corriendo hacia la cruz la abrazó y besó cantando el *Te Deum.*

Atrás queda dicho cómo fray Pedro Bautista, en su carta del 19 de enero mostraba deseos de recibir la bendición del señor Obispo antes de morir. El señor Obispo se la envió con un mensajero al calvario, y fray Pedro correspondió diciendo al mensajero que dijese al señor Obispo que lo agradecía mucho y que le perdonase si en algo le había faltado.

«Acabados de hacer los hoyos, prosigue Bernardino de Avila, fueron poniendo enfrente de cada uno una cruz; hecho esto, fueron llegando los santos padescientes cada uno a su cruz, a la cual hora fué tanto el estruendo de voces, lloros, sollozos y gemidos de todos los presentes, que retumbaban muy lejos de allí... y todo era un doloroso grito. Comenzáronlos a desatar y nosotros a llegarnos a los santos y pedirles la bendición, y ellos que los encomendásemos a Dios.» Ya desatados comenzaron a despedirse unos de otros abrazándose y

dándose el parabién de tan dichosa suerte, y los japoneses besando la mano a fray Pedro Bautista. ¿Qué diría nuestro Santo a cada uno de sus hijos? Luego se abrazó cada uno con la cruz que le señalaron y se tendió en ella para que le crucificasen.

Aquellas cruces se componían de cuatro maderos: un larguero vertical; un travesaño para los brazos; otro abajo, más corto, que caía detrás de las canillas del crucificado; otro tarugo corto, puesto de frente en el larguero, para que sirviese como de asiento al paciente. Para cada mártir había tres o cuatro sayones, y así, en breve tiempo fueron todos fijados en las cruces con cinco argollas de hierro: una a la garganta, dos a las muñecas y dos a las canillas. Testigos de vista declararon que fray Pedro Bautista, al ponerle la argolla en una muñeca, apuntando con el dedo en la palma de la mano, dijo al verdugo: *enclava aquí, hermano.*

Levantadas en alto casi a un tiempo todas las cruces con los mártires, fué tan grande el griterío de la multitud, «que (como escribió el Obispo) parecía venirse el cielo abajo, y con estar yo lejos viendo desde una ventana este espectáculo, allá me llegó el fragor de este griterío, que no poco me conmovió y enterneció».

Era, en verdad, un espectáculo de terrible grandeza aquella fila de cruces que ocupaba 70 metros de longitud, y en ellas, con los brazos extendidos, 26 héroes muy serenos, y algunos con tanto júbilo como si vieran ya abierto el paraíso. Estaban colocados de cara a mediodía, mirando a la ciudad, con este orden de oriente a poniente (1):

1. Francisco Cayo (I, 8).—2. Cosme Takeya (I, 6).—3. Pedro Sukeshiro (II, 2).—4. Miguel Kosaki (I, 6).—5. Diego Kisay (I, 11).—6. Pablo Miki (I, 11).—7. Pablo Ibarki (I, 6).—8. Juan de Goto (I, 11).—9. Luisito, de doce años (I, 8).—10. Antoñito, de trece (I, 8).

Seguían luego los frailes: 11. Fray Pedro Bautista,

(1) Detrás del nombre de cada uno va, entre paréntesis, la indicación de la parte y capítulo en que se da noticia de él. De los veinte japoneses, ocho por lo menos eran casados, a saber: los señalados con los números 2, 4, 5, 7, 18, 21, 22 y 26; Juan, número 24, era viudo.

embajador y comisario.—12. Fray Martín de la Ascensión (I, 8).—13. Fray Felipe de Jesús (I, 3).—14. Fray Gonzalo García (I, 3).—15. Fray Francisco Blanco (I, 8).—16. Fray Francisco de San Miguel (I, 4).

Los diez japoneses restantes eran: 17. Matías el cocinero (I, 6).—18. León Karatsuma (I, 6).—19. Ventura (I, 8).—20. El niño Tomé Kosaki (I, 6).—21. Joaquín, cocinero en Osaka (I, 8).—22. Francisco Kichi, médico (I, 8).—23. Tomé Danki (I, 8).—24. Juan Kizuya (I, 8). 25. Gabriel Duisko (I, 8).—26. Pablo Suzuki (I, 6).

Alrededor del calvario se habían congregado cuatro mil personas. Dentro de él, a seis pasos delante de las cruces, estaba la sentencia de muerte con su astil clavado en el suelo: al lado de ella, Fazamburo, con su bastón, dando órdenes; junto a los mártires, los padres Pasio y Rodríguez hablando y exhortando ya a uno ya a otro; acá y allá los verdugos con sus lanzas.

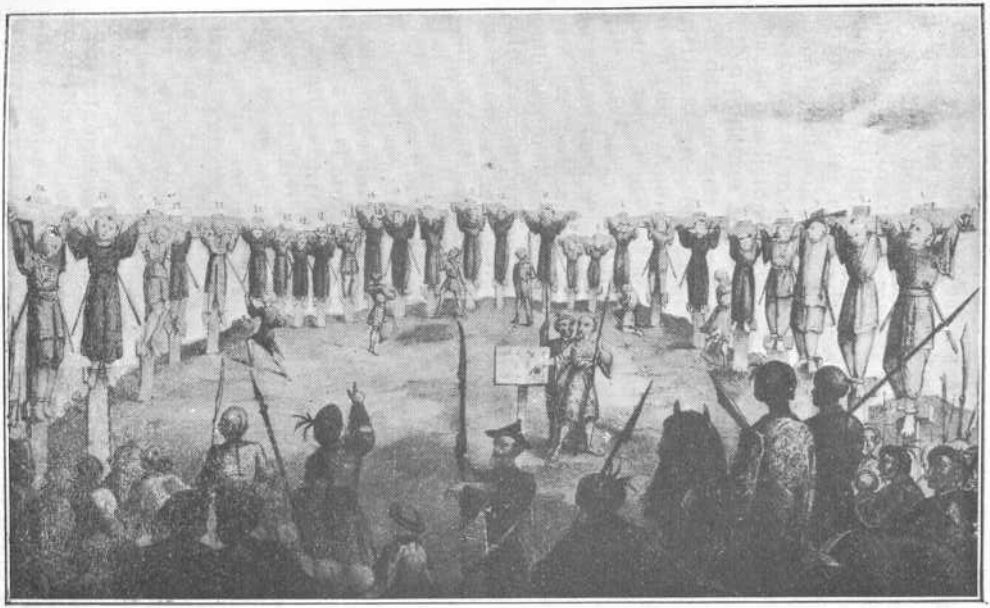
Los mártires, ya puestos en las cruces, se ocupaban en varias cosas: unos oraban en silencio; otros rezaban; otros cantaban himnos y salmos; otros, en alta voz, perdonaban al emperador y a los verdugos: otros, convirtiendo la cruz en púlpito, predicaban a los que tenían delante. Entretanto, los cristianos allí presentes, derramando copiosas lágrimas, rogaban a Dios diese a los mártires la perseverancia hasta morir.

Fray Felipe de Jesús, a poco de ser levantado en alto, quedó con el cuerpo colgado de la argolla que tenía a la garganta, por estar mal colocado en la cruz; y viéndole a punto de ahogarse, mandó Fazamburo que le alanceasen el primero.

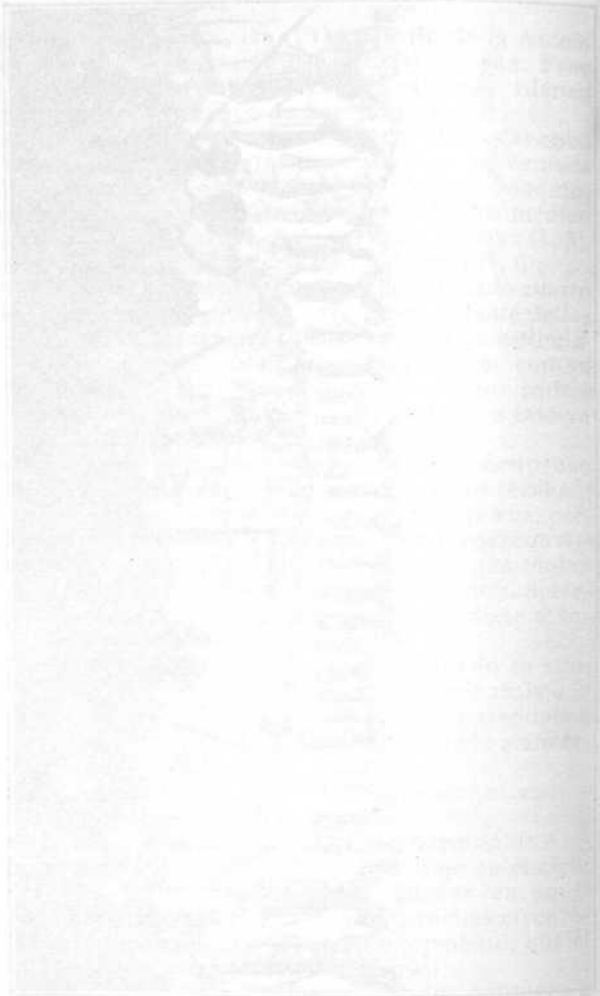
El niño Antonio seguía desde la cruz consolando a su padre, que estaba allí enfrente de él.

Fray Pedro Bautista, según dice Bernardino de Avila, quedó como absorto, «con los ojos fijos en el cielo y el rostro derecho». El verse crucificado en aquel lugar de tantos recuerdos para él y en aquellas circunstancias debió de causarle no pequeño tormento, que él ofrecía a Dios como parte de su martirio.

Alanceado fray Felipe, comenzaron dos verdugos a dar de lanzadas a los japoneses de la izquierda y otros



Los veintiséis mártires crucificados.



dos a los de la derecha, empezando por los últimos. Clavaban las lanzas por los costados del mártir, en dirección al hombro opuesto, atravesándole en cruz el pecho, con lo cual la muerte era cosa de un minuto o dos. A cada lanzada acompañaban los ayes, gritos y lágrimas de los espectadores. «El santo Comisario (dice fray Jerónimo), como comenzaron a alancear a los que estaban a su mano derecha, les iba echando, como podía, la bendición desde la cruz.»

No podemos detenernos aquí narrando los pormenores de la muerte de cada uno; basta decir que todos murieron alegres, firmes y constantes, invocando y alabando a Dios. Antoñito, que estaba al lado de fray Pedro Bautista, viendo que el Santo no le decía nada ni le invitaba a cantar el salmo *Laudate pueri Dominum*, como lo tenían concertado, se volvió como pudo a él y le dijo: «Padre, ¿no decimos el salmo? »Y visto que no le respondía por estar absorto en su oración, le entonó él solo, y acompañándole Luisito que estaba a su izquierda, siguieron cantando como dos angelitos hasta que, recibiendo las lanzadas, sus almas angelicales volaron al cielo.

Quedó el último fray Pedro Bautista, de quien podemos decir que fué veintiséis veces **mártir**, porque las lanzas ue atravesaban el pecho de sus hijos le traspasaban a él el alma. Por fin llegaron a él los verdugos, y el Santo, «cerrando los ojos (escribe fray Jerónimo), apretó un poco los labios con el dolor de la herida; pero dicen todos los que presentes se hallaron que no parecía sino que estaba transportado y absorto en Dios... Pero los cristianos, viendo que todavía estaba vivo con la primera lanzada, rogaron que le diesen otra porque expirase presto; tanta pena les daba ver enclavado y en tormento a un hombre *que paresce no tenïa par en el mundo.*

En este mismo punto llegó al calvario Rangel. Desde el caballo en que venía vió dar la segunda lanzada al santo Comisario. Apeóse, fué corriendo allá y le halló ya muerto y corriendo sangre, de la cual cogió en un pañuelo.

«Dió (fray Pedro) el alma al Señor (dice Bernardino de Avila) y quedó de la mesma manera, con los ojos y rostro en el Cielo. Aquí fué el llanto, aquí los sollozos, aquí las lágrimas de todos y hasta del mesmo juez (Fazamburo), que volvió las espaldas a ellos por no ver tanta crueldad. *Cincuenta y dos arroyos de sangre* comenzaron a correr de los santos mártires, de los cuales cogieron los portugueses y algunos japones, que a trueco de muchas bastonadas se metían por entre los mesmos sayones, y con paños cogían la sangre que podían, revuelta con muchas lágrimas.»

En las cruces quedan sus benditos cuerpos; sus almas, triunfantes, han volado al Cielo a recibir la corona y la palma de los mártires. Concluyamos diciendo con el Profeta: *Preciosa en la presencia del Señor es la muerte de sus Santos.* Ocurrió entre once y doce de la mañana del día 5 de febrero de 1597.

El Santo, según se venera en su ermita de San Esteban del Valle.

CAPÍTULO VI

Señales de gloria

Muertos ya los Santos Mártires, retiróse Fazamburo con sus hombres, dejando un buen número de guardas armados para impedir que se llevasen los cuerpos. Pero los cristianos, sin temor a los palos que repartían los guardas, se lanzaron a las cruces a recoger la sangre y tomar algo de los vestidos de los santos, de manera que al otro día ya estaban casi desnudos. Los españoles y portugueses, después de haber ellos también cogido de los hábitos, se vieron en la necesidad de llevar esteras y otras cosas para cubrirlos; y como Fazamburo olió que los españoles se querían llevar los cuerpos de los frailes, como era verdad, mandó cercar el calvario con una estacada, dando órdenes severísimas a los guardas de no permitir la entrada a nadie. Por su parte el Obispo impuso pena de excomunión al que hurtase algo del cuerpo de los mártires, cosa que no agradó a los españoles.

En un testimonio o certificación que dió el Obispo a 16 de noviembre de aquel año, da cuenta de su visita a los Mártires con estas palabras:

«Y de allí a dos horas o tres, yéndolos a ver ya muertos en las cruces, los vi en ellas puestos con las lanzadas por los pechos y su sangre aun fresca, y a ellos de tan buen semblante *y los rostros tan angélicos*, que más parecían hombres que estaban durmiendo o elevados en

contemplación, que muertos. Y vi a los portugueses y cristianos llevarles los vestidos con mucha devoción por reliquias, y la sangre y uñas de los pies; y los cristianos de la tierra venir a visitarlos de muy lejos, y esto por espacio de muchos días. Lo cual todo testifica claramente la santidad y bienaventuranza de su muerte... Y yo, por lo que vi en la tabla (o sentencia), sin duda tengo que fueron muertos por nuestra santa fe católica, como valerosos caballeros de Cristo.»

En otras relaciones se cuenta que el Obispo, al llegar al calvario, se quitó el sombrero, fué mirándolos uno por uno, comenzando por fray Pedro Bautista, leyó la sentencia y exclamó: «Estos son tan mártires como San Lorenzo»; y luego, encomendándose a ellos, dijo: *Sancti Martyres, orate pro nobis.*

Tres días después repitió la visita, y al volver a casa dijo a su criado Francisco de Acosta, según éste declaró después en un proceso: «Id, por vida vuestra, a ver aquellos siervos de Dios y veréis una cosa milagrosa: que parece que *aquellos sus cuerpos están vestidos de gloria.*»

El domingo siguiente (9 de febrero) predicó en la iglesia de la Compañía en presencia de los castellanos y portugueses, y hablando del martirio de nuestros santos dijo que ilustraba a la Iglesia, y que eran Santos Mártires, y que aunque gastase su hacienda había de hacer en el calvario una ermita que se llamase *Santa María de los Mártires.*

Nada hizo después el Obispo, pues partió de Nagasaki para Macao el 21 de marzo, y no volvió más al Japón. Los cristianos, creyéndose desobligados de la excomunión con la ausencia de aquél, y a pesar de la estacada y los guardas, fueron poco a poco llevándose reliquias de los santos durante nueve meses; y se lo llevaron todo, hasta las cruces.

Además de la incorrupción y hermosura de los cuerpos de los mártires, atestiguada por el Obispo y confirmada por multitud de testigos jurados, hubo otras señales maravillosas.

Fué cosa notoria en Nagasaki, entre los japoneses, que

durante mes y medio todos los viernes por la noche se veían sobre el calvario «muchas luces como candelas, las cuales salían en procesión y de allí bajaban al hospital de los Lázaros (que estaba a la derecha)... y a la ermita de Nuestra Señora; y que esto lo vían tan claramente que ninguna duda en ello tenían». Así lo declaró, con otros, Diego de Valdés.

El 14 de marzo, a las ocho de la noche, avisaron a Landecho que saliese a ver lo que había en el cielo. Salieron él y otros españoles y portugueses, y vieron (según declaró Rangel, testigo ocular) que sobre el calvario «había tres ramos de fuego, que daban mucha luz», y que una de las dichas columnas de fuego vino a caer y deshacerse hacia donde estaba la casa de la Compañía, lo que causó terror y espanto a muchos.

El 3 de abril, Jueves Santo (escribe de oídas Bernardino de Avila), «se vió salir sangre del cuerpo del santo fray Martín de la Ascensión, y fué a verlo mucha gente, o, por mejor decir, todo el pueblo».

«Un viernes, que fué 18 de abril, a las dos de la tarde, setenta y dos días después del sagrado martirio, sucedió (escribe el mismo Avila) que estando mucha gente arrodillada rezando delante de los santos mártires, *como lo tenían por devoción, particularmente en tal día* (viernes), súbitamente comenzó a correr sangre del cuerpo de fray Pedro Bautista de las lanzadas que le habían dado, en tanta cantidad que vino por el cuerpo abajo y por el pie de la cruz hasta el suelo.»

Admirados los presentes, vinieron algunos a la ciudad a dar la nueva, y fué tanto el gentío que allá acudió, que el corregidor quiso impedir el paso poniendo guardas en el camino, por lo cual Bernardino de Avila, que iba también allá con otro amigo, no pudo pasar. Mas como la gente buscó rodeos para llegar al calvario, se quitaron los guardas, y «aquella tarde (prosigue diciendo el mismo) volví allá y vi que estaba el Santo Comisario con el rostro muy hermoso y como si estuviera durmiendo, y tenía el lado derecho y todo el costado descubierto por haberle cortado el hábito para reliquias, y tenía todo aquello... tan blanco y tan her-

moso que daba particular alegría mirarlo. Estaba todo el pie de la cruz bañado de sangre y de color tan hermoso, *que no parecia sino un rosicler*. Cosa para admirar, que, a cabo de tantos días, se refrescase aquella santa sangre y... corriese en copiosa vena, y que esto fuese en un día tan señalado, viernes, día de Pasión, y en que el Santo Comisario había deseado padecer, y que tanta gente allí junta lo viese».

Según refieren otros testigos, fray Pedro Bautista, antes de arrojar esta sangre, tembló tres veces, con espanto de todos los presentes, que temieron se cayese de la cruz.

Otro milagro visto por millares de personas y que consta en todos los procesos es que en Japón se crían muchos cuervos muy carnívoros, que apenas veían un hombre crucificado, cuando acudían a sacarle los ojos y picarle la cabeza y comerle la carne; mas a nuestros Mártires nunca los tocaron a pesar de andar revoloteando por aquel lugar. Por lo menos consta que así fué durante siete meses.

Un poco de sangre de fray Pedro Bautista y otros, que el día del martirio cogió en el sombrero un soldado italiano y en una botella llevó después a Macao, se conservó líquida no sabemos hasta cuando. Líquida se hallaba nueve meses después en el reconocimiento que de ella se hizo delante del Vicario general de la China, diez religiosos de varias Ordenes y otros testigos, uno de los cuales era médico. Y líquida seguía en septiembre de 1598, según escribe Bernardino de Avila, que la tuvo en sus manos.

En las relaciones del martirio y en los procesos consta otro milagro estupendo, y es que algunas veces, desapareciendo de la cruz el cuerpo de fray Pedro Bautista, se aparecía revestido celebrando misa en su iglesia de Nagasaki, ayudándole el niño Antonio vestido de blanco, con muchas luces y cánticos como del cielo, aunque no se veían los cantores. En el proceso instruido en Méjico en 1620 para la beatificación depusieron dos testigos de vista, uno de los cuales, llamado Juan Rodríguez Curiel, declaró que habiendo visto a fray Pe-

dro celebrando misa, se fué al calvario a ver si estaba allí y no estaba; preguntó por él a los guardas y le dijeron que varias veces ocurría faltar de la cruz y volver después a ella. Volvió Curiel a la iglesia y ya había desaparecido de allí; tornó al calvario y ya estaba en la cruz como antes.

La Rota Romana, tratando de este milagro, opina que con él quiso Dios mostrar la santidad y el mérito de fray Pedro Bautista; declarar cuán acepto había sido su martirio, tan semejante al sacrificio de Cristo en la misa; recomendar en aquella tierra la devoción al sacrificio del Altar. Puédese creer también que con este milagro quiso Dios aprobar la solemnidad del culto público que fray Pedro tuvo en sus iglesias de Meaco y Nagasaki, lo que algunos padres jesuítas censuraron tachándolo de imprudencia.

Fuera de esto, la mayor gloria de nuestros mártires fué el copioso número de infieles que después se convirtieron al cristianismo, de tal suerte, que, como confesó la citada Rota, más hijos engendraron para Cristo con el ejemplo que con la palabra, más con los tormentos que con predicaciones, más desde la cruz que desde el púlpito.

Nada digamos del ánimo y valor que cobraron todos los ya cristianos y los misioneros. El 26 del mismo mes de febrero escribía en una carta el padre jesuíta Gregorio de Céspedes desde Shimabara: «Con el ejemplo de los Santos quedamos todos más esforzados y consolados, y los flacos cristianos han tomado nuevas fuerzas para en cualquier encuentro no se mostrar ninguno cobarde, sino dar con entera voluntad sus vidas antes que dejar nuestra fe verdadera... Ahora sí que tenemos esperanzas ciertas del copioso fruto venidero». Y así sucedió; los cientos de mártires que después hubo en el Japón son la prueba clara del fuego santo encendido en aquella tierra con el martirio de fray Pedro Bautista, cuya memoria quedó grabada para siempre en el corazón de aquellos cristianos.

Cuenta el jesuíta padre Juvencio, que poco después hubo en Nagasaki un niño que, como todos, lloraba al-

gunas veces por poca cosa, y que diciéndole: *Si no callas, no podrás ser mártir*, al punto reprimía el llanto. ¿Cuál sería en aquel parvulito y en su familia el aprecio del martirio? Asombroso es también lo del pequeñuelo Ignacio (hoy beatificado), de cuatro años, que en 1622, en el mismo calvario donde fray Pedro Bautista murió, vió, impertérrito, rodar delante de sí algunas cabezas de cristianos, entre ellas la de su madre Isabel, y al tocarle a él la vez, apartó del cuello con sus manitas el vestido y bajó la cabeza para que se la cortasen.

En 1660 lograron los japoneses infieles exterminar del Japón todos los sacerdotes, sin quedar uno. En 1860, cuando entró en él un misionero, halló no pocos cristianos. Cosa admirable que en doscientos años no se perdió allí la fe: unos bautizaban a otros y les enseñaban la doctrina cristiana y el acto de contrición para salvarse. ¿Qué sería, ocurre pensar, de nuestros pueblos si estuviesen doscientos años sin sacerdotes?

CAPÍTULO VII

Reliquias. — Canonización. — Culto.

Los portugueses y españoles que había en Japón y fueron testigos del martirio o vieron crucificados a los mártires, fueron saliendo de allí en veces. Los compañeros de Landecho salieron de Firando para Manila en la nave de Vasco Díaz el 18 de marzo.

Los portugueses, con el Obispo y los cuatro frailes presos en el navío de Ruy Méndez de Figueredo, partieron de Nagasaki para Macao el 21 (1).

Por aquellos días llegaron allá los náufragos que quedaron en Urando, y Landecho, con la mitad de ellos, se embarcaron en Kochinotsu para Manila hacia el 10 de abril; los demás salieron un mes después.

Llegó Landecho a Manila el 16 de mayo; y el 18, de orden del nuevo gobernador, D. Francisco Tello, se hizo una solemne procesión, con misa y sermón, en el convento de San Francisco para dar gracias a Dios por el triunfo de nuestros santos mártires.

En junio se hicieron tres informaciones jurídicas en Manila y otra en Macao acerca del martirio; otra se hizo un año después en Manila para defender a fray Pedro Bautista de alguna temeraria acusación en el negocio del galeón San Felipe.

(1) Iba también allí fray Juan Pobre, apresado el mismo día del martirio, pocas horas después de llegar a Nagasaki con Landecho,

A primeros de julio salieron de Manila dos naves para Méjico, y trajeron a España la nueva del martirio.

El 27 de julio despachó D. Francisco Tello, por embajador nuestro en Japón, al capitán de infantería don Luis Navarrete, con carta para Taicosama, en que le pedía satisfacción por el martirio de los frailes y la entrega de sus cuerpos. A lo primero, respondió Taicosama como le pareció, por carta al gobernador; respecto de los cuerpos, dijo a D. Luis que se los llevase; esto fué en octubre.

Mientras tanto, fray Jerónimo de Jesús, que de orden de fray Pedro Bautista había ido a Meaco, viendo que la persecución de los cristianos no iba adelante y que él no podía seguir allí solo, se vino a Nagasaki, y recogidas las reliquias que pudo, salió de allá y vino a parar a Macao, donde se juntó con los otros cuatro frailes que habían ido en marzo.

Entre las reliquias que fray Jerónimo trajo a la China, se cuentan el Niño Jesús que San Pedro Bautista tenía en Meaco, como se dijo en el capítulo XII de la primera parte, y una rótula del mismo santo. Indudablemente, debió de recoger en Meaco el crucifijo que el Santo dejó a Cosme Joya; y luego, en Nagasaki, la cabeza del santo, que, según Bernardino de Avila, se la quitaron a mediados de agosto por orden (según se entendió por allá) del padre Viceprovincial Pedro Gómez, que era amigo de los frailes, y tal vez a ruegos del mismo fray Jerónimo, que por entonces allí se hallaba.

Sabida en Nagasaki, antes de regresar allá D. Luis, la licencia de Taico para retirar los cuerpos, los cristianos, sin mucha oposición de los guardas, se dieron a hurtar de ellos, de modo que al llegar allá D. Luis, faltaba ya la mayor parte. Empeñóse éste en que le habían de dar los cuerpos enteros, y en dimes y diretes con el corregidor de Nagasaki se pasó el tiempo, y cuando quiso recoger lo que hubiese, no halló *ni aun cruces*, como dice Bernardino de Avila.

Murió D. Luis allí el 30 de noviembre y asumió su cargo el agregado Diego de Sosa, quien recobró por allá algunas reliquias, que mandó a Manila entrado ya el

año 1598; mas el barco en que iban se perdió en el mar y no se volvió a saber nada de él.

En la primavera del mismo año volvieron de Macao a Manila los cinco frailes, y en julio siguiente partieron para España fray Marcelo, fray Juan Pobre y fray Pedro Matías, con algunas reliquias y con las informaciones y relaciones necesarias para procurar la beatificación de los Mártires. Taicosama murió a 16 de septiembre, tres días después que nuestro rey Felipe II.

Llegados a España los tres religiosos en el año 1600, entregaron al provincial de los Descalzos de San José, fray Pedro Campos, por encargo del provincial de Manila, fray Juan de Garrovillas, la rótula y el Niño Jesús de San Pedro Bautista. Era el padre Campos natural de Paracuellos de la Ribera, o de Jalón, dos o tres leguas de Calatayud, e inmediatamente envió a la iglesia de su pueblo dichas reliquias, que a costa del pueblo se colocaron en un relicario de plata, a modo de templete, entre sus cuatro columnas: la rótula, debajo del Niño. Este es de marfil; está sentadito en un sillón; con la mano derecha sostiene el mundo, colocado sobre sus rodillas, y tiene la cabeza reclinada en la mano izquierda (1). El 23 de octubre de 1600 el Obispo de Tarazona, D. Fr. Diego de Yepes, expidió la auténtica de dichas reliquias en Calatayud, de todo lo cual hay copia en el archivo parroquial de Paracuellos.

Por entonces fray Juan Pobre vino al convento de Arenas, y una tarde se llegó a San Esteban a visitar la casa natal de su santo Prelado fray Pedro Bautista. Al llegar a ella se hincó de rodillas y besó el umbral, diciendo mil bendiciones a la casa y a los padres y hermanas del Santo. Luego entró, y después de satisfecha su devoción, se puso a contar el martirio delante de la mucha gente que allí se había congregado al saber que aquel fraile había sido compañero del Santo. Después se volvió al convento, dejando como recuerdo el crucifijo de San Pedro Bautista, de que ya hemos hablado, aquel crucifijo con cuya vista se enardecían los márti-

(1) Véanse los grabados en las págs. 75 y 77.

res al derramar su sangre y padecer afrentas en Meaco.

Este crucifijo es también de marfil. Primeramente le colgaron delante del sagrario en la iglesia: en 1645 (según testimonio de D. Juan Sánchez Robles, natural de San Esteban, que aquel año escribió en verso la vida del Santo) estaba colocado en la sacristía; hoy se halla sobre el sagrario de la ermita del Santo, en una peana, con la cruz primitiva inscrustada en otra mayor (1).

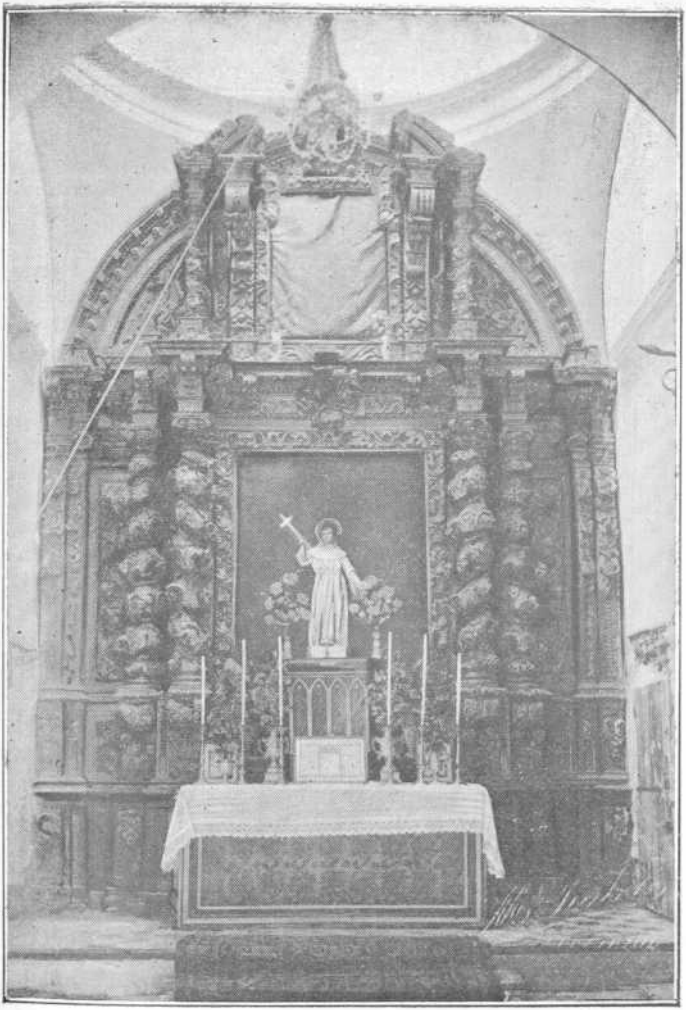
Las demostraciones de júbilo que el pueblo de San Esteban hizo al saber el glorioso martirio de su paisano, son imposibles de describir en pocas palabras. Era entonces precisamente cura del pueblo el sobrino carnal del Santo, D. Juan Martínez, el cual, desde julio de 1601, se firmó Baptista de la Cruz y vivía en la casa del Santo. Determinaron hacerle una estatua a costa de los vecinos, y efectivamente, en 1608 llegó la estatua a San Esteban; la habían hecho en Madrid. Con el regocijo que es natural la colocaron decentemente en la sala de su propia casa, con lámpara siempre encendida.

El 14 de septiembre de 1627, el Papa Urbano VIII beatificó a nuestros Mártires, suceso que fué muy celebrado en toda la cristiandad. El pueblo de Paracuellos eligió a San Pedro Bautista por patrono. Hiciéronle un altar en una capilla de la iglesia, con una imagen pintada. Posteriormente adquirieron la estatua que allí se venera. Tiénenle mucha devoción, celebran con gran regocijo su fiesta y besan con mucho afecto sus reliquias.

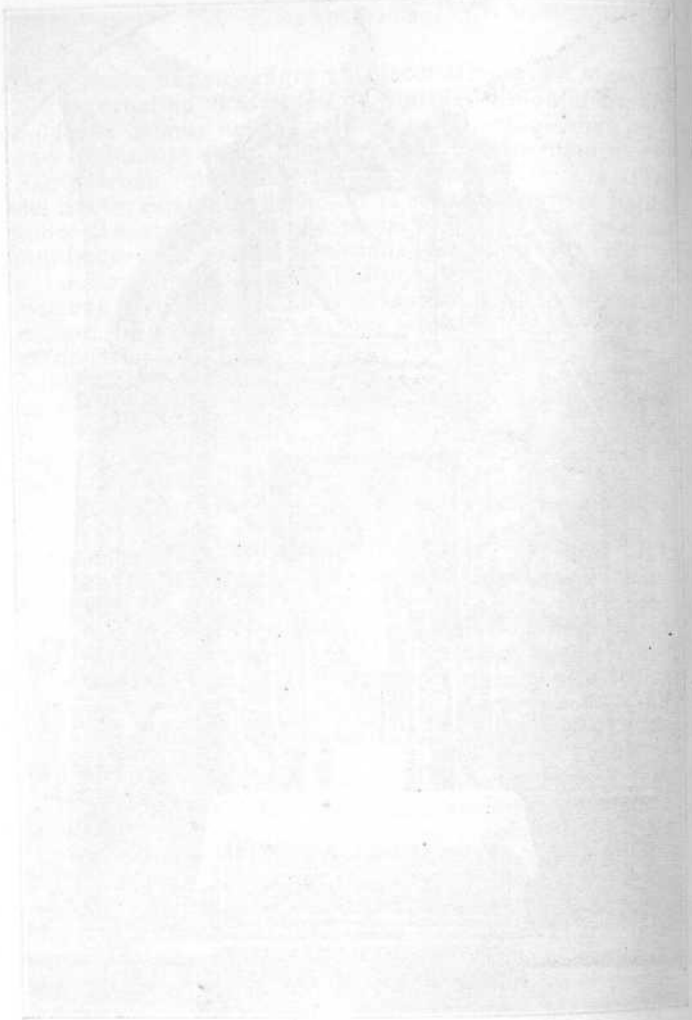
En Manila, por decreto del Cabildo el año 1629, fueron los mártires franciscanos declarados patronos de segunda clase, y en 1630 celebraron solemnísimamente la beatificación.

En San Esteban, recibida con el júbilo que es de suponer la noticia de la beatificación, erigieron un altar en la iglesia (entre la tribuna y el postigo), y el año 1628 colocaron la estatua del Santo, en andas, en el portal de su casa. En procesión fué allá todo el pueblo; el párroco bendijo e incensó la imagen; solemnísimamente la

(1) Véase el grabado en la pág. 87.



El altar del Santo en Paracuellos.



El Santo, como se venera en Paracuellos de la Ribera.

subieron a la iglesia; celebróse misa, en que predicó el mismo párroco, y luego pusieron la imagen en su altar. Las fiestas profanas, que minuciosamente describe don Juan Sánchez Robles, duraron varios días, con enorme concurrencia de toda la comarca.

En 1671 se comenzó la obra de la capilla o ermita, con limosnas de los vecinos. Acabóse en 1682, y en los días 5, 6 y 7 de julio de aquel año se dedicó y estrenó la capilla, bajando al Santo de la iglesia a su casa, donde ahora está.

El año de 1861, cuando ya se trataba de la canonización del Santo, algunas personas del pueblo mandaron hacer en Madrid la estatua del mismo, que se venera en la iglesia parroquial. Recibida en el pueblo, la pusieron en una mesa junto al altar mayor, al lado del Evangelio, y allí estuvo hasta que, en septiembre de 1885, fué colocada en altar propio.

El 17 de septiembre de 1861 declaró el Papa Pío IX que se podía proceder a la canonización solemne de los mártires del Japón. Celebróse la ceremonia el 8 de junio de 1862, en la basílica de San Pedro, con una magnificencia cual nunca se había visto en Roma. Asistieron 216, entre Cardenales y Obispos. De las fiestas que entonces celebró San Esteban quedó memoria por muchos años; y los vecinos pueblos de Mombeltrán y Villarejo del Valle erigieron en sus iglesias un altar en honor de nuestro Santo y suyo, fray Pedro Bautista. También en el convento de Arenas, donde tomó el hábito, tiene su altar en la capilla mayor, al lado del Evangelio, la cual capilla se edificó el año de 1776. ¿Cuándo tendrá altar en la catedral de Avila, en que sirvió de acólito, y en la que debieran ser honrados todos los santos hijos de la diócesis?

El fruto que la canonización de nuestros Mártires produjo en el Japón fué extraordinario; así consta de un decreto de la Sagrada Congregación de Ritos en la causa de los doscientos cinco mártires de Japón beatificados en 1867 por el mismo Pontífice Pío IX. Veinte años después León XIII tuvo el consuelo de crear allí cuatro diócesis con sus Obispos, y por entonces se le-

vantó la iglesia que hoy se ve en Nagasaki en el mismo lugar del martirio.

La cabeza o cráneo de San Pedro Bautista, que parece trajo a España fray Marcelo de Ribadeneira, se conservaba desde tiempo inmemorial en el convento de religiosas Concepcionistas de Toro, que luego se trasladaron a Zamora. Por una serie de casualidades, y vencidos no pocos inconvenientes, el 9 de febrero de 1891 consintieron en entregarla al pueblo de San Esteban, en cuyo nombre la recibió una Comisión de ocho personas del pueblo, entre ellas el que esto escribe. El 11 de febrero, a media tarde, llegó al pueblo, que todo entero, delirante de júbilo, salió en procesión a recibirla. Se colocó en la ermita del santo y todos los años se celebra su traslación en tal día.

Las fiestas del tercer centenario del martirio fueron solemnísimas y duraron ocho días, del 4 al 11 de febrero de 1897 (1).

Quiera el santo en este tercer centenario de su beatificación interceder por sus devotos y por aquella su amada iglesia de Japón, que plantó con su doctrina y regó y hermoseó con su bendita sangre castellana.

Avila, 7 de junio de 1927.

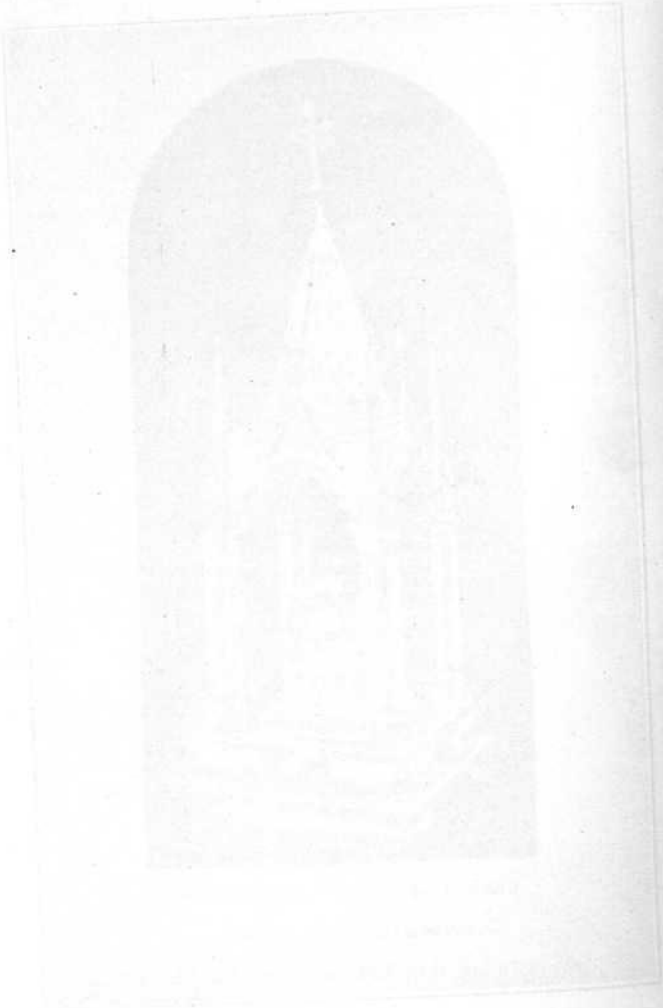
(1) Justo es hacer siquiera mención, al fin de este libro, de otra flor nacida a la sombra de San Pedro Bautista en su pueblo de San Esteban. Durante las fiestas del año 1922 la joven Josefa Gómez Martín, a los veinte de su edad, en un arranque de valor rompió con las vanidades del mundo y se dió toda a Dios, quien no poco la regaló ha tiempos hasta su muerte, ocurrida el 18 de diciembre de 1924. Su párroco y confesor publicó el año siguiente la vida y admirables escritos de Josefa con el título *Un lirio entre espinas*.

El Santo, como se halla en la iglesia parroquial de San Esteban del Valle.

CABEZA DE SAN PEDRO BAUTISTA

Protomártir del Japón

Venerada en San Esteban del Valle (Avila)



NOVENA
A
SAN PEDRO BAUTISTA

DIA PRIMERO

Hecha la señal de la cruz, se dirá el acto de contrición: *Señor mío Jesucristo,* etc.

ORACIÓN A SAN PEDRO BAUTISTA

(PARA EL DÍA PRIMERO)

¡Oh glorioso San Pedro Bautista, a quien desde niño inspiró el Señor un deseo tan grande de la salvación eterna y un amor tan intenso a la cruz, que continuamente te ocupabas en actos de devoción y penitencia y en hacer y repartir crucecitas a otros niños para atraerlos al amor de nuestro Dios crucificado, y después abandonaste el mundo para seguir un camino de áspera penitencia en la seráfica religión de San Francisco! ¡Quién tuviera un deseo tan fuerte de la propia salvación! Ayúdame, amado Santo, y con tu intercesión poderosa alcánzame de Jesús crucificado la gracia de tener siempre por único fin el agradar y servir a Dios, crucificando mis pasiones y negándome a mí mismo y, mediante esto, salvar mi alma. Pide, ¡oh santo mío!, que nunca me aparte de Dios por el pecado, y que la divina gracia me asista en todas las tentaciones para salir victorioso de ellas, y así pueda algún día, después de este miserable destierro, librarme del infierno y volar a la Patria celestial. Amén.

(Ahora se pedirá la gracia especial que cada uno desee conseguir por intercesión del Santo, y se rezarán tres PADRENUESTROS *a la Santísima Trinidad.)*

INVOCACIÓN A SAN PEDRO BAUTISTA

(PARA TODOS LOS DÍAS)

San Pedro Bautista	Intrépido defensor de la fe católica, Ornamento brillante de la Orden franciscana, Celoso e infatigable Apóstol de la verdad, Inclito mártir de Jesucristo, Ejemplar de todas las virtudes, Refugio de los que te invocan, Esperanza de tus devotos, Honra de esta tierra, Gloria y alegría de tu pueblo.	Ruega por nosotros.

℣. Ora pro nobis sancte Petre Baptista.
℟. Ut digni efficiamur promissionibus Christi.

OREMUS

Domine Jesu Christe qui ad tui imitationem per crucis supplicium primitias fidei apud Japoniæ gentes in sanctorum martyrum tuorum Petri Baptistæ, Pauli et sociorum sanguine dedicasti; concede quæsumus, ut quorum (hodie sollemnia) memoriam colimus, excitemur exemplis. Qui vivis et regnas.

DÍA SEGUNDO

ORACIÓN

Celoso Apóstol de la fe católica, sol refulgente del Japón, San Pedro Bautista, que abrasado en amor de Dios y de las almas llevaste la luz del Evangelio a las más apartadas regiones del mundo para aumentar el rebaño del Divino Pastor, Nuestro Señor Jesucristo. Acuérdate de que somos tu pueblo; no nos dejes, dulce Patrono. Intercede por nosotros; y por los grandes trabajos y penosas fatigas que sufriste en tus apostólicas misiones, alcánzanos del Señor que seamos siempre tus fieles imitadores en aquella fe que te hizo tan glorioso, que procuró a Dios tanto honor y que tanta dicha llevó a las regiones sumidas en las tinieblas de la idolatría. De este modo la fe nos hará felices en la eterna mansión del Cielo, adonde, mediante tu protección, llegaremos para contemplar al í con nuestros propios ojos las bellezas que Dios tiene preparadas para los que, creyendo y esperando en El, le amaron de corazón. Amén.

DÍA TERCERO

ORACIÓN

¡Oh perfecto modelo de santidad, dechado y ejemplar de todas las virtudes, San Pedro Bautista! Gózome de aquella profundísima humildad que conservaste en medio de los honores que los tuyos te tributaban, venerándote como a hombre santísimo, sapientísimo y digno de los más elevados puestos en la Iglesia de Dios; gózome de aquella ardentísima caridad, con la cual, como padre amoroso, acudías al socorro de los recién convertidos; gózome de aquella áspera penitencia con que castigabas tu inocente cuerpo; gózome de aquel fervoroso amor de Dios en que tu corazón se abrasaba, deseando que todos conociesen y amasen a un Dios tan amable; gózome de todas tus singulares virtudes. Por todas ellas te suplico, ¡oh Santo mío!, me alcances del Señor que yo arroje de mi alma el pecado, que viva Dios siempre en mi corazón y me conceda ser fiel imitador tuyo, especialmente en la virtud de que más necesito, para lograr después, como tú, ir al cielo a tomar posesión de la inefable herencia que Dios tiene preparada para sus hijos. Amén.

DÍA CUARTO

ORACIÓN

Ilustre y esclarecido campeón San Pedro Bautista, que al verte preso y condenado a muerte, lleno de alegría, dabas gracias a Dios porque te concedía la singular merced de ofrecerle tu vida en sacrificio, y con invencible paciencia sufriste los malos tratamientos y las burlas y escarnios que las gentes te hacían durante el penoso viaje de doscientas leguas hasta llegar al monte destinado al suplicio. ¡Oh, si el Señor se dignase comunicarme algo de aquella tu admirable paciencia! Pon delante de la Divina Majestad, ¡oh santo mío!, los sublimes merecimientos que tantas penas te granjearon, y suplica al amoroso Jesús que me dé paciencia para soportar sin pecado las penalidades que me afligen, resignación perfecta para conformarme con la justísima voluntad de Dios y gracia para despreciar por su amor las injurias y afrentas, para de este modo atesorar muchos merecimientos, con los cuales pueda conseguir el Cielo, donde juntos gozaremos de Dios por toda la eternidad. Amén.

DÍA QUINTO

ORACIÓN

¡Oh, glorioso Pedro Bautista, esforzado apóstol de la fe católica, que mereciste la incomparable dicha de dar tu vida en una cruz, a imitación de nuestro adorable Redentor, por defender y testificar la fe que predicabas! Yo te veo, santo mío, subir presuroso al monte y abrazarte a tu cruz; contemplo los ardentísimos afectos de gozo con que la saludaste; admiro la invencible fortaleza de tu alma, que no vacilaste un punto en permitir que te extendieran en aquel madero y te ataran a él. ¿Cómo podré yo ensalzar suficientemente estos actos heroicos y singulares virtudes? Recibe, pues, mil alabanzas de este indigno siervo tuyo, y en retorno te suplico me alcances del amable Jesús, crucificado por nuestro amor, que a imitación tuya me abrace gustoso con la cruz, que su bondad se digna poner sobre mis hombros, la salude gozoso y la ame fervoroso, y mortificando mis apetitos me crucifique en ella con Cristo, para con El y contigo reinar glorioso por eternidades sin fin en la bienaventuranza. Amén.

DÍA SEXTO

ORACIÓN

¡Oh, admirable mártir, San Pedro Bautista, que puesto en la cruz contemplabas el suplicio de tus compañeros, animándolos a padecer por Cristo, y cual amoroso padre, bendecías a cada uno, según el verdugo le atravesaba el pecho con la lanza, hasta que te llegó el ansiado momento del martirio! ¡Qué afectos serían los tuyos en aquellos supremos instantes! ¡Oh, santo mío!, permite que mi lengua te dirija estas alabanzas para ensalzar de algún modo aquel torrente de caridad que al abrir la lanza tu corazón salió juntamente con tu sangre bendita de aquel horno encendido en llamas del amor divino que ya no podía contenerse encerrado dentro de tu pecho. Yo te saludo, sangre preciosa de mi amado santo, fecunda semilla de fervorosos cristianos que brotaron de aquella venturosa tierra que regaste. ¡Oh, glorioso santo!, yo te ruego que me presentes al Divino Cordero inmolado por nuestra salud y le pidas que por los méritos de tu bendita sangre me dé fortaleza para entregarme todo a su santo servicio, dando mi sangre y mi vida, si necesario fuere, para conservar en mí el imponderable tesoro de su gracia, que me ha de llevar a las celestiales mansiones a gozar contigo de sus eternas delicias. Amén.

DÍA SÉPTIMO

ORACIÓN

Invicto héroe San Pedro Bautista, glorioso confesor de la Fe de Jesucristo: yo alabo y glorifico a Dios Nuestro Señor, que te comunicó tanta fortaleza en medio de tan atroces suplicios, que después de derramar toda tu sangre bendita exhalaste en la cruz el último aliento de tu vida, volando tu alma gloriosa y acompañada de Angeles a la mansión de los Santos. ¡Cuán preciosa fué tu muerte a los ojos del Señor! ¡Oh, dichoso Santo!, no te olvides de que al subir al Cielo has dejado en este valle de lágrimas a muchos desgraciados que te invocan de corazón, pidiéndote que ruegues a Dios por ellos. Alcánzanos de la Divina Bondad gran fortaleza y constancia para permanecer firmes en el servicio de Dios, a fin de que nuestra muerte sea también preciosa y agradable en su presencia, y así nuestra alma, al desprenderse de nuestro cuerpo pueda volar a unirse contigo en el Cielo y cantar allí eternamente las misericordias de Dios. Amén.

DÍA OCTAVO

ORACIÓN

¡Oh, admirable y glorioso San Pedro Bautista, cuya bendita alma coronada con la brillante aureola de los mártires disfruta hoy de todas las delicias del Cielo, que Dios tiene preparado para los que por amor suyo vencieron al mundo, al demonio y a la carne! Desde ese excelso trono que ocupas en la Gloria dirige una mirada de compasión hacia tu pueblo atribulado, y ya que tanto valimiento tienes con Dios, preséntale nuestras súplicas y ruégale por nosotros. Pide a la Bondad Divina que tenga misericordia de estos pobrecitos que gemimos en este destierro, cercados de tantos males de alma y cuerpo, atraídos hacia el pecado por tantos escándalos como nos ponen nuestros enemigos. No permitas, ¡oh, Santo querido!, que se condene ninguno de tus devotos; ruega por nosotros ahora y siempre, y especialmente en la hora de nuestra muerte, para que, libres entonces de todas las miserias de este mundo de dolor, entremos en la bienaventuranza, donde todo es alegría y abundancia eterna. Amén.

DÍA NOVENO

ORACIÓN

¡Oh, Dios admirable en tus Santos, que por un exceso de tu bondad dignaste favorecer a tu pueblo con un varón santísimo y perfectísimo en la persona de tu siervo San Pedro Bautista, dándonosle por ejemplar para que le imitemos como él imitó al divino modelo de tus escogidos Nuestro Señor Jesucristo! Recibe y acoge benigno las alabanzas que hoy te tributamos, celebrando tu gloria y el poder de tu diestra, el cual resplandece en las singulares virtudes que nuestro Santo practicó en su vida y martirio.

Por su intercesión te suplicamos nos concedas que nuestra vida sea semejante a la suya en la fe, esperanza, caridad, humildad, paciencia, castidad, obediencia, fortaleza y demás virtudes.

Danos también los frutos de la tierra necesarios para el sustento, a fin de que con más facilidad podamos dedicarnos a tu santo servicio; otórganos que vivamos siempre en tu gracia para después entrar en la Gloria, en la cual reinaremos triunfantes por toda la eternidad. Amén.

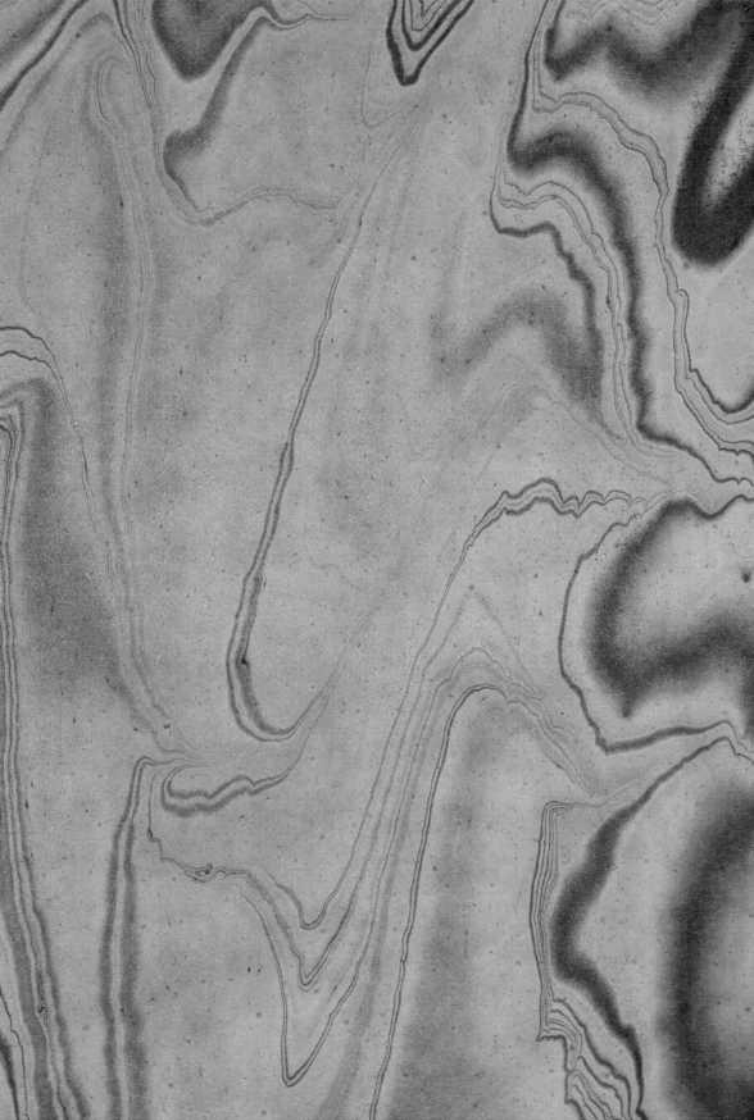
INDICE

		Págs.
	PRÓLOGO	5
	PRIMERA PARTE.—*Vida de San Pedro Bautista.*	
Cap. I.	Hasta su entrada en religión	11
— II.	—Hasta su ida a Filipinas	18
— III.	—En Manila	23
— IV.	—Es nombrado embajador	30
— V.	—La embajada	37
— VI.	—El convento de Meaco	43
— VII.	—La fundación en Nagasaki	48
— VIII.	—En Meaco y Osaka	52
— IX.	—Tribulaciones	58
— X.	—Los castellanos perseguidos	63
— XI.	—Los frailes en prisión	68
— XII.	—Esperando la sentencia	73
	SEGUNDA PARTE—*El martirio.*	
— I.	—Sangre y afrentas	83
— II.	—Camino de Nagasaki	90
III.	—Trabajos del camino hasta Sonogi	95
— IV.	—En Sonogi, Tokitsu y Nagasaki	90
— V.	—Crucifixión y muerte	107
— VI.	—Señales de gloria	117
— VII.	—Canonización. Reliquias	123
	NOVENA A SAN PEDRO BAUTISTA.	

INDICE

PRECIO: 1,50 PESETAS

BIBLIOTECA PUBLICA DEL ESTADO
AVILA



SAN
HA
30

F. ROBLES
SAN PEDRO
BAUTISTA
3068